

UACM

Universidad Autónoma
de la Ciudad de México

Nada humano me es ajeno

COLEGIO DE HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

LICENCIATURA EN CREACIÓN LITERARIA

Los miedos modernos y el efecto único
en la antología de cuento de terror *Susurros del miedo*

TRABAJO RECEPCIONAL

PARA OBTENER EL TÍTULO DE LICENCIADA EN

CREACIÓN LITERARIA

PRESENTA

YOLANDA LÓPEZ MARTÍNEZ

Directora del trabajo recepcional

Dra. Adriana Azucena Rodríguez Torres

Ciudad de México, mayo 2016

SISTEMA BIBLIOTECARIO DE INFORMACIÓN Y DOCUMENTACIÓN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LA CIUDAD DE MÉXICO COORDINACIÓN ACADÉMICA

RESTRICCIONES DE USO PARA LAS TESIS DIGITALES

DERECHOS RESERVADOS ©

La presente obra y cada uno de sus elementos está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor; por la Ley de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, así como lo dispuesto por el Estatuto General Orgánico de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México; del mismo modo por lo establecido en el Acuerdo por el cual se aprueba la Norma mediante la que se Modifican, Adicionan y Derogan Diversas Disposiciones del Estatuto Orgánico de la Universidad de la Ciudad de México, aprobado por el Consejo de Gobierno el 29 de enero de 2002, con el objeto de definir las atribuciones de las diferentes unidades que forman la estructura de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México como organismo público autónomo y lo establecido en el Reglamento de Titulación de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

Por lo que el uso de su contenido, así como cada una de las partes que lo integran y que están bajo la tutela de la Ley Federal de Derecho de Autor, obliga a quien haga uso de la presente obra a considerar que solo lo realizará si es para fines educativos, académicos, de investigación o informativos y se compromete a citar esta fuente, así como a su autor ó autores. Por lo tanto, queda prohibida su reproducción total o parcial y cualquier uso diferente a los ya mencionados, los cuales serán reclamados por el titular de los derechos y sancionados conforme a la legislación aplicable.

AGRADECIMIENTOS

El proceso de creación de mi trabajo recepcional no hubiera sido posible sin el apoyo de mi madre Yolanda, mi pequeña hermana Eloisa, mi madrina Lorena y el de toda mi familia pues me ayudaron directa o indirectamente a concebir las ideas para algunos de los cuentos y por recordarme que el miedo está presente en los lugares que conocemos.

También debo reconocer a mis amigos que me ayudaron con opiniones sinceras para mejorar mi trabajo, a mi prometido César por su apoyo durante los momentos difíciles, y a los profesores que me han acompañado a lo largo de mi vida académica, y particularmente al sínodo, formado por la maestra Ana Leonor Cuadón Alonzo, el licenciado Héctor Carreto, la maestra Herminia Pilar Morales Lara y la doctora Gabriela Valenzuela Navarrete. Sin olvidar a la doctora Adriana Azucena Rodríguez Torres, directora de este proyecto.

Gracias a todos por su apoyo, las palabras de aliento y la ayuda académica al darme los recursos necesarios para terminar mi licenciatura con gran orgullo y satisfacción.

Índice

Capítulo 1. Definición de terror.....	6
1.1 Definición de cuento de terror	6
1.2 Tradición del género de terror	10
Capítulo 2. Características del cuento de terror.....	17
2.1 Atmósfera	18
2.2 Personaje	22
2.3 Narrador y efecto.....	26
2.4 Efecto único.....	28
Capítulo 3. Miedos modernos en el libro <i>Susurros del miedo</i>	31

Antología de cuentos *Susurros del miedo*

Moverse como simio.....	43
Mantis.....	48
Gato gris.....	54
El baile.....	59
Vecino.....	66
Carne Molida.....	70
Amor.....	77
Gestación.....	83
El tiempo de Pamela.....	89
Las profundidades de la red.....	94
El color del olvido.....	100
El dedo.....	107
Detrás de la niebla.....	114
Ceniza.....	122

Capítulo 1. Definición de terror

*“Durante la hora de lectura,
el alma del lector está sometida
a la voluntad del escritor.”*
Edgar Allan Poe

En un mundo en el que todo se explica racionalmente es muy difícil obtener una reacción de los espectadores. Entonces, ¿qué debe cumplir un relato para considerarse dentro del género de terror? Debe de presentar una situación utilizando elementos narrativos que sean capaces de recrear para el espectador una perturbación, es decir una alteración del orden natural de las cosas. Como se verá más adelante, las cosas o situaciones que recrean la perturbación, podrán causar en el espectador alguna emoción vinculada con ese desorden. Las técnicas del género han cambiado para satisfacer la necesidad del público de sentir esa sensación de que algo está fuera de la realidad que conoce. No sólo en la literatura se observa la evolución del género de terror, tanto en los videojuegos y películas han tenido que buscar una mejor manera para conseguir perturbar al público.

1.1 Definición del cuento de terror

Para hablar acerca de los cuentos de terror, es necesario definir, en primer lugar, qué es el terror. Según el diccionario de la Real Academia Española, es el miedo o pavor intenso que causa una amenaza. También se le define como una obra literaria o cinematográfica que busca causar miedo o angustia en el espectador o lector. El miedo es la

perturbación del ánimo por un riesgo real o imaginario; cuando éste sale de control es cuando aparece el terror.¹

Por tal razón podemos decir que el terror siempre ha estado presente desde el folclore más antiguo de todas las razas y tribus humanas. Las historias de terror nacen de lo más profundo del inconsciente humano, el germen del terror se encuentra en la naturaleza humana: ese es el motivo de las sensaciones que nos produce.²

En segundo lugar, hablaré brevemente de lo que es un cuento. El cuento se caracteriza por narrar un solo suceso según la tradición que comenzó con los primeros textos escritos, cuenta con un planteamiento, nudo o clímax y desenlace, debe de tener intensidad y tensión narrativa, atrapar en las primeras líneas, conforme a la teoría de Hemingway: 1/8 es lo visible (lo escrito) y 7/8 están sumergidos. Por ello la parte más importante del cuento es la que dice y hace visible lo que se eligió escribir. Normalmente se lee de un tirón por la unidad de efecto, ya que para Poe si una obra literaria es demasiado extensa para ser leída en una sola sesión los lectores pierden la unidad de impresión pues se interponen los asuntos del mundo al leer la segunda parte de la lectura.³

El cuento tiene sus orígenes en la leyenda: nace de la necesidad de extraer los conflictos internos; de la supervivencia de costumbres y tradiciones, por el deseo de expresión de los pueblos y la preocupación ante la muerte, la magia y lo sobrenatural. Lo más importante que debe de tener un cuento es la tensión que obliga al lector a leerlo de

1 *Diccionario de la Real Academia Española*, 2014 <<http://lema.rae.es/drae/?val=terror>> [Consultado 10 de diciembre del 2014].

2 Joan González Escudes, “Historia del cuento clásico de terror” <<http://www.ciudadseva.com/textos/teoria/hist/escude1.htm>> [Consultado 17 de septiembre de 2013].

3 Edgar Allan Poe, “Método de composición” en *E.A. Poe, obra completa en poesía*, Madrid, Ediciones 29. 1974, p.132.

principio a fin.⁴ Esta es una de las características más importantes de los cuentos de terror, de eso se hablará a continuación.

El cuento de terror tiene relación con la literatura fantástica. El teórico Tzvetan Todorov es uno de los escritores que dedicó estudios a este tema. Para él, el concepto de fantástico se define como la relación de lo real con lo imaginario basándose esencialmente en una incertidumbre por parte del lector al tomar la decisión de si el hecho que leyó puede o no ser producto de una ilusión.⁵

Todorov propuso tres categorías para los relatos fantásticos. Primero, lo fantástico se vincula con una ruptura en la realidad cotidiana por un acontecimiento extraordinario. El lector percibe este fenómeno como inexplicable. Después, tenemos lo extraño que es cuando un hecho sobrenatural es explicado a partir de las leyes racionales, naturales o científicas, lo extraño reside en la experiencia inquietante que se vive cuando algo familiar se convierte en desconocido. Por último, lo maravilloso se produce cuando frente al hecho sobrenatural se aceptan las nuevas leyes de la naturaleza que pueden explicarlo.

Estas categorías, a su vez, contienen subgéneros que comprenden las obras que se mantienen largo tiempo entre lo fantástico y lo maravilloso. En lo fantástico-maravilloso los relatos se presentan como fantásticos y terminan con la aceptación de lo sobrenatural. Lo fantástico-extraño se caracteriza porque los acontecimientos sobrenaturales tienen una explicación racional. Dentro de lo extraño y lo fantástico-extraño encontramos los relatos de terror. Todorov menciona que el género de lo extraño no está bien delimitado pero

4 Celinda Fournier Marcos, "Nivel estructural del cuento" en *Análisis Literario*, México, CENGAGE learning, 2009, p.75.

5 Tzvetan Todorov, "2. Definición de la literatura fantástica" en *Introducción a la literatura fantástica*, México, Ediciones Coyoacán, 2009, p. 23.

cumple con una de las condiciones de lo fantástico: la descripción de ciertas reacciones, en particular, el miedo.⁶

Para lograr tener una definición clara de lo que es un relato de terror, Remo Ceserani menciona que algunos escritores se han dedicado a estudiar este género desde una perspectiva de lo psicológico o psicoanalítica.⁷ Un ejemplo es H.P. Lovecraft que afirma que un cuento de terror debe de causar un sentimiento de espanto y de contacto con esferas de poderes desconocidos.⁸ También, Noël Carroll ha explorado la producción fantástica desde el punto de vista de la que él domina "Filosofía del horror", partiendo de la dificultad para explicar "el aparente placer con que nos recreamos en objetos de puro terror, en situaciones en que nuestros sentimientos morales no quedan implicados en absoluto y la única pasión que parece despertar es la deprimente pasión del miedo".⁹

Además, nos dice que los lectores sienten curiosidad y fascinación por el terror, ya que éste provoca desagrado y pueden creer en algo desconocido, puesto que hay críticos que observan en estos relatos transcripciones de sueños y de pesadillas que pueblan el inconsciente colectivo (como lo menciona Lovecraft con el "terror cósmico" este concepto se explicara más adelante). Por ejemplo, Freud dice que "lo perturbador" es aquello que es reprimido y rechazado por el Yo, remitido o abandonado al inconsciente. Por esa razón, la mayoría de los relatos de terror causan sentimientos y emociones distintas a los de otros cuentos.

También hay que diferenciar los términos "fantástico" y "terror" debido a que algunos autores, al hablar teóricamente de los relatos de terror, tienden a llamarlos "cuentos

6 *Ídem.*, p. 41.

7 Remo Ceserani, *Lo fantástico* <<http://es.scribd.com/doc/101678428/Lo-Fantastico-Remo-Ceserani> > [Consultado 25 de noviembre de 2014], p.83

8 *Loc. Cit.*

9 *Loc. Cit.*

fantásticos”; en ocasiones, existen diferentes antologías que presentan cuentos de terror como fantásticos o viceversa, ya que un cuento de terror puede o no tener elementos de lo fantástico. Por ejemplo, un cuento fantástico puede incluir un fantasma como en un cuento de terror pero sus propósitos serán distintos.

Joan Escudé González nos dice:

Es necesario decir que no toda la literatura fantástica produce un efecto terrorífico, ni tampoco toda la literatura de terror utiliza recursos fantásticos para conseguir su objetivo. Podríamos establecer la diferencia en el ámbito de la literatura que tratan ambos calificativos. El calificativo fantástico se usaría para establecer el ámbito al que pertenece el relato, es decir, al que pertenecen sus recursos, su ambientación, sus personajes, etc. El término de terror queda reservado para el efecto que produce la lectura de la obra sobre el receptor del mensaje, la impresión que produce en el lector.¹⁰

Por lo tanto, podemos decir que los cuentos de terror pueden contener o no elementos fantásticos, siempre y cuando no se pierda el objetivo de perturbar al lector.

1.1.2 Tradición del género de terror

H.P. Lovecraft nos habla del origen del terror en su ensayo “El horror sobrenatural en la literatura”; menciona que las personas se estremecen al pensar en aquellos mundos que les son desconocidos y presentan un legado biológico, que fueron obtenidos a través de sus antepasados, pues lo desconocido se convirtió, para ellos, en el origen de enormes y supremas calamidades o bendiciones en las que los seres humanos no tenían nada que ver:

¹⁰ Joan González Escudes, “Conclusiones generales del cuento de terror” <http://www.ciudadseva.com/textos/teoria/hist/los_cuentos_clasicos_de_terror.htm> [Consultado 13 de octubre de 2014].

eso es un terror cósmico.¹¹ “Los niños siempre sentirán miedo de la oscuridad, y el adulto, con una mente sensible a los impulsos hereditarios, siempre temblará al pensar en los mundos insondables y latentes de una vida extraña”.¹²

También, nos menciona que al ser el terror cósmico (fuerzas desconocidas) un ingrediente del primitivo folklore de las razas humanas, nos encontramos con textos de la antigüedad como *El libro de Enoc* y el *Clavicluae* de Salomón¹³ que ilustran claramente la fuerza de los cuentos sobrenaturales en las mentes del oriente antiguo. Hay que señalar la diferencia que existió en Oriente y Occidente para los relatos de terror (puesto que son una de las influencias dentro de mi obra) ya que en el primero, lo sobrenatural tendía a recubrir los elementos extraños con la fantasía y, en el segundo, las leyendas tenían una gran fortaleza, insinuando que los hechos podían tener o no una explicación racional.

Estos terrores universales tuvieron en cada civilización manifestaciones particulares que se usaron después para la creación de relatos de terror. En Japón,¹⁴ por ejemplo, en la mayoría de sus relatos fantásticos, ya sean de terror o de otro tipo, siempre existe un viaje astral o a otra dimensión en donde el protagonista tiene que enfrentarse a demonios y otras criaturas hasta cumplir con su objetivo.

También, se puede notar que la realidad y la fantasía están divididas por una membrana delgada, pero que a veces llegan a unirse y llegan a convivir pacíficamente. Por

11 Edgardo Lois (comp.), “El horror sobrenatural en la literatura” en *H.P. Lovecraft, 3 Obras completa*, Argentina, Díada, 2011, p. 452.

12 *Ídem*, p.453.

13 *El libro de Enoc* nos habla acerca de los hijos de Elohim, gigantes que bajan a la tierra por compañía femenina. El *Clavicluae* (La llave de Salomón) contiene descripciones de espíritus, así como los conjuros para invocarlos.

14 El nacimiento de la fantasía japonesa se remonta al periodo Nara (siglo VIII) justo cuando adoptó el sistema de escritura china (el Kanji), trayendo consigo todo tipo de influencias y pensamientos, religiones, costumbres y literatura. Y durante el periodo Heian, la literatura fantástica japonesa comenzó a tener sus propias reglas y un tipo diferente de personajes para cada subgénero.

otro lado, tenemos los relatos donde existe una puerta que se abre temporalmente para que los seres sobrenaturales entren a nuestro mundo ya sea para buscar venganza o porque necesitan terminar un asunto pendiente.¹⁵

Otra de las características es la existencia de diferentes criaturas dentro de la literatura de terror japonesa. Por ejemplo, el Bakemono es un ser que cambia de forma a voluntad; los Yukai se manifiestan en el mundo real tal y como son, llegan a actuar con arrogancia pues son más poderosos que los seres humanos; o la Yukionna, representada por una mujer alta, hermosa, de largos cabellos que se aparece en las noches nevadas: sus ojos causan terror y muchas veces es representada sin pies.¹⁶

En algunos de mis cuentos hay influencias de la cultura de terror japonesa, por una afición personal a las películas y el anime de este género. Considero que en estas historias se presentan ciertas características como la venganza de espíritus sobre las personas que les hicieron daño, los monstruos y criaturas sobrenaturales y la manera en que la historia se vuelve compleja ocasionando que al final haya un cambio sorpresivo dentro de la trama.

Continuando con Lovecraft, él aseguró que las sensaciones de terror a lo desconocido están presentes en una minoría de seres humanos sensibles a lo desconocido que se prestan para los cuentos sobrenaturales, pues no todo puede ser explicado con el racionalismo. Siempre recordarán la sensación que tuvieron con alguna situación que les ocasionó terror, eso es lo que los autores comenzaron a explotar para crear los primeros relatos sobrenaturales.

15 Cora Requena Hidalgo, “2. Una aproximación a la definición de lo fantástico japonés” en *El mundo en la literatura japonesa*, España, Satori, 2009, p.43.

16 *Ídem*, p.151. En la tradición latinoamericana podemos encontrar seres sobrenaturales que se pueden comparar con los seres de Japón, por ejemplo la llorona o la xtabay.

Se puede mencionar a algunos autores que con sus obras trataron de incursionar en el comienzo del género de terror, por ejemplo Charles Dickens (1812- 1870) imaginando varios relatos sobrenaturales como “Una extraña entrevista”, Henry James (1843- 1916) y su *Otra vuelta de tuerca*, W. W. Jacobs (1863-1943) y su cuento titulado “La pata de mono”.¹⁷

El cuento de terror tiene su esplendor a finales del siglo XIX y principios del siglo XX. Tuvo su referencia en la literatura fantástica que irrumpió con fuerza en el panorama del romanticismo. Es ahí donde los autores clásicos del género rescatan las leyendas y cuentos populares para los cuentos de terror. En estos relatos, los eventos sobrenaturales no ocurren en lugares exóticos, sino que suceden aquí y ahora, en el entorno cotidiano.

Rafael Llopis, en *Antología de cuento de terror*, menciona que el cuento de terror se produjo durante el apogeo del racionalismo, convirtiéndose en su sombra. Esto ocasionó que existiera la relación entre autor y lector para que el primero pudiera asustar al otro, en todo caso, esto ocasionó una evolución dentro de los cuentos de terror.

También, menciona que, desde finales del siglo XVIII hasta casi mediados del siglo XIX, se desarrolla la primera forma histórica del cuento de terror: el gótico. Con él aparece un nuevo elemento literario: “la ruina medieval perfumada por la nostalgia, poblada de los espectros y fantasmas de una época pasada donde todavía ocurrían tales prodigios”.¹⁸

Quien dio forma definitiva a la literatura macabra fue Horace Walpole con el cuento “El castillo de Otranto” (1764), en donde se muestra un nuevo tipo de escenario, incidentes

17 Algunas obras que se pueden mencionar como parte del inicio del género de terror son *Elsie Venner* del escritor Oliver Wendell Holme; Francis Marion Crawford con *La litera superior*, Charlotte Perkins Gilman y su relato *The Yellow Wall Paper (El empapelado amarillo)* y Robert Browning con su horrible poema *Childe Roland*.

18 Rafael Llopis, “Los cuentos de terror” en *Antología del cuento de terror, 1. De Daniel Defoe a Edgar Allan Poe*, México, Alianza, 2012, p. 10.

y personajes que, con las modificaciones y adaptaciones de ciertos autores, estimuló el surgimiento de una escuela que imitaba a lo gótico, que a la vez inspiró a los escritores que usaban el terror cósmico para sus obras, uno de ellos es Edgar Allan Poe.

El encanto que los cuentos de Edgar Allan Poe ejercen se debe a su capacidad para crear ambientes densos y compactos: castillos oscuros y derruidos a los que se aferran aristócratas empobrecidos y el lector se puede adentrar de forma irremediable desde el principio hasta el fin. Lovecraft decía que Poe tenía diferentes tipos de cuentos, algunos de ellos encierran una esencia de horror espiritual. Podemos encontrar los relatos con lógica y raciocinio, precursores de las modernas historias policiales y los que con su psicología anormal y obsesión tienden a expresar el terror, pero no con ayuda de lo sobrenatural, “dichos escritos confieren a su autor un puesto intocable como padre y fuente de toda la ficción diabólica moderna.”¹⁹

También, podemos mencionar a Ernest Theodor Wilhem Hoffman con sus novelas y cuentos de terror en donde la atmósfera está cargada de momentos que cortan el aliento debido a la tensión que ocasiona las apariciones sorprendidas o las revelaciones al final de sus cuentos. Los escritos de Guy de Maupassant tienen la característica de ser relatos que se van por el lado de lo psicológico, ocasionando que el lector se vaya sumergiendo en la locura del personaje.

El propio Lovecraft es uno de los autores consagrados dentro del género del terror, y creó un universo paralelo llenándolo de seres monstruosos. Su terror es sutil, lleno de espectros que apenas logran aparecer en la historia, criaturas nunca antes vistas y dioses

19 Edgardo Lois (comp.), “Edgar Allan Poe” en *H.P. Lovecraft, 3 Obras completa*, Argentina, Díada, 2011, p. 491.

primigenios. Nada tiene que ver con muertos, brujas o fantasmas; un espanto sobrehumano inunda a quien lee sus páginas y se compenetra en su mundo.

También, podemos mencionar a Daniel Defoe (1660-1731), con “La aparición de Mrs. Veal” en donde vemos una visita fantasmal pero no es amenazadora y la protagonista no busca que le crean; Bram Stoker (1847-1912), “La casa del juez” con el espectro de la rata que aparece inoportunamente; M.R. James (1862-1936), “Corazones perdidos” en donde la curiosidad es la que da pie para que el personaje se encuentre con dos seres que buscan venganza; Joseph Sheridan Le Fanu (1814-1873), “El fantasma de la señora Crowl” la muerte de uno de los personajes da respuesta a un secreto, entre otros. Cada uno de estos autores logró, con sus diferentes estilos, una gran diversidad para el género de terror.

En Hispanoamérica, encontramos que son tres tendencias las que sobresalen en la época de los relatos de terror y fantásticos: el Romanticismo, de donde toman los asuntos y motivos relacionados con la vida de ultratumba, con lo diabólico y con la inspiración artística; el Naturalismo, en donde el auge de las ideas positivistas son la mayor característica, los hechos insólitos son presentados como producto de la ciencia y dan pie a debates intelectuales y el Modernismo, revelan una transición hacia otras modalidades de lo fantástico. Muchos de los temas del cuento fantástico hispanoamericano provienen de las creencias cristianas, supersticiones populares, ideas filosóficas y debates intelectuales de cada momento histórico-literario.²⁰

Podemos mencionar a escritores que entran dentro de este género con historias de misterio y terror: Gustavo Adolfo Bécquer (1836-1870) con “El monte de las animas”

20 Oscar Hahn, “XI. Consideraciones finales” en *El cuento fantástico hispanoamericano en el siglo XIX*, México, Premia Editora, 1991, pág. 83-85.

Horacio Quiroga (1878-1937), “El almohadón de plumas”; Alfonso Reyes (1889-1956), “La cena”; Julio Cortázar (1914-1984), “La puerta condenada”, entre muchos otros.

Los escritores contemporáneos que continúan con la tradición de los cuentos de terror son Stephen King, Clive Barker, Dean Koontz, Robert Bloch, Neil Gaiman, Ramsey Campbell, Thomas Ligotti y, en México, Bernardo Fernández (BEF) y Bernardo Esquinca, entre otros.

En el marco de toda esta tradición, el volumen de cuentos *Susurros del miedo* es una propuesta de la creación de nuevos miedos, ya que creo que éstos han cambiado hasta mi momento específico de creación. No es lo mismo temerle a la oscuridad ahora que en siglo XIX cuando no había luz eléctrica, pero concuerdo con lo mencionado acerca del miedo cósmico pues no sentiríamos terror de las cosas desconocidas y no habría fobias a ciertas cosas si no tuviéramos esa disposición genética de la que habla Lovecraft.

Capítulo 2. Características del cuento de terror

Señaladas las características del cuento en general, hay que señalar las de los cuentos de terror. Algunos autores se centran en la trama, otros en los personajes o en la atmósfera.

Para la antología que estoy presentando, *Susurros del miedo*, las características en las que me centro en cada cuento son la atmósfera, los personajes, el narrador y, especialmente, el efecto único (unidad de efecto). Ya que no es necesario que un cuento de terror se valga de los mismos recursos empleados por otros autores “gran parte de las mejores obras macabras proceden del subconsciente [...] que se hallan esparcidos a través de un material cuyo efecto aglutinado puede proceder de las más variadas fuentes”.²¹

Es por ello que para escribir mis cuentos primero pienso en el tema, luego en el final, después en el personaje, qué tipo de narrador voy a utilizar y la situación en la que se desarrolla la historia. Para alguno de los cuentos que presento fue necesaria una investigación sobre el tema, pues considero que no debo de escribir verdades a medias y puedo escoger algunas de las características del tema para poder explotarlas dentro del cuento.

Adolfo Bioy Casares, en el prólogo de la *Antología de la literatura fantástica*, menciona tres elementos importantes que se deben de cumplir en los cuentos de terror. En primer lugar, la atmósfera es muy importante, se debe de tener un cierto cuidado para que el ambiente influya en el lector. Asimismo, la estructura secuencial de la historia debe de contribuir en lo posible al suspenso, que se logra con el retraso de un hecho nuclear (nudo)

²¹ Edgardo Lois, *Op. Cit*, p.455.

mediante distracciones (catálisis)²². Por último, la trama (orden de los acontecimientos) contribuye para que el cuento genere el miedo en el lector.²³

2.1 Atmósfera

La creación de la atmósfera se construye con la descripción. Ésta depende del estilo del autor; sin embargo, debe ser ágil, amena y evocadora de los lugares, objetos o personas descritos por el autor. Funciona como un lente fotográfico sin utilizar muchos detalles, adjetivos innecesarios o repetitivos.²⁴

Para Lovecraft, la atmósfera es un elemento muy importante debido a que se necesita sentir cierta expectación e inexplicable temor ante lo desconocido. Ya que podemos juzgar una obra de terror por el nivel emocional que es capaz de alcanzar en los pequeños detalles que utiliza con la presencia de la atmósfera.²⁵

La elaboración de ambientes ha ido variando a lo largo de la historia de acuerdo con los gustos de los lectores. Al principio, en los primeros relatos de terror, se creaban ambientes propicios para el miedo como puertas chirriantes, pasos que se escuchaban a media noche, proyecciones de sombras, etc. Estos elementos anunciaban un terror incontrolable porque provenían de un elemento o poder que estaba más allá de la comprensión humana. Más tarde, se impuso un ambiente realista para que el lector se

22 Niccoli Silvia (comp.), traducción Beatriz Dorriots, "V. El sistema del relato, 1. Distorsión y expansión" en Barthes Roland *Introducción al análisis estructural de los relatos*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1977, pág. 48-50.

23 Adolfo Bioy Casares, *et al.* "2. Técnica" en *Antología de la literatura fantástica*, México, Debolsillo, 2012, p. 8.

24, Celinda Fournier Marcos, *Op. Cit*, p. 67.

25 Edgardo Lois, *Op. cit.*, p. 455.

adentre en el relato y vaya recibiendo una serie de sensaciones que le permiten vivir la historia de manera auténtica, metiéndose de lleno en ella, causando un efecto mayor.

Para los cuentos que presento, la atmósfera constituye una parte importante, sobre todo para lograr el efecto que pretendo: aportar credibilidad a las acciones. Por ejemplo, en el cuento “El color del olvido”²⁶, se presenta el tema de la locura, la mujer sufre de alucinaciones repetidamente y debido a un trauma pierde la memoria. Para no confundir al lector entre cada alucinación, utilicé colores diferentes en los objetos que rodean al personaje principal: el blanco para aludir a la tranquilidad previa al ataque; el rojo, color en que están pintados los edificios del barrio donde vive la protagonista, funciona como indicio de una violación y del intento de suicidio. El rojo es un color que significa la purificación del personaje, igualmente su indefensión cuando fue víctima de la agresión. Por si el tono de la sangre no fuera suficiente, el rojo está asociado con el peligro (por ejemplo, las alarmas de incendio, las luces de las ambulancias) y con el mal con representaciones del demonio. En esta atmósfera, la indefensión y la vulnerabilidad del personaje se vuelven más evidentes y palpables; asimismo, comunica este efecto al lector. La atmósfera se vuelve onírica al pasar de una alucinación al mundo real y viceversa; el tiempo en que se realizan los acontecimientos, marcado por las alucinaciones, transcurre en una fecha significativa: el cumpleaños de la protagonista, un festejo nocturno; y, de vuelta a los días cotidianos, la rutina ha sido trastocada, es imposible volver al mundo como era antes, aunque el personaje y el lector desconozcan la razón.

En “Gestación” la historia está basada en una isla que se llama Aoshima, de kilómetro y medio de largo, ubicada en el sur de Japón y hay un humano por cada seis

²⁶ Este relato es uno de los primeros que entregué durante la licenciatura y está inspirado en el cuento de Julio Cortázar “La noche boca arriba”: se estructura con base en sueños y despertares de un personaje aparentemente contemporáneo al lector.

gatos. Fueron llevados allí para acabar con la plaga de ratones. Esta proliferación se ha convertido en un atractivo turístico, los gatos no les tienen miedo a los humanos que habitan ahí, y se les puede observar solos o en manadas en zonas abandonadas de la ciudad, como casas, construcciones o botes. La simple razón de que sea una isla ocasiona una sensación de cautiverio y que no existe una manera sencilla de salir de ahí, esto se va incrementando a medida que el narrador describe las calles por las que María pasa en busca de información para un reportaje y el hecho de que Hachi, el primer gato con el que se topa en el hotel, esté como una parte fundamental del cuento. Aquí, los gatos son los que construyen la atmósfera, además, si se han visto fotografías de la isla los gatos están en cada rincón.

El acecho de los gatos y la cantidad de ellos, son un factor importante para la atmósfera de este cuento porque están asociados a la magia, a la astucia y, en general, a lo sobrenatural. Es por estas características que el gato es un personaje recurrente en los cuentos. Lo podemos ver en el cuento de Edgar Allan Poe “El gato negro” y en “Los gatos de Ulthar” de Lovecraft. También en el cine tenemos “Los ojos del gato”, en donde se presentan tres historias escritas por Stephen King que van desde lo terrífico a lo fantástico y son entrelazadas por un gato.

También, la mención de que no hay tantos seres humanos dentro de la isla da la impresión de que no se sabe a ciencia cierta qué es lo que sucede dentro de esta y el hecho de que los habitantes se vean como sirvientes de los gatos puede hacer pensar que existen más animales como Hachi.

En “Moverse como simio” la atmósfera está construida en base a una época actual que permite que el protagonista realice los experimentos en los simios y su labor como médico especializado. Escogí sobre todo este tipo de atmósfera para que el lector se sienta

identificado con las acciones que detonan la historia. Los espacios son muy importantes, uno de ellos es el hospital en donde trabaja el personaje de Alejandro. Un hospital siempre está cargado de una connotación de salud, negligencia e incluso de muerte; al ver como el personaje se desenvuelve en sus actividades diarias dentro del hospital conocemos una parte de su personalidad. También, es de ahí de donde saca las cosas necesarias para operar a Eloísa.

La casa es el lugar más importante porque funciona como un escondite perfecto para realizar la operación que puede salvarle la vida a Eloísa. Para Alejandro, toda su casa es un santuario que funciona como una manera de protección para su hija, aunque a veces tiene que dejar que salga de ahí para ir a la escuela o visitar a su abuela. En un principio, dentro de la casa hay un habiente de tranquilidad pues Alejandro se esmera mucho para darle una nueva vida a su hija, al grado de convertir el cuarto de la niña en un lugar que no le incomode y donde pueda realizar sus actividades sin problemas. A medida que avanza el cuento, esta tranquilidad se convierte en desesperación, lo que ocasiona que la atmósfera, tanto en el hospital como en la casa, cambie.

El hecho de colocar el tema de los xenotrasplantes dentro del cuento ayuda a la atmósfera porque el lector puede o no conocer por este nombre a los experimentos que realizaban los nazis durante la segunda guerra mundial y esto detona el recuerdo de haber escuchado de ellos, por lo que el sentimiento de tensión y horror de saber cómo va a terminar la niña después de ser intervenida por su padre aparece a medida de que se avanza en la lectura del cuento.

Así las atmósferas se pueden utilizar de diferentes maneras para fomentar en los personajes, y posteriormente en el lector, la perturbación provocada por la extrañeza de los lugares cotidianos.

2.2 Personajes

Los personajes son seres ficticios compuestos como una imitación de individuos que desarrollan los hechos o acontecimientos del relato, también son llamados actantes. Se pueden clasificar según su importancia dentro del cuento: los personajes principales son los que realizan las acciones más importantes y alrededor de ellos gira la historia; los secundarios complementan las acciones de los principales ayudando u obstaculizando la labor de éste y los ambientales son aquellos que siempre están presentes, pero no desempeñan un papel importante.

También, los personajes se pueden clasificar según el grado de caracterización: personajes redondos, son aquellos cuya conducta y manera de ser se conserva de principio a fin del relato y los complejos son personajes impredecibles que al final del relato pueden ser completamente distintos de cómo eran al inicio.²⁷

Para Robert Mckee, el autor es un gusano de la mente que penetra en la voluntad de un personaje para descubrir sus aspectos, su potencial, para después crear un evento ensamblado en su naturaleza particular. Los personajes no son seres humanos pues sus aspectos están diseñados para que sean claros y conocibles. El diseño de un personaje comienza con la creación de dos aspectos primarios: la caracterización, que es la suma de todas las cualidades observables (aparición física, sexualidad, edad, etc.) y el carácter verdadero, que es lo que espera detrás de esa máscara, pues a pesar de su caracterización no se sabe realmente quién es la persona que se nos presenta.²⁸

27 Celinda Fournier Marcos, *Op. Cit*, p. 80.

28 Robert Mckee, "*Estructura y personaje*". Guionista. Septiembre - Noviembre, 2005, n°28, p.15.

Esto es importante porque al momento de pensar en un personaje para un relato de terror, es necesario saber cuál va a ser su función: una criatura sobrenatural o un ser humano, y si se quiere crear un ser humano aterrador es necesario utilizar el carácter verdadero que menciona Mckee.

Antes de hablar de los personajes en mi obra, mencionaré los personajes que son representativos del género de terror. Para Escudes González, estos personajes son:

- a) El fantasma, un ser espectral que aparece en lugares donde vivieron y llegan a ser presencias siniestras que alteran el orden de los vivos. Sus acciones tienen a menudo un carácter vengativo o justiciero.
- b) El no-muerto, seres que no han podido encontrar la paz del descanso eterno y son una amenaza permanente para la estabilidad psíquica de los que lo rodean, ya que suelen alimentarse de los seres humanos.
- c) La encarnación del mal (el demonio), un ser astuto que engaña a los humanos y les impone su ley por haber realizado un pacto con él o pedir el cumplimiento de deseos.
- d) El propio cuerpo humano, esto se refiere a la visión deformada de un elemento tan conocido y tan próximo a nosotros que nos causa terror y el inconsciente, funge como un personaje puesto que se refiere a que en la narrativa de terror siempre se ha preocupado de lo que sucede en el interior del personaje y al hablar de los miedos significa hablar de la mente. Por lo que se pueden mencionar el uso del doble (plantea el pánico que siente el individuo ante la presencia de otro Yo que reposa en su interior), la pérdida de la identidad (el terror de convertirse en otra

persona) y la experimentación (producto de los avances científicos en el siglo XIX).²⁹

Dentro de mi obra, los personajes que están presentes son las criaturas sobrenaturales (“Mantis”, “Las profundidades de la red” y “Gestación”) y los que son seres humanos que presentan algún tipo de trastorno psicológico (“Moverse como simio”, “El tiempo de Pamela”, “Ceniza”, “Carne molida”, “Amor”, “El color del olvido”) y otros que son muy ambiguos como “Gato gris”, “El baile” y “Vecino”. Esta diversidad busca que los lectores no pierdan el interés lo que podría ocurrir con un solo tipo de personaje.

Cuando quiero comenzar a escribir un cuento de terror, el personaje debe tener las características necesarias para que sea convincente y al mismo tiempo pueda ayudar a hacer que el lector sienta el miedo o el horror al leer la historia. Varios de mis personajes están inspirados en situaciones contadas por mis amigos o familiares y otros más están hechos por la temática del cuento.

Por ejemplo, para el cuento de “Detrás de la niebla”, leí un diccionario de lo sobrenatural que habla acerca de la leyenda de los hombres grises, en donde se dice que es un fenómeno que ven los montañistas, en especial, en ciertas montañas, como las de Ben Macdhui en Escocia y que por lo general se asocia a condiciones de niebla. Una figura gris parece acompañar a los escaladores. Primero quería hacer un cuento en donde los hombres grises fueran los personajes principales, después lo adapté para que todo el pueblo en las montañas estuviera realizando las acciones dentro del relato. Ninguna de esas ideas me terminó por agradar.

29 Joan González Escudes 2010, “Conclusiones generales del cuento de terror” <http://www.ciudadseva.com/textos/teoria/hist/los_cuentos_clasicos_de_terror.htm> [Consultado 13 de octubre de 2014].

En ese momento, decidí que fuera un coleccionista de arte el que narrara todo y los hombres de gris pasaron a ser los personajes secundarios ya que terminaron por arruinar la vida del coleccionista y del pintor.

Para la creación de estos dos últimos personajes, coloqué características que fueran acordes con el relato final. El coleccionista de arte está basado en una persona que se apasiona por su pasatiempo y quiere tener todo lo relacionado con él. El pintor, apareció cuando estaba frustrada porque no encontraba la manera de escribir el cuento como yo quería. La personalidad del pintor es la de un artista que ya no quiere hacer lo mismo de siempre y se toma un descanso para recuperar su “musa” perdida por el éxito de su trabajo.

En mi cuento “El dedo”, utilicé el personaje del doble. Como mencioné con anterioridad, este es uno de los personajes que se utilizan en el relato de terror, también se le conoce como el alter ego o el *Doppelgänger*, que significa “caminante doble”. Considero que este personaje es el que mayor perturbación causa al lector porque el ser humano teme a la dualidad que existe en su interior. El hecho de que hablemos del bien y el mal ocasiona que las personas teman ser la parte malvada cuando conocen a su “gemelo”.

En mi cuento utilizo este juego del ser bueno y malo, pero no con las gemelas, sino entre ellas y la madre. Esto no se nota a simple vista, pero es en las conversaciones entre las gemelas y la manera de actuar de la madre la que da esa información al lector. En mi relato, las gemelas, Karar y Saray, son las dobles principales dentro de la historia, pues ellas no se separan, no importa a donde vayan y sólo quieren que su madre esté sana. Ellas trabajan en equipo para lograr ese cometido.

El uso de los dobles se puede observar claramente en el cuento “William Wilson” de Poe, en donde el personaje principal se encuentra con un hombre idéntico a él que al perecer los sigue a todos los lugares y realizan las mismas actividades pero el otro William

lo supera en todo. Al final, William arrastra a su doble a una antecámara y lo apuñala. Tras la acción de William, aparece un enorme espejo en el que éste ve el rostro del fallecido.

2.3 Narrador y efecto

Para Helena Beristáin, en una narración se presenta una sucesión de hechos que ofrezcan un interés humano y posean unidad de acción. Dichos sucesos se desarrollan en el tiempo y se derivan unos de otros, por lo que ofrecen simultáneamente una relación consecutiva y una lógica.³⁰ Para relatar estos hechos es necesario escoger un punto de vista o narrador.

Según Escudes, existen tres puntos de vista o narradores que están presentes en los cuentos de terror: narrador testimonial, narrador omnisciente y narrador protagonista. En mis relatos son relevantes los dos últimos, por lo que hablaré de ellos.

El narrador protagonista, o narrador en primera persona, es una de las “formas más directas para reproducir un ambiente que transmita las emociones deseadas”,³¹ este tipo de narrador tiene la ventaja de establecer una conexión con el lector, ocasionando que se sienta en la piel del personaje. Cuando el lector identifica la función de narrador y protagonista, los hechos resultan creíbles. En este tipo de narrador, el personaje puede ser tranquilo y serio o nervioso, al punto de la locura, como sucede en “El corazón delator” de Poe.

El narrador omnisciente sabe todo sobre los personajes y del mundo que les rodea. Para los cuentos de terror, es importante poder contar la historia sin sujetarse a las

30 Helena Beristáin, “Narración” en *Diccionario de retórica y poética*, México, Porrúa, 1995, p. 355.

31 Joan González Escudes, *Op. Cit.*

limitaciones de tener que narrar sólo lo vivido. En este caso, el narrador puede dar datos que se desconocen de los personajes y la historia, creando una atmósfera apropiada.³²

Para los cuentos que presento, durante la creación del tema, el final y el tipo de personajes, comienzo a pensar en el tipo de narrador. Considero que para escribir un relato, puedo utilizar el omnisciente para crear un ambiente propicio y obtener la sensación de terror o la primera persona para que el lector se sienta dentro de la historia y siempre especulo cómo sería si la contara un personaje diferente, cuál sería la reacción del lector y, antes de escribir el cuento definitivo, escribo un párrafo inicial con cada uno de los narradores para escoger la manera de continuar con la historia.

Al decidir qué tipo de narrador debo de utilizar, también tomo en cuenta si le quiero dar un giro a la trama durante la creación del cuento pues considero que es necesario para realizar una nueva historia de terror o, en su caso, tomar un tema ya utilizado por otros autores como en el cuento “Amor” y cambiarlo para lograr el cometido del cuento. Para este, el narrador fue muy importante debido a que no tenía una idea clara de cómo contar la historia de la protagonista. El formato del diario era algo que me interesaba hacer en un cuento, por lo que en un principio pensé que fuera con el reporte médico del psiquiatra con el que se contara la historia, pero sólo sabríamos el punto de vista de los que estaban involucrados en la investigación y la información que le hayan proporcionado al psiquiatra. Y si utilizaba sólo la perspectiva de la protagonista femenina habría muchos huecos en la trama que no me hubiera gustado que estuvieran ahí para este cuento, por lo que opté por usar a los dos para organizar mejor los eventos dentro del cuento y que el lector tratara de unirlos mientras lee. Pensar a detalle la manera en que voy a escribir un cuento es una parte

³² *Ídem.*

importante en mi proceso creativo debido a que me ayuda a llegar al efecto deseado en el lector.

2.4 Efecto único

Los trabajos que presento remiten a la herencia de Julio Cortázar, H.P Lovecraft y Edgar Allan Poe. Éste último, según la autora Gabriela Mora, su intención impersonal y artística estuvo favorecida por una actitud científica, ya que estudiaba la mente humana más que los usos de la ficción gótica. Librándose de los tratamientos convencionales y estereotipados del terror,³³ Poe elaboró una fórmula de trabajo que por muchos años se consideró la más acertada descripción del cuento y una fuente generosa de recetas prescriptivas, y cita un párrafo de la declaración del escritor:

Un hábil artista literario construye un cuento. Si sabio, no acomoda sus pensamientos a sus incidentes, sino al haber concebido con cuidado deliberado cierto *efecto* único sobre el cual forjar (su cuento), combina entonces los acontecimientos de modo que mejor le ayuden para establecer este efecto preconcebido. Si su primera oración inicial no contribuye a destacar este efecto, ha fallado en su primer paso. En toda la composición no debe haber palabra escrita que no se dirija directa o indirectamente a este diseño preestablecido.³⁴

Para Poe el cuento es la manera en que el autor puede mostrar su poder de creador y someter el alma del lector, provocando una exaltación.³⁵ Para mí es muy importante este

33 Joan González Escudes *loc. cit.*

34 Gabriela Mora, "Edgar Allan Poe" en *Entorno al cuento: de la teoría general y de su práctica en hispanoamérica*. Buenos Aires, 1993, p.19.

35 *Loc. Cit.*

efecto único dentro de mis cuentos para ocasionar el sobresalto en los lectores y obtener el sentimiento de incertidumbre.

Patricia Highsmith, dice en su libro *Suspense, cómo escribir una novela de intriga*, que para lograr que el lector lea una novela de un tirón, los escritores debemos tener en cuenta el *suspense* para que se logre ese cometido. El término que ella utiliza para definir el *suspense* es “un relato en el que hay una amenaza de violencia y peligro que a veces se hace realidad” y “que proporciona una distracción llena de vitalidad y normalmente superficial”.³⁶

Al escribir una novela se tiene la oportunidad de llevar al lector de la mano por todos los acontecimientos que sufren los personajes a lo largo de la trama hasta que logran terminar con todos los asuntos que se fueron contando o ver la evolución de cada uno de los personajes y el *suspense* está distribuido por toda la novela. Pero en los relatos cortos este *suspense* tiene que aparecer en cierto momento de la historia y puede “nacer del más tenue de los hechos, acontecimientos o posibilidades”³⁷ dentro de la trama. Cuando Highsmith menciona esto en su libro hace referencia a las narraciones de misterio que han sido leídas desde los tiempos de Poe, por lo que considero que no sólo en este tipo de narraciones sobre investigaciones criminales existe el *suspense* o, como lo llamará en su momento Poe, el “efecto único” presente en los cuentos de terror.

Poe decía que con el efecto único se debe de pensar de manera precisa la colocación de las palabras, pues cada una aspira directa o indirectamente a un fin preestablecido dentro de la narración. Durante el proceso creativo de esta antología, todos los cuentos fueron pensados de una manera en que el efecto único esté presente en cada uno de ellos.

36 Patricia Highsmith, “Capítulo 1, El Germen de una idea” en «*Suspense*» *Cómo se escribe una novela de intriga*. Barcelona, Anagrama, 1986, p.9.

37 *Ídem* p.32.

Considero que todos mis cuentos lo tienen, pero en los cuentos “Ceniza”,³⁸ “Mantis” y “Vecino” los protagonistas dan cierta información o desinforma al lector acerca del mundo interno de cada cuento y el misterio de ellos se descubre al final de la historia; como se puede observar en estos relatos, traté de dejar con incertidumbre al lector por lo que sucede en el entorno del personaje y la manera en la que este actúa.

Como sabemos, cada lector tiene un miedo que forma parte de él y es imposible saber qué cosa o ambiente es lo que lo hace reaccionar (si se conoce al lector personalmente esto se vuelve una tarea fácil), por lo que es importante utilizar diferentes recursos narrativos para crear un cuento que perturbe al lector. De manera que cuando comencé a pensar y escribir en algunos de los relatos el efecto único debía estar presente en distintas partes de ellos. El efecto único recae ya sea en los personajes o en la atmósfera, pues son diferentes maneras de ocasionar una perturbación en el lector y me gusta experimentar con las distintas formas de escribir un cuento de terror.

38 Este cuento está inspirado en una enfermedad conocida en Japón como Hikikomori. Quienes padecen esta enfermedad, mayoritariamente varones adolescentes o jóvenes, se aíslan de la sociedad que les rodea para vivir como modernos ermitaños que no salen de su habitación, habitualmente pegados a una pantalla, ya sea del ordenador, una consola de videojuegos, la televisión o un gadget que les ofrece acceso a Internet, negándose a ir a la escuela o al trabajo durante meses o incluso años.

Capítulo 3. Miedos modernos en el libro *Susurros del miedo*

Este libro se titula *Susurros del miedo* y los cuentos que están dentro de ella son una representación de diferentes situaciones que causan miedo en los personajes o en el lector. Mi método para escribir los cuentos de terror es pensar primero en el tema, luego en el final, después en los personajes (¿quién será el protagonista?, ¿habrá un ser sobrenatural?), qué tipo de narrador y la situación en la que se va a desarrollar la historia. A veces es difícil comenzar un nuevo relato pues es necesario tener varias consideraciones, sobre todo de las acciones de los personajes que voy a tomar en cuenta para perturbar a los lectores.

Una muestra de esto es el cuento “El tiempo de Pamela”. El tema es obvio: el tiempo. El personaje de Pamela muestra una manía por tratar de controlarlo, y el resto de los personajes no puede entender cómo y por qué surgió su obsesión. Este relato se me ocurrió al pensar que debería de haber una manera de congelar el tiempo para poder aprovecharlo como quisiéramos, pero que debería de haber una consecuencia por tratar de hacerlo. Así, pensé en el final del cuento y en el personaje de una mujer joven obsesionada con el pasar del tiempo y la manera de contenerlo a su antojo, y también utilicé el elemento del objeto mágico que es heredado dentro del círculo familiar. El “miedo moderno” expuesto aquí es el temor de la muerte que conduce a cualquier forma de preservarlo, incluso si este medio consiste en alterar el descanso de los muertos.

Por otra parte, en los cuentos “Moverse como simio” y “El dedo” se puede encontrar el tema de la enfermedad y a tres personajes que tratan de ayudar a sus seres queridos a salir de esa situación. Por una parte tenemos a un padre que usa la ciencia para darle una mejor calidad de vida a su hija y, por otro lado, tenemos a las niñas que utilizan

un método que no es racional para curar a su madre. Aunque los personajes tienen intenciones buenas para sacar del sufrimiento a sus familiares las acciones que toman para llegar a realizar su cometido son pensadas desde la desesperación lo que ocasiona un incidente mayor para la persona que se pensaba ayudar.

Es arduo incursionar en este tipo de género dentro del cuento pues los lectores no buscan una historia de terror sólo para pasar el rato, sino que lo hacen para sentir como se les eriza la piel ya que los seres humanos tenemos una fijación por sentir miedo en una situación controlada. Al crear nuevos miedos es indispensable tratar de no caer en los viejos clichés del género del terror, como el ser sobrenatural que se la pasa acechando al protagonista, o el personaje que se vuelve loco por cualquier cosa que le pasa; o si se pretenden usarlos, hay que tener en cuenta que todas las historias ya se han escrito y lo que importa es la manera en cómo se vuelven a escribir.

Hay que pensar a detalle la manera de escribir un cuento de terror utilizando las herramientas que tengamos a la mano: diccionarios de fobias, de seres sobrenaturales, antologías de mitos y leyendas de las diferentes culturas o un buen oído para obtener las anécdotas de las personas que nos rodean. En mi caso, los cuentos que están dentro de esta antología, están basados en las cosas que veo o investigo para que los lectores se den una idea de que la realidad es sólo una parte de lo que miran y experimentan. Considero que es necesario que las personas que quieran incursionar en este género deben de pensar en nuevas maneras de asustar a los lectores debido a que, para Poe, la literatura de lo extraordinario es la que más habla de la simbología colectiva y Lovecraft señaló que lo fantástico radica en la experiencia del lector.³⁹

39 Alaric Balam, "Introducción" en *Cuentos clásicos de terror*, Serie terror. México, Editores Mexicanos Unidos, S.A., 2003, p. 6.

Después de estos dos capítulos acerca del terror en general y las explicaciones de algunos de los cuentos que están dentro del libro, es necesario hablar de lo que considero la evolución de los miedos y por qué los llamo “miedos modernos”. Aunque se puede considerar que los “miedos modernos” están relacionados con los avances tecnológicos, mi concepto se trata de una adaptación dentro de la literatura.

Considero que los “miedos modernos” son los temas nuevos que se presentan en este género. Por ejemplo, durante el siglo XIX se podía escribir un relato de terror sobre una mansión o un castillo abandonados llenos de espíritus o maldiciones que perseguían a las personas que habitaban ahí, pero al llegar la modernidad esos castillos se convirtieron en casas ubicadas en los suburbios, deterioradas por el tiempo escondiendo lúgubres secretos de sus antiguos dueños. Ahora, una casa abandonada es simplemente eso: una casa vieja sin nada en su interior más que escombros. Aunque en esta época el tópico de la “casa abandonada” sigue vigente, ya no es una enorme casa por explorar sino un departamento o incluso un solo cuarto: un espacio muy reducido, capaz de provocar una sensación asfixiante y, al mismo tiempo, resguardar lo que se realiza dentro, incluso un crimen o un secreto terrible. Considero que este cambio se dio para buscar la mejor manera de alterar al lector.

Por otra parte, en esta época es complicado continuar con este género, pues algunos (sino es que la mayoría) de los lectores de relatos de terror queremos sentir el horror, el miedo que nos generó nuestro primer cuento de terror en cada relato o novela de este género que cae en nuestras manos.

Como escritora y consumidora del género de terror, el reto es mucho mayor. No conozco todas las fobias que están registradas; podría haber explotado mis propios miedos para la creación de los cuentos que presento, como en el cuento “Mantis”, donde no tuve

que imaginar la apariencia del ser, ya que tuve una pesadilla en donde aparecía y decidí usarlo dentro del cuento. Pero sólo lo hice una vez porque me pareció un espectro horrible para usar en la antología. Además, existe una gran variedad de fobias, trastornos psicológicos y objetos que ayudan a la creación de relatos. También hay que pensar que la humanidad sigue evolucionando, por lo que es necesario crear nuevos “miedos” para los lectores.

Esto no quiere decir que no se puedan utilizar diferentes trastornos o miedos para escribir relatos de terror, pero es importante tratar de darles un giro, el efecto único del que habla Poe, para lograr el objetivo de perturbar. Por ejemplo, si se quiere hacer un cuento de terror sobre zombies, se debe de pensar una manera para crear un zombie que nunca haya aparecido dentro de la literatura o buscar la manera de combinar dos tipos de zombies (uno creado por magia con uno producido en un laboratorio) pues es un personaje que se volvió muy popular en los últimos años y es necesario pensar en otra propuesta para escribir acerca del zombi para crear una historia que perturbe al lector.

Por otra parte, en algunos de mis cuentos tomo una anécdota y la transformo dándole un giro, por ejemplo, con los personajes que aparecerán en el cuento. Lo hice de esta manera porque, según Julio Cortázar en *Aspectos del cuento*, en el cuento el tema que se quiere contar tiene que ir más allá de una simple anécdota cotidiana y se le tiene que dar un tratamiento excepcional para poder atraer al lector, generándole una inmensa cantidad de nociones y sentimientos que ayudan a que se sienta dentro del universo que el cuentista creó y revela su existencia⁴⁰. También intento, como nos enseña Cortázar, atrapar al lector

40 Julio Cortázar, “Aspectos del cuento” en http://www.ciudadseva.com/textos/teoria/opin/aspectos_del_cuento.htm [Consultado 2 de mayo de 2014].

desde las primeras líneas y sobre todo quiero que la historia sea continua, que mis cuentos se lean rápido llegando a un final igual de impresionante que el principio.

Para la realización de “Carne molida” utilicé una situación simple: la desesperación de perder el trabajo y no poder darle el sustento suficiente a la familia. El personaje termina en una situación que los hace escoger entre su familia y la sensación de estar haciendo algo malo. Como una parte importante del cuento, menciono que tiene que cortar carne debido a que la carne de cerdo y de res son fáciles de diferenciar pero cuando son trozos pequeños la textura y el olor es lo que ayuda para saber de qué animales provienen. Es por eso que mi personaje se da cuenta de que tipo de trabajo está haciendo pero no puede seguir indagando por el temor a perder el trabajo.

De la misma manera, hay que pensar en el uso de objetos cotidianos y en los cambios que han ido sucediendo a lo largo de la historia de la humanidad para causar el sentimiento de horror. Por ejemplo, en esta época el uso de las redes sociales, Internet y los avances tecnológicos que suceden a lo largo del mundo son de lo más normal, por lo que se pueden utilizar para escribir un relato de terror. En el cuento “Las profundidades de la red” convertí el uso de la web profunda para la creación de un nuevo terror. Todos los que hemos oído hablar de la *Deep Web*⁴¹ no sabemos realmente qué es lo que se puede encontrar ahí. La anécdota de este cuento la transformé a un hecho sobrenatural, por lo que me pareció interesante colocar en ella una maldición utilizando una canción difícil de encontrar en la web común y, sobre todo, no quería darle el mismo giro que se observa en las noticias cuando se habla de la captura de algún hacker: una agencia gubernamental cualquiera atrapa al personaje. Como menciona Patricia Highsmith, para escribir es

41 La deep web es aquella parte de la red que contiene material, información y páginas web que no están indexadas en ninguno de los buscadores existentes como pueden ser Bing, Google, Yahoo, etcétera.

indispensable disfrutar el proceso y complacernos a nosotros mismos porque así podríamos divertir a los editores y lectores.

También, hay que tomar en cuenta que todas las historias ya han sido contadas y lo único que tenemos es una mezcla de ellas o las diferentes versiones de cada una de ellas. Se podrían utilizar los temas o personajes que están presentes en la literatura de terror para crear un cuento. Como sabemos la figura del demonio está presente en el género de terror.

Oscar Hahn dice que el demonio es una de las figuras sobrenaturales más frecuentes en las letras hispanoamericanas de la Colonia. Durante los siglos XVI, XVII y XVIII, aparece en la mayor parte de las obras poéticas de esa época y en muchas de las crónicas en prosa. Durante estas épocas, la figura del demonio se presenta bajo la forma de un negro, de un moro o un indio, pero en el siglo XIX, después del adoctrinamiento de los indígenas y de su conversión al catolicismo, estas representaciones desaparecen dando lugar a la imagen del diablo como un caballero muy elegante, de dentadura dorada.⁴²

Quise retomar el personaje del demonio en el cuento “El baile”. Está inspirado en la leyenda de los íncubos y súcubos. Son demonios o duendes que adquieren una apariencia masculina o femenina y buscan relaciones sexuales con mujeres u hombres mientras están dormidos. Se piensa que cuando una persona tiene pesadillas y siente un peso opresivo en el pecho, era porque sufría del acto de copulación por sonambulismo con un demonio.⁴³ Y la historia se desarrolla en el contexto del siglo XIX cuando las ideas republicanas y liberales se empezaban a expandir por Europa, por eso las acciones del cuento suceden en un baile, pues algunos países europeos se caracterizan por las grandes fiestas que organizaba la realeza. Como en el cuento de “La muerte roja”, de Edgar Allan Poe, en el

42 Oscar Hahn, “VI. Eduardo Blanco y el Pacto con el diablo” en *El cuento fantástico hispanoamericano en el siglo XIX*, México, Premia Editorial, 1991, p.43.

43 Íncubo. En: *Diccionario de lo oculto*. Grupo Editorial Tomo S.A. de C.V., 2000. pág. 177-178.

que durante la fiesta se presenta la muerte roja vestida de una manera muy formal ante todos los invitados.

Como pudimos observar, la representación del demonio a lo largo de cuatro siglos ha ido cambiando conforme a las creencias de los habitantes de Hispanoamérica. Esto nos indica que el miedo a un ser desconocido y que se considera como algo muy dañino para el ser humano sigue presente en la mente de las personas. También apreciamos la creación de un nuevo miedo a partir de la evolución de un pensamiento que segregaba racialmente para infundir miedo, de la manera incorrecta, en las personas que estuvieran en contacto con algunas de las razas que se mencionan.

Después de este análisis sobre el cuento de terror desde sus primeras apariciones en el mundo literario hasta nuestros días, considero que los escritores que incursionen en este tipo de género deben de hacer algo nuevo para que vuelva a sobresalir como en los siglos pasados. Podemos ver una gran evolución del género de terror en los videojuegos ya que los programadores tienen la fortuna de contar con la ayuda de las imágenes y de lograr que el espectador controle al personaje principal, así como un retroceso en las películas del mismo género, debido a que la mayoría de las nuevas producciones son una reinterpretación de las antiguas, pero en la literatura la mayoría de las antologías de cuentos de terror contienen los mismos autores y las novelas de este mismo género son reediciones.

La creación de nuevos miedos para los lectores se logrará si, de manera consciente, los escritores del género piensan en qué momento de la narración se colocará el giro de la trama, el monstruo por salir del armario, etc. para crear la perturbación que se desea.

Además, como mencioné en el apartado sobre la definición del cuento de terror, las personas temen a lo que no conocen, a lo que no tiene explicación, por esa razón sigue existiendo la fascinación por los hechos sobrenaturales, los monstruos, demonios, ovnis, la

vida después de la muerte, etcétera, pues, como dije con anterioridad, el ser humano nos recreamos con los objetos de puro terror y considero que se puede volver a explotar el “terror cósmico” dándole un buen uso a los elementos antiguos. Sobre todo por lo que dice Carlos Barceló en la introducción del libro *Relatos cortos sobrenaturales*: “la habilidad de los mejores autores es construir una historia aparentemente cotidiana, para ir la llevando lentamente hasta el terreno de lo sobrenatural”.⁴⁴

Para concluir, en la realización de un cuento de terror contemporáneo se puede crear un “miedo moderno” utilizando una fobia, un trastorno psicológico, un objeto cualquiera o una anécdota muy sencilla dándole un giro (efecto único) a la utilización de estos elementos a la vez que se piensa en las acciones y decisiones de los personajes, quién contará la historia y los lugares en los que ocurrirá todo para ocasionar la perturbación deseada en el lector. Así es como creé el libro *Susurros del miedo*. Todos los cuentos están pensados exclusivamente para perturbar a quien lo lea y tratando de proponer una nueva mirada al género del terror que, considero, se está dejando de lado en la literatura y se puede explotar enormemente pues el ser humano jamás dejará de tener miedo a los ruidos nocturnos de su alrededor, incluso, a él mismo. Mis cuentos los escribo pensando en explotar el lado humano de los personajes, porque, la mayoría de las veces, utilizar los sentimientos que los lectores logran reconocer de ellos mismos en el personaje es lo que ocasiona el efecto único.

44 Carlos Barceló, (comp.) “Introducción” en *Relatos cortos sobrenaturales*, España, EDIMAT libros, 1998, p.5.

Bibliografía

Balam, Alaric. "Introducción" en *Cuentos clásicos de terror*, Serie terror. México, Editores Mexicanos Unidos, 2003.

Barceló, Carlos (comp.) *Relatos cortos sobrenaturales*, España, EDIMAT libros, 1998.

Beristáin, Helena. *Diccionario de retórica y poética*, México, Porrúa, 1995.

Bioy Casares, Adolfo. *et. al. Antología de la literatura fantástica*, México, Debolsillo, 2012.

Diccionario de lo oculto. Grupo Editorial Tomo, 2000.

Fournier Marcos, Celinda. *Análisis literario*, México, CENGAGE learning, 2009.

Hahn, Oscar. *El cuento fantástico hispanoamericano en el siglo XIX*, México, Premia Editora, 1991.

Highsmith, Patricia. «*Suspense*» *Cómo se escribe una novela de intriga*. Barcelona, Anagrama, 1986.

Hearn, Lafcadio. *El Japón fantasmal*, México, Satori, 2008.

Lois, Edgardo (comp.) *H.P. Lovecraft, 3. Obras completas*, Argentina, Díada, 2011.

Llopis, Rafael. *Antología del cuento de terror, 1. De Daniel Defoe a Edgar Allan Poe*, México, Alianza, 2012.

Mckee, Robert. *Estructura y personaje*. Guionista. Septiembre - Noviembre, 2005, n°28.

Mora, Gabriela. *En torno al cuento: de la teoría general y de su práctica en hispanoamérica*. Buenos Aires, 1993.

Niccoli Silvia (comp.), traducción Beatriz Dorriots, “V. El sistema del relato, 1. Distorsión y expansión” en Barthes Roland *Introducción al análisis estructural de los relatos*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1977.

Requena Hidalgo, Cora. *El mundo en la literatura japonesa*, España, Satori, 2009.

Todorov, Tzvetan. *Introducción a la literatura fantástica*, México, Ediciones Coyoacán, 2009.

Fuentes electrónicas

Diccionario de la Real Academia Española, 2014 <<http://lema.rae.es/drae/?val=terror>>

[Consultado 10 de diciembre del 2014].

Ceserani, Remo. “Lo fantástico” <<http://es.scribd.com/doc/101678428/Lo-Fantastico-Remo-Ceserani>>

[Consultado 25 de noviembre de 2014].

Cortázar, Julio. “Aspectos del cuento”

<http://www.ciudadseva.com/textos/teoria/opin/aspectos_del_cuento.htm>

[Consultado 2 de mayo de 2014].

González Escudes, Joan. 2010, “Conclusiones generales del cuento de terror”

<http://www.ciudadseva.com/textos/teoria/hist/los_cuentos_clasicos_de_terror.htm>

[Consultado 13 de octubre de 2014].

González Escudes, Joan. 2010, “Historia del cuento clásico de terror”

<<http://www.ciudadseva.com/textos/teoria/hist/escude1.htm>> [Consultado 17 de

septiembre de 2013].

Susurros del miedo

Moverse como simio

El sol entraba por los barrotes de la pequeña ventana hasta llegar al piso de la celda. Alejandro estaba sentado en la cama, en la mano tenía la fotografía de su hija Eloísa. Estuchaba como los demás prisioneros les gritaban a los policías o peleaban entre ellos. Él estaba solo en la celda para su seguridad, no comía con el resto de la población del recinto y tenía diferentes horarios para estar en el patio. El crimen, por el que fue condenado a 25 años en prisión, lo mantenía en el área de alta peligrosidad.

Antes del encierro, Alejandro ejercía como médico especialista en trasplantes de hígado. También dirigía un laboratorio de investigación, realizaba pruebas en tejido animal y humano para tener una visión diferente de los trasplantes. Responsable de múltiples operaciones exitosas, Alejandro sentía una enorme satisfacción por salvar la vida de un paciente y asegurarle algunos años de existencia. Pero ante un órgano no aceptado por el cuerpo del paciente, y su consecuencia fatal, de igual forma sentía satisfacción, ya que eso le daba la oportunidad de llevar a cabo nuevas investigaciones y experimentos que le permitieran no cometer el mismo error una segunda vez.

Tenía una buena relación con sus colegas. Todos lo respetaban y solían apoyarlo en las situaciones difíciles, como la vez que lo suplieron a mitad de una cirugía, porque se enteró de que su esposa e hija habían sufrido un accidente en el automóvil. La pequeña sobrevivió pero con una grave lesión en la espalda. No volvería a caminar.

A pesar de esa terrible experiencia la vida de Alejandro era sencilla, por la mañana diagnosticaba y atendía a los pacientes; revisaba y aprobaba los resultados que salían del laboratorio y por las noches pasaba tiempo con su hija Eloísa. No la dejaba sola y, cuando

iba a trabajar, la llevaba con su abuela materna, Karen. La mujer cuidaba bien de la niña y Alejandro notaba que la niña era feliz.

Al llegar con Eloísa a casa después de recogerla, Alejandro la cargaba para subir las escaleras hasta su habitación. Le había colocado unas repisas bajas para que pudiera tomar sus libros y juguetes, diseñó para ella un escritorio especial donde pudiera meter la silla de ruedas y escribir en la computadora sin ningún estorbo. La silla de ruedas siempre estaba cerca de la cama: todos los días, la niña se acercaba a la ventana para ver a su padre salir a trabajar.

Todas las noches Alejandro se sentaba a un lado de la cama para leerle historias; *El Principito*, de Antoine de Saint-Exupéry, era su favorita. Le besaba la frente y la arropaba antes de dormir. Después, se iba a su despacho para leer y mantenerse al tanto de nuevas investigaciones en el campo de los trasplantes; por último, revisaba los archivos de las autopsias de sus pacientes para detectar posibles errores.

Por la mañana, se despertaba antes para hacer el desayuno y preparar las medicinas de Eloísa. Ponía la silla de ruedas en el auto, regresaba a la casa, tomaba su termo de café y acomodaba a Eloísa en el asiento delantero del auto, de tal modo que no se lastimara, para llevarla de nuevo a casa de la abuela. Ya en el hospital, Alejandro revisaba expedientes de sus citas del día o se concentraba en la cirugía programada. En secreto, guardaba la esperanza de hallar un modo de que la pequeña volviera a caminar, asegurarle una vida feliz.

Una noche, mientras recogía sus cosas para salir, su celular sonó. Era Karen. Le hablaba desde una ambulancia, Eloísa era trasladada a un hospital cerca de la casa: había tenido una crisis epiléptica.

El pasillo del hospital estaba solo, las luces eran tenues, las camillas y el resto de los aparatos se encontraban cerca de las paredes. Los pacientes dormían y otros se quejaban, la agonía se paseaba a través de las habitaciones. Alejandro estaba en la sala de espera, con la cabeza entre las piernas, su suegra lloraba, aún no sabían qué le había ocurrido a Eloísa. Ella comía un plato de piña en la cocina con su abuela, le platicaba de la novela de *El Principito*, de que pronto podría ir de nuevo a la escuela. De repente se quedó callada y comenzó a tener convulsiones, se cayó de la silla y se golpeó la cabeza. Alejandro no soportaba más sufrimiento de su niña. Desesperado, comenzó a reprender a la abuela, a golpearla casi, dos paramédicos tuvieron que sujetarlo. Después trató de disculparse pero el médico al fin salía del quirófano para hablar con ellos.

—Alejandro, tienes que estar tranquilo. Las convulsiones que le dieron a Eloísa fueron causadas por una inflamación en uno de los discos de la columna. Tratamos de bajar la inflamación drenando el líquido cefalorraquídeo pero cuando se estabilizó, sus signos vitales bajaron y casi no recibió oxígeno en el cerebro.

—¿Estás tratando de decirme que mi hija está en estado vegetal?

—No, afortunadamente no. Ahora sólo está durmiendo pero no podré decirte si está bien hasta que despierte, y tú sabes que con las lesiones en la cabeza no se sabe qué es lo que pueda suceder. Lo siento mucho, por ahora tendrás que irte a tu casa y tratar de descansar —el médico se alejó cabizbajo.

Después de perder la discusión con Karen de quién se quedaría en el hospital, Alejandro volvió a su casa. Estaba en su estudio, con una botella de whisky en la mano y las revistas y archivos tirados por el piso. Miraba por la ventana, los autos ya no pasaban. El viento resonaba fuera de la casa, golpeaba el móvil de palomas que había colgado, alguna vez, su esposa. Recordó cómo se veía por las mañanas: el pelo revuelto, siempre con

su bata morada y con resaca. Maldijo el día en que se casó con ella, sólo lo hizo porque la embarazó. Se esforzó por hacer feliz a Eloísa. Un día se llevó a la niña en el auto: él pensó que la llevaría al parque; en realidad, la usó de pretexto para comprar una botella de ron que empezó a beber antes de arrancar. Se estrelló contra una camioneta: como no tenía puesto el cinturón de seguridad, salió volando por el parabrisas. Eloísa se fracturó la cintura al quedar atrapada en el auto. Desde entonces, luchaba día tras día por seguir viva.

Al fin salió el sol. Subió las escaleras de la casa para ver la habitación de Eloísa, todo debería de estar listo para cuando ella despertara. Sus peluches estaban en sus sitios, los cuadernos donde dibujaba, la computadora estaba en el escritorio con algunos papeles. Eloísa quería ser doctora como su papá. Con ternura, Alejandro miraba las cosas de su hija, esperaba con impaciencia la llamada del hospital para que le dijeran que la daban de alta. Regresó a su estudio, levantó los expedientes, las revistas, todo lo que había tirado al piso. Una de las portadas resaltó entre todas: un reportaje especial acerca de los intentos de algunos médicos para trasplantar órganos de animales a seres humanos. El proyecto parecía destinado al fracaso, según el reportaje. Pero Alejandro vio, de inmediato, una posibilidad.

Se recluyó en su estudio, lo acondicionó como un pequeño quirófano, perfectamente equipado: secreto. Se le notificó el alta de Eloísa: le advirtieron que debía permanecer un par de días más, que los doctores aún no la despertaban. Fue directo al hospital para exigir la salida de su hija, él la cuidaría, sabía qué hacer si le pasaba algo.

Karen se encontraba ahí también, había pasado toda la mañana esperando ver los ojos de la niña.

—No creo que debas llevártela. Aquí la cuidan bien, aunque seas el mejor doctor del mundo necesitas descansar y...

Alejandro ni siquiera la miró. Le dio la espalda y se centró en el traslado de Eloísa. Los paramédicos miraron asombrados el hospital en miniatura donde acomodaron el cuerpecito de la niña. Él les agradeció y los condujo hasta la puerta. Esa noche Eloísa abrió los ojos, pensó que seguía en el hospital, notó que sólo podía mover la cabeza. Gritó a su papá. Alejandro llegó corriendo.

—Papá, ¿qué pasó? Recuerdo... que estaba con... abuela Karen, pero no sé qué más. ¿Por qué hablo... como tonta? ¿Papá? No puedo mover los brazos.

—No te preocupes, mi niña. En este momento papá lo solucionará —Alejandro le colocó una inyección con anestesia. Antes de dormir Eloísa notó un bulto cubierto de pelo, recostado en una camilla continua a la suya. Sonrió.

Alejandro se puso la bata y los guantes. La sangre escurría alrededor de la camilla. Cortaba, unía, cosía de una manera delicada y, al mismo tiempo, asesina. Recibía indicaciones de una voz experta, alojada en su cabeza. Se enfrentaba al mayor de los retos: la cabeza. Poco a poco los músculos y nervios de la columna quedaron unidos por un tornillo de metal. Las extremidades tenían buen color, lo que indicaba que la sangre circulaba. Su cabeza era enorme comparada con el cuerpo, el torso aún tenía el pelo del animal. El brazo de Eloísa se movió torpemente para tocar la cara de su padre, Alejandro comenzó a llorar.

Después de tres días, Karen logró convencer a la policía para que la ayudaran a entrar a casa de Alejandro. Registraron la casa hasta llegar a la habitación-quirófano, del cual salía un olor putrefacto: el cuerpo de Eloísa seguía en la camilla. Alejandro besaba algo que parecía una mano, un pie: pero era imposible distinguirlo.

Mantis

Los habitantes de San Sebastián no dejaban que sus hijos salieran después de las diez de la noche. Tomaron esta decisión desde que encontraron los cadáveres de cinco niños decapitados en el páramo donde se construía la planta de electricidad. El reporte de la policía decía que, tal vez, los niños fueron secuestrados por alguna secta o religión moderna que utilizaba los ojos y los cráneos para algún tipo de ritual. Nadie lo creyó. Don Augusto dijo que la noche anterior, mientras acostaba a su nieta, vio a los niños siguiendo una silueta alta, tenían los brazos largos y se los llevaba al páramo.

Desde ese incidente, las madres no permitían que sus hijos estuvieran en las calles cuando el sol caía entre los cerros que rodeaban el pueblo. Los dormían temprano y cerraban con llave las puertas para que no salieran, pero eso no funcionó. Tres semanas después encontraron en el páramo a otros tres niños de la misma manera: decapitados y sus cabezas no fueron encontradas.

Convocaron a una junta vecinal. Después de muchas súplicas, llantos y gritos, Don Augusto se levantó de la silla para decir que los hombres más fuertes y valientes deberían de ponerse a cuidar el páramo durante las noches, porque la policía no era capaz de protegerlos de la silueta con brazos largos.

Durante el siguiente mes, una patrulla vecinal, conformada por diez hombres, se dedicó a buscar y vigilar la construcción abandonada de la planta de electricidad. No vieron nada extraño y no se encontraron más niños desaparecidos o sus cadáveres. Dejaron que pasaran unos meses más y terminaron con la vigilancia. Las mujeres se volvieron un poco menos estrictas con los niños... excepto don Augusto que protegía a su nieta Camila. Su

madre la dejó con don Augusto hacía ocho años —como lo hizo su mujer cuando su hija acababa de nacer y él tuvo que inventar su muerte—, por lo que él protegía a la pequeña y continuaba imponiéndole el toque de queda, aunque el resto del pueblo lo olvidó.

Camila no tenía muchos amigos en la escuela, porque era pequeña, delgada y un poco lenta para su edad. La mayoría de las niñas sólo jugaba con ella cuando les llevaba chocolates o dulces que su abuelo le daba. No recordaba a su madre. Don Augusto le decía que tuvo que irse lejos para no hacerle daño, porque tenía una enfermedad que cambiaba su mente. Camila sólo recuerda, o creía recordar, el calor de los labios de su madre cuando la besaba en la frente. En su armario tenía un suéter que su madre dejó en la casa.

Una noche, don Augusto no podía dormir y Camila se quiso desvelar con él. Su abuelo trató de dormirla leyéndole cuentos pero no resultó. Al final se rindió y la sentó en sus piernas para que vieran juntos las estrellas cerca de la ventana de la entrada, tapándola con el suéter de su madre.

Camila se durmió por un momento pero un ruido afuera de la casa la despertó. Don Augusto roncaba; no sintió cuando ella se bajo y salió de la casa. Caminó por la oscuridad, la luz de la Luna era lo único que la iluminaba. Tenía cuidado mientras caminaba, sabía que podría pisar un nopal o una serpiente.

Miró detrás de sí y su casa aún era visible. Cuando regresó la mirada al frente, observó una figura que caminaba frente a la casa. Notó que la figura era alta, caminaba con los brazos pegados a su pecho, su cabeza era ovalada parecía que de ella salía una larga cabellera, su torso era delgado y se ensanchaba, parecían una mantis religiosa.

Camila quiso seguirla pero don Augusto apareció y la cargó para llevarla a dentro. Cerró la puerta y tomó su escopeta. Se quedó sentado frente a la puerta hasta que amaneció. Don Augusto interrogó a Camila. Ella simplemente dijo que la mantis no le había hecho

nada, que sentía curiosidad de saber qué hacía sola en medio de la oscuridad. Don Augusto tomó sus manos y le rogó que no volviera a salir.

En el pueblo todo parecía normal, no se reportaron niños perdidos ni cuerpos en la planta de electricidad. Camila no se pudo aguantar las ganas y en la escuela les platicó a sus compañeros lo que había visto. Todos comenzaron a hablar y recordaron cuando sus madres no los dejaban salir durante la noche, con la excusa de que se los podrían robar. Entre los comentarios de los niños resonó el de Héctor, hijo del jefe de policía. Dijo que tendrían que ir una noche a buscar a esa mujer extraña, era su deber como uno de los próximos protectores del pueblo. Camila los acompañaría, ya que era un testigo muy importante en la investigación. Sólo quedaron tres niños en la rueda, Fátima, Sergio y Carlos. Héctor le dijo a Camila que los esperara en su casa, ellos llegarían después de las doce mientras su abuelo estuviera dormido, para lograr ver a la mantis.

Durante el recreo los niños jugaron con Camila, incluso Fátima la convenció para que la invitara a jugar a su casa. Camila se sintió muy feliz por tener una amiga, no podía esperar para llegar a casa.

Al salir de la escuela, Fátima le pidió permiso a su mamá para que la dejara quedarse con Camila esa noche a jugar. Su mamá dijo que no habría problema, pues ya era viernes y no tendría que ir a la escuela, además le tenía mucha confianza a don Augusto. La madre de Fátima las acompañó a su casa y al llegar habló con don Augusto para encargarle a su hija. Él aceptó porque vio a Camila muy emocionada por tener una amiga.

Las dos niñas jugaron durante toda la tarde, y cuando don Augusto les dijo que ya era hora de dormir, recogieron todo y se acostaron sin protestar. Don Augusto se quedó un rato sentado en la silla frente a la puerta con la escopeta cargada, pero el cansancio lo

venció y se fue a su cuarto. Abrió la puerta de la habitación de Camila estaba oscura pero podía ver a las dos niñas en la cama. Se acercó y le dio un beso en la frente a su nieta.

La Luna se veía enorme y la luz entraba por las ventanas e iluminaba la habitación que funcionaba como sala, cocina y comedor. Las sombras que proyectaban las sillas y la mesa bailaban entre las tablas del piso. El viento silbaba fuera de la casa. Héctor, Carlos y Sergio golpearon la ventana. Ellas salieron despacio de la cama. Hubo algunos rechinos de las tablas al sostener los pequeños pies de las niñas y, cuando Camila abrió la puerta, los remaches oxidados hicieron ruido, pero nada de eso despertó a don Augusto.

Todos se sentaron cerca de la ventana para esperar la aparición de la mantis. Las horas pasaron y también la paciencia de Héctor. Los cinco niños se quedaron dormidos en el borde de la ventana. Camila despertó cuando escuchó el sonido de la hierba seca moviéndose y retorciéndose con las pisadas de alguien. Levantó el rostro y, al otro lado del páramo, estaba ahí, la mantis, caminando hacia la planta de electricidad.

Tomó del brazo a Fátima, ella abrió los ojos y empezó a despertar a los demás. Héctor agarró los binoculares de su padre y enfocó hacia el páramo. Con temor observó la figura de la mantis; era como la había descrito Camila: alta, caminaba con los brazos frente al rostro y de su cabeza salía algo parecido al cabello. Los demás le hacían preguntas a Héctor de lo que miraba, pero él se quedaba callado.

Sergio dijo que parecía que venía hacia ellos, pero Carlos le dijo que estaba muy lejos, que no podría verlos. Héctor tragó saliva y ordenó que cerraran la ventana. El crujir de la hierba seca se hacía cada vez más fuerte, se escucharon pisadas detrás de la puerta y las manos de la mantis comenzaron a arañar la madera. Los niños se quedaron paralizados. Camila alcanzó a verla con claridad: era alta, con brazos como tenazas, su cabeza tenía forma de un triángulo y de ahí salía cabello negro; su cuerpo era alargado, no llevaba ropa:

la luz de la Luna hacia que su piel brillara. En su torso delgado colgaban dos senos. Sus ojos eran enormes, con un pequeño punto negro en medio y de su boca salían una especie de mandíbulas que se movían.

La mujer-mantis se quedó quieta por un momento y volteó a ver a la ventana. Camila la cerró rápidamente y se llevó a sus amigos a su cuarto. Se escondieron en la esquina de la cama, abrazados y temblando. Camila no soltó el suéter de su madre.

La puerta principal se abrió y escuchaban los gritos de las tablas al ser pisadas. La mujer-mantis emitía un ruido extraño, como un silbido, que se hacía cada vez más fuerte al acercarse a la habitación de Camila. Los niños se preguntaban por qué don Augusto no se despertaba, él tenía la escopeta. Sergio comenzó a llorar y Carlos le tapó la boca. El caminar y el silbido de la mujer se detuvieron frente a la puerta. Héctor buscó en su mochila algo para proteger a los demás, Fátima y Camila tomaron las linternas. Los rasguños en la puerta aumentaban en volumen y en rapidez el silbido se escuchaba cada vez más cerca, hasta que hubo un silencio y el crujir de las tablas se volvió a oír, junto con la puerta.

Camila quería llamar al abuelo, pero el miedo ahogó sus gritos. Por fin salió corriendo a buscarlo. Héctor sólo atinó a decir que ella serviría de anzuelo para que pudieran esconderse por más tiempo. La niña corrió por el pasillo hasta llegar a la puerta de su abuelo. Al abrir, vio el cuerpo de don Augusto sin cabeza y con la escopeta en las manos. La niña quiso regresar a su cuarto pero un silbido hizo que volteara hacia el pasillo: la mujer-mantis estaba justo detrás de ella. Los niños trataron de huir. La mujer-mantis atravesó con uno de sus brazos dentados la pierna de Sergio y comenzó a destrozarla con su mandíbula. Luego, siguieron los demás.

Camila se quedó parada en el pasillo, incapaz de dejar de mirar la sangre y la pequeña pila de cadáveres. La criatura volteó hacia ella. Comenzó a silbar muy fuerte y soltó al último niño. Se aproximó a Camila y la levantó del suelo suavemente. Acercó sus mandíbulas a su frente, la niña sintió en su frente las gotas de sangre de sus amigos y dijo: “¿mamá?”.

La mujer-mantis la llevó junto a los cuerpos de sus amigos, Camila los observó y comprendió que su madre había regresado para enseñarle a cazar.

Gato gris

Ceres vivía con su familia y su mejor amigo: un gato gris. La familia de la niña era normal, el padre se iba a trabajar todas las mañanas y, con lo que ganaba, iba al pequeño casino clandestino que se encontraba en el pueblo manejado por el señor Reyes. La madre se dedicaba al cuidado de la casa y de la familia, sin decir nada de la pequeña distracción que tenía su esposo: lo justificaba diciendo que era sólo porque se sentía estresado y necesitaba relajarse, además nunca le faltaba lo esencial en casa.

Ceres era la hermana mayor y Julia, la menor. Eran muy unidas y jugaban siempre con el gato. Julia molestaba al animal poniéndole vestidos y cepillándolo hasta casi quitarle el pelo. Ceres, en cambio, lo mimaba con verdadero cariño, le recordaba las historias que su abuela le contaba acerca de seres mágicos y diminutos que hacían favores concediéndoles sus deseos a las personas de buen corazón. Tomaba al animal entre sus manos, se sentaba y lo acariciaba hasta que el gato se quedaba dormido ronroneando en sus piernas y ella lo miraba con ternura, y a veces lo cubría con un pañuelo blanco que tenía mariposas amarillas bordadas, para que el animalito no olvidara el olor de Ceres.

Aunque el gato era bien cuidado por las niñas, de los padres no recibía ninguna atención. Lo habían encontrado en la calle, se lo quedaron para que se encargara de los ratones de campo; el animal hacía tan buen trabajo que los ratones no se acercaban a los alrededores de la casa. Fue entonces que el gato terminó cazando a todas las aves pequeñas, la madre se molestó y lo dejó dos días encerrado cobertizo, por las noches se escuchaba su maullido desesperado. Julia se sentía sola y rogó al padre para que sacara al gato del

cobertizo. Esa noche compartió su cama con el animal, que se acurrucó a los pies de la niña y durmió plácidamente.

A la mañana siguiente, un rugido despertó al gato. Se asomó por la ventana y vio un carro negro que se estacionaba cerca de la entrada de la casa. El gato salió de la habitación de Ceres y bajó las escaleras. Vio al padre discutiendo con un hombre alto, vestido con un traje oscuro y a la madre preguntando histérica qué era lo que sucedía. El animal siguió su camino hasta llegar a la cocina donde encontró su tazón del día junto con su agua. Ceres, al escuchar la conmoción, también salió de su cuarto; al verla en las escaleras el padre le gritó que regresara a su habitación y no saliera. El hombre de traje le guiño un ojo y se dio media vuelta para irse.

Por la tarde, el padre y la madre se la pasaron susurrando en su habitación. Las niñas no entendían qué era lo que sucedía, pero no le dieron importancia, y cada una se la pasó jugando con el gato por turnos. Después de un rato, el teléfono sonó y Ceres contestó. Era el hombre de la mañana, dijo que era el señor Reyes y buscaba al padre. La niña lo llamó. Cuando tomó el teléfono, se notaba nervioso, apenas contestaba para que no lo escucharan.

El gato se la pasó panza arriba en la cama de Ceres mientras ella hacía sus deberes de la escuela sobre escribir una historia: primero, pensó en una princesa encerrada en una torre. Pero recordó que hacía tiempo su abuela le dijo que las princesas siempre eran capturadas por algún demonio o dragón y los seres mágicos eran los que ayudaban a los príncipes para salvarlas de todas las desgracias. Para la abuela era mejor que Ceres fuera un hada u otro ser mágico para que no sufriera tanto y ella misma se pudiera salvar de las desdichas que le esperaban. Así que cambió su historia por la de un hada que era muy valiente y ayudaba a un príncipe con el rescate de una princesa.

Llegó la noche. El gato estaba dormido junto a Ceres cuando el mismo rugido de la mañana lo despertó, pero ahora no pudo salir de la habitación ya que la madre la había cerrado con llave. Ceres, al escuchar los rasguños de desesperación del gato, se levantó, abrió la puerta con la llave que tenía en su cuarto y el gato salió corriendo hacia la sala. Ella lo persiguió, pero cuando bajó las escaleras, sus papás estaban con el señor Reyes. El padre se acercó a la niña y le explicó, como si no ocurriera nada grave, que tendría que irse con el hombre, pues lo ayudaría para saldar una enorme deuda de juego.

Ceres no comprendía lo que escuchaba, pero antes de preguntar, el hombre la tomó del brazo y se la llevó a la fuerza. La niña gritaba inútilmente. La madre insistía que debería ir, que era por el bien de la familia, no debía de preocuparse pues tendría una buena vida con el señor Reyes y salvaría la vida de su padre. Mientras subían a Ceres al auto, el gato gris se quedó parado en la puerta de la casa, mostrando una tristeza casi humana.

Dentro del auto, Ceres lloraba desconsolada; sus manos cubrían su rostro y las lágrimas eran las únicas que podían escapar. El hombre le decía que no sería tan malo, primero le compraría ropa linda, joyas, collares, peinetas y todo lo que ella quiera; después tendría que trabajar en el casino, donde había muchas niñas más con quienes jugar. Ceres no escuchaba nada, sentía que su cuerpo no respondía, deseaba ser una hoja de papel delgado para poder escapar por la ventanilla del auto.

El hombre se la llevó a una cabaña cerca del río, el señor Reyes dio a una pareja la orden de dejarla ahí para hacerse cargo de su “educación” en el oficio pero primero debería atender sus negocios en el pueblo. Encerraron a Ceres en una habitación pequeña sin ventanas, escuchó el ruido del automóvil alejarse. Ceres se sentó en la orilla del catre, el único mueble ahí. No podía entender lo que estaba pasando. Una nueva angustia la invadió

al pensar en Julia: ¿qué pasaría si su padre volvía a jugar y a perder dinero en el casino? Entonces le haría lo mismo a su hermana y ella ya no estaría para salvarla.

Se levantó rápido y comenzó a golpear la puerta, a gritar que la dejaran salir. Que no merecía estar encerrada como un animal. Pateaba y gritaba hasta que entró uno de los hombres del señor Reyes y con un golpe la calló. Ceres se llevó la mano a la boca, pidió regresar a su casa para estar con su gato. El hombre le dijo, burlón, que durmiera tranquila, pues dentro de unos días ya no sería un gato pulgoso el que resguardara su cuerpo, sino perros hambrientos debajo de sus sábanas. La niña lloró hasta quedarse dormida, aferrándose a lo único que pudo traer consigo: su pañuelo.

Ceres no supo cuanto tiempo pasó desde que la habían traído a la cabaña; los días no tenían un principio o un fin, siempre estaba en el cuarto encerrada sin saber nada sobre su familia. Tampoco se podía dar una idea de qué hora era. Se sentía débil: sólo le daban un plato de sobras y un vaso de agua.

En algún momento logró dormir. Entre sueños, creía escuchar las pequeñas garras del gato raspando la puerta para que lo dejara entrar y dormir en la misma cama. Un golpe estremeció la puerta; se escuchaba como si estuvieran peleando del otro lado de la habitación. El sonido seco la despertó; después nada. Hasta que la manija de la puerta comenzó a moverse con desesperación. Y cuando al fin cedió, entró un joven, la tomó de la mano. Salieron tan rápido que la niña no notó el desastre alrededor. El joven la ayudó a esquivar a sus captores que yacían en el piso de la cabaña.

Corrieron durante mucho tiempo. Se detuvieron bajo una pequeña barranca. Cuando recuperó el aliento Ceres por fin miró al joven, sus ojos eran de color oscuro y le daban una tranquilidad enorme. Lo abrazó y notó que el joven tenía una herida en el brazo, se lo envolvió con su pañuelo para que dejara de sangrar. Le dio las gracias y él sin responder,

hizo una reverencia y empezaron a girar y cantar siguiendo la voz de las aves que comenzaban a trinar. Luego se recostaron en el pasto con la luz de la Luna sobre ellos. Él joven hablo: le prometió que estaría con ella para siempre y que en las noches, cuando la Luna llena estuviera en lo alto, vendría para hacerla feliz como esa noche. Ceres le sonrió para sellar la promesa; el joven la miró y sin decir nada, la abrazó.

Ceres despertó sola. Vio un sendero y lo siguió. A unos pasos escuchó cómo unos arbustos se movían y un pequeño maullido salía de ellos: era su gato gris con el pañuelo de mariposas amarillas en el hocico.

Unas imágenes aterradoras se aparecían ante sus ojos. El señor Reyes golpeaba la puerta. Se abalanzaba sobre Ceres. Ella forcejeaba pero no podía liberarse. El hombre le arrancaba el vestido, abría las piernas de la niña. Tocaba uno de sus pequeños pechos mientras mordía el pezón del otro. Comenzaba a moverse toscamente para abrirse paso con su miembro por el pequeño sexo de Ceres. Ella sentía un dolor que le quemaba el vientre. Cerró los ojos: otra vez estaba en el sendero. Abrazó con fuerza al gato. Un último flashazo: otros hombres esperaban su turno. Besó al gato y le dijo: “Nunca nos separaremos, ¿verdad?”

El baile

Todos los criados nos estamos preparando para la fiesta de esta noche. Mientras unos arreglan el salón de baile, otros ayudan en la cocina acomodando los platillos que se servirán en las próximas horas; las sirvientas asean las habitaciones donde se quedarán los invitados de mi amo; los jardineros riegan las plantas y las flores del inmenso jardín. Los músicos afinan sus instrumentos y se acomodan cerca de uno de los ventanales, y yo superviso que todo salga a la perfección.

El salón de baile debe lucir maravilloso. Mi amo disfruta de los colores oscuros para los adornos, el único color claro que acepta es el de las rosas blancas que adornan los enormes floreros de los pasillos y entradas. Los ventanales tienen cortinas de color vino, aún están siendo limpiados por dos de los ayudantes. Las columnas están envueltas en telas de seda azul marino, las mesas y sillas tienen manteles blancos. Los cubiertos de plata resplandecen sobre ese fondo, las copas de vidrio reflejan la luz de las velas del candelabro y las que se encuentran en las paredes.

Camino por los pasillos para supervisar la labor de a los demás criados: las pinturas con los rostros de mis viejos amos están sucias y descuidadas, ordeno a una de las sirvientas que los limpie inmediatamente. Aunque nos esforcemos por dejar impecable la mansión, no es nada comparado con la labor de mañana, conociendo los hábitos de los invitados del joven amo.

Estando en la cocina, suena la campana de su habitación: ha despertado. Al llegar a la habitación, el amo Richard está sentado en la cama fumando un habano que le trajo el

señor Wilson de uno de sus viajes por el Caribe. Saca del clóset su traje negro y la camisa de seda, los zapatos con hebillas de oro y el bastón de su padre.

—¿Ya está todo listo? —me pregunta.

—Sí, señor, las cocineras tendrán lista la comida en pocos momentos. Los jardineros arreglan los árboles y los demás están colocando las rosas en los pasillos y puertas.

—Bien, también quiero que arregles mi habitación: espero tener suerte hoy... —suelta una carcajada y se va a tomar un poco de sol antes de alistarse para la fiesta.

Me quedo limpiando la habitación, muevo los objetos de valor, como las esculturas de porcelana. Llevo a la caja fuerte las joyas, los anillos de diamantes para que ninguna mujer pueda tener la tentación de llevárselas. Ordeno las ropas finas de mi amo. Cuando abro de nueva cuenta las puertas del armario, un aroma, que no estaba ahí antes, atrapa a mi nariz; es como si hubieran metido flores secas. Busco entre las cosas algo que me diga de donde viene ese olor, pero no encuentro nada.

Esto me recuerda cuando llegué a esta casa hace unos veinte años, y no era más que un simple extranjero en busca de trabajo. En el despacho del viejo amo Will se sentía ese mismo aroma a flores secas. Yo estaba muy nervioso, era la primera vez que estaba ante él.

El mayordomo que trabajaba ahí con anterioridad me había enseñado cómo mantener la casa en orden. Mi primera tarea era cuidar del pequeño Richard, era delgado y no tenía buenos modales, cuando salía a jugar en el enorme patio de la casa, debía vigilarlo con mucho cuidado y evitar por completo que se hiciera daño, ya que era el único heredero de la familia. Su madre, desafortunadamente, había fallecido cuando él nació, y su padre se la pasaba haciendo negocios a fuera del país. Toda su vida mi joven amo estuvo rodeado por sirvientes y una soledad que se comía la casa por dentro.

Entre las sirvientas más viejas se decía que el heredero era hijo del diablo, por su temperamento incontrolable. A veces lanzaba cosas cuando se molestaba y maldecía. En muchas ocasiones salía al patio de la mansión para buscar conejos y dárselos a los perros de caza para que los destriparan. Otras veces encontraba ratas muertas en la cocina y las metía en las camas de las sirvientas o las quemaba en la chimenea: el olor a carne y pelo quemado se esparcía por todas partes. No era más que un niño mal portado y rebelde, hijo de un hombre muy acaudalado.

Pero al cumplir los quince años, su padre tuvo que mandarlo a un internado en París, porque su comportamiento se estaba saliendo de control. Lo encontraron en la cama con una de las sirvientas. El amo Richard pasó siete años de su vida en el internado hasta que su padre falleció y le dejó toda su fortuna. Cuando regresó, pensó que no desatendería sus obligaciones a cargo de la compañía de su padre, pero con la llegada de los nuevos inversionistas del extranjero y las revoluciones que han estallado en el país, no hace el más mínimo esfuerzo por trabajar como su padre, se la pasa despilfarrando el dinero de su familia en fiestas como la de esta noche.

El palacio se llenaba de la escoria de la “alta sociedad”. Algunas veces, teníamos que deshacernos de caballeros afectados por un exceso de alcohol. Otras, intentábamos que las damas no se quitaran la ropa para estar en el jardín. Ante cualquier sugerencia de mi parte, él sólo me respondía que no era de mi incumbencia, que debería ocuparme de mis asuntos.

Dejo impecable la habitación del joven, la cama está perfecta pero sé que no durará toda la noche así. Mi amo tiene fama de ser un Don Juan con las mujeres, en ocasiones vienen los padres de algunas de ellas para exigir que se case y se haga responsable de sus actos. Lo soluciona pagándoles para que no digan nada o para que se deshagan de “eso”.

A la hora indicada, todos estamos en nuestro sitio; el anfitrión está sentado en el centro del salón de baile con una copa en la mano, parece dormitar. Me acerco para despertarlo antes de que los invitados lleguen.

—Estoy despierto, Sebastián, sólo descansaba los ojos. Ve a la puerta y recibe a los invitados. En un momento estaré completamente repuesto.

—Está bien, amo, como usted lo ordene.

Salgo a la puerta principal. A lo lejos veo el bosque que rodea la mansión: árboles altos, oscuros y llenos de hojas. Cierro los ojos un momento para sentir la brisa en mi rostro; imagino el fuego de las antorchas bailando con ella en un salón lleno de luz, yendo de un lado a otro sin otro ruido más que el de la música. Pero todo ese sosiego en mi mente se ve interrumpido por los cascos de los caballos y las ruedas de los coches que se acercan. Los susurros de los invitados a la puerta se convierten en el zumbido de mil abejas buscando entrar al panal y consumir la miel.

Cada uno me parece idéntico a los otros. Hombres con trajes caros y elegantes, con un aire de superioridad como siempre. Algunos traen consigo a damas con vestidos escotados, de colores oscuros como le gustan a mi amo, todas ellas tratan de hacerse notar.

Pero una de ellas llama mi atención, es diferente al resto. Entra del brazo de un hombre mayor de traje negro, lleva un vestido color violeta con flores rojas alrededor de la cintura; su cara es ovalada y sus ojos grandes, claros como la miel, quisiera mirarla todo el tiempo para perderme en ellos. Su cabello de color castaño y está recogido con un listón que combina con su vestido; el breve escote permite que sus pechos se asomen apenas.

—Bienvenida a la mansión Barrymore. ¿Podría decirme cuál es su nombre?

—Ángela Michellis. Este hombre es mi tutor, Henry James.

—Mi amo se siente un poco indispuerto, pero lo verán pronto en el salón.

La señorita sonrío y sigue caminando hasta que la pierdo de vista entre las demás abejas.

La fiesta se torna más ruidosa, cada vez llegan más personas. La música es como un desfile de emociones, hay bailes rápidos y otros lentos. El mar de personas en el salón de baile me marean. Tengo que pasar alrededor de todos ellos para poder darles un poco de comida, bebida e información acerca del joven amo Richard, que permanece desaparecido.

Al fin el joven Richard se digna a presentarse en el salón; una de las sirvientas me dice que lo vio saliendo de su habitación junto con una mujer. Se nota extasiado y feliz; dispuesto a bailar con cada una de las mujeres presentes.

La señorita Ángela se la pasa sentada en uno de los rincones del salón, al parecer no quiere bailar con ninguno de los caballeros que la rondan, y su tutor permanece de pie a su lado, con cara de pocos amigos. Al acercarse mi amo, Ángela lo mira con fascinación y acepta su invitación para bailar.

Bailan por varios minutos, cuando paso para ofrecerle un trago, noto cómo el amo Richard mira a la señorita. Con esos ojos de perversión, por los cuales se le conocía muy bien, le susurra cosas al oído, y Ángela simplemente sonrío.

Después de tres bailes seguidos, ella vuelve a sentarse en el mismo rincón. Con un gesto de su mano me llama y dice que se siente indispuesta y necesita recostarse un momento.

Le respondo que me permita un instante para encontrar una habitación donde se sienta cómoda. Miro alrededor del salón para buscar a mi amo, él nos observa desde lejos y asiente con la cabeza como si supiera lo que la doncella me pide.

Vamos por uno de los pasillos de la casa, ella va callada detrás de mí; mientras caminamos noto que su vestido desprende un aroma a flores secas.

—Esta mansión es muy grande... —dice de repente— Dígame, ¿Richard tiene alguna habitación favorita?

—No que yo sepa, madame. Hemos llegado, aquí podrá descansar.

—Muchas gracias.

Cierro la puerta y me dirijo al salón de baile en busca del tutor de Ángela para avisarle en donde se encuentra. Camino por todas partes y no logro encontrarlo, al parecer nadie lo ha visto siquiera.

Casi a la media noche, la mayoría de los invitados están tirados en el piso del salón por beber tanto vino y otros permanecen de pie intentando bailar. Los sirvientes parecen cansados pero continúan sirviendo. Una de las doncellas me dice que la señorita Ángela me llama, específicamente a mí, a su habitación. Mientras recorro el pasillo, el olor a flores secas se hace más notorio.

—¿Puede traerme un vaso con agua? —escucho decir a Ángela desde la puerta, sólo puedo ver su mano y parte del brazo.

—Claro, madame, permítame un momento. —Ángela vuelve a cerrar la puerta y me apresuro para llegar a la cocina y llevarle el agua.

Cuando puedo zafarme de los invitados ebrios, toco la puerta y ella abre.

—Muchas gracias —Ángela tiene un semblante diferente: parece demacrada y cansada.

—De nada, madame. Por cierto, traté de avisarle a su tutor en donde se encontraba, pero al parecer no está en la mansión.

—No se preocupe, siempre hace eso. Me deja en lugares donde estoy segura. Puede retirarse.

—Como ordene, madame —cierro la puerta y me voy a dar otra vuelta por el salón.

En mi última ronda por los pasillos de la mansión, pendiente de cualquier desaguisado, escucho un golpe en la puerta de la habitación de Ángela. Me acerco para ver si todo estaba bien. Al principio sólo hay murmullos, después reconozco la voz seductora del amo; al parecer ella no pone mucha resistencia. Me decepciona, pensé que ella era diferente a las demás mujeres que venían a la casa. No podría explicar por qué me quedo a escuchar cómo mi amo gime de placer, pero no percibo ninguna reacción de Ángela.

En un instante todo queda en silencio. Creo que mi amo ha terminado con ella pero un alarido sale de la habitación, trato de abrir la puerta pero ésta se abre de repente; con mucho cuidado la empujo, de un vistazo rápido miro alrededor, parece estar vacía.

Entro a la habitación. Las velas se han apagado. No veo a nadie; sólo escucho las risas de los invitados y la música. El aroma a flores secas se hace cada vez más intenso mientras me acerco a la cama. No sé por qué empiezo a sentir temor.

Trato de encontrar a la señorita Ángela y a mi amo a ciegas, escucho un gruñido detrás de mí, al voltear me tropiezo y caigo sobre lo que parece ser un bulto al pie de la cama. Al tratar de levantarme, la luz de la luna me revela el cuerpo de mi amo boca abajo; grito y llegan algunos sirvientes con lámparas; uno de los invitados gira el cuerpo, todos vemos el terror plasmado en el rostro del amo Richard, sus ropas están desgarradas, hay sangre por todas partes, su virilidad ha sido arrancada. Mis ojos recorren la habitación, pero Ángela no está. El olor a flores secas se ha disipado por completo.

Vecino

Hace apenas unos meses que Leslie me trajo aquí. Edificio J, departamento 203 de una unidad habitacional bastante grande, hogar de miles de departamentos diminutos. Me hacen compañía decenas de adornos y muchos retratos de ella, siempre sonriente, y un hombre alto, con el cabello negro y barba.

Me siento cómodo aquí, tengo tres comidas al día y Leslie me atiende bien. Hay veces que las noches son muy frías, pero me meto entre las sábanas de la cama y duermo al lado de Leslie para sentir su calor. Me gusta despertar viendo su cara y escuchar el sonido de su voz llamándome para desayunar: ésta sí es una buena vida.

Leslie se fue a la tienda para comprar la comida que hace falta, me dijo que no se tardaría, no era mucho lo que iba a comprar. Temo que se quedó platicando con la mujer de la tienda, siempre lo hace. La mujer disfruta de contarle los chismes de la unidad; esa señora sabe más que el personal de vigilancia. Mi único entretenimiento es ver por la ventana, Leslie me dice que debo ser muy cuidadoso para que no me vean desde afuera.

El departamento del edificio de enfrente tiene las luces encendidas; parece que los dueños regresaron una semana antes de terminar las vacaciones. Tengo entendido que los vecinos irían a una playa para su segunda luna de miel. Ella no se ve muy contenta, y él tampoco. Tal vez tuvieron una discusión, eso es normal en los matrimonios: he mirado muchos desde la ventana.

Pasean de un lado a otro del pequeño departamento. Cuando ella quiere entrar a la cocina, espera que él salga: no quiere ni acercarse. Algo quiere decirle ella, veo como se muerde la boca, retiene ese sentimiento de sacar todo lo que tiene guardado desde hace

años, yo le diría que se lo diga. Lástima: podría darle algún consejo a ella, pero no puedo salir de aquí ni hablar con nadie.

Él parece tener un carácter fuerte, tal vez creció en una casa donde no se encontraban sus padres y tenía que cuidar a sus hermanos, o tal vez su padre era un borracho, bueno para nada y no ganaba el dinero suficiente para mantener a su familia.

Ahora están sentados en la sala uno a cada extremo del sillón y viendo un programa de televisión, ella le reclama sus miradas a la mujer de la piscina, la que tenía un bikini color rojo. Él no sabe de lo que está hablando, no recuerda a ninguna mujer con un bikini rojo. Ella le empieza a gritar, al fin: le reprocha el tiempo que perdió con él, prometió jamás estar en una situación así desde que vio cómo el matrimonio de sus padres se iba al fondo, ya no sabe cómo continuar dentro de esta relación. Ella se levanta del sillón y le sigue gritando sobre cuando eran novios, le pregunta el por qué de su cambio hacia ella, por qué no continuó siendo igual de amoroso, tierno, detallista, así como cuando eran novios y salían a pasear por el parque tomados de la mano, por qué ya no le dice que la ama, que la desea. Ella no puede aguantar más y empieza llorar.

Él no dice nada, sólo está sentado mirando la televisión; es un fastidio este hombre, está perdiendo a la mujer que ama y no se mueve. Al parecer, está reaccionando, se levanta del sillón y va justo a la cocina para tomar una cerveza del refrigerador, voltea a verla pero no le dice nada.

Ella tiene cara de desesperación, tal vez no comprende por qué no hay una reacción de su esposo a todos estos reclamos. Alguien tocó la puerta de su departamento, él se levanta para abrirla, no logro ver quién es. Cuando entran a la sala veo puedo ver a otro hombre, es mucho mayor que el otro, se saludan. Ella se acerca y lo toma de la mano para llevarlo a otra habitación. El esposo los ve, camina a la cocina y saca otra cerveza; se

vuelve a sentar en el sillón. Espero que eso nunca me pase con Leslie, quiero estar con ella todo el tiempo que se pueda.

Escucho sonidos que salen de las paredes, creo que son los vecinos del otro departamento. Leslie no me deja salir a pasear cuando ella no está, por eso no puedo conocer bien a todos los vecinos. Ella ha hablado con ellos unas cuantas veces y por lo que me cuenta son de una nueva religión, se mudaron aquí porque les queda más cerca del templo al que asisten y es su obligación llegar siempre temprano.

Una vez Leslie los invitó a comer a la casa, pero ellos no aceptaron, dijeron que no podían porque tenían un evento en su templo, pero esa noche no pudimos dormir con el ruido que provenía del departamento. A la mañana siguiente Leslie fue a reclamar tranquilamente, cuando regresó estaba maldiciéndolos.

Esta noche los ruidos son más altos. Acerco mi oído a la pared, se pueden percibir los murmullos de muchas personas, parece que están rezando. Hay una melodía pacífica sonando en el radio, las trompetas suenan acompañado por un piano dulce y un violín, no entiendo qué es lo que está cantando la mujer de la radio, tal vez está cantando en alemán o en ruso; a mí me gusta como suena.

Alguien del otro lado de la pared, baja un poco la música, ahora claramente puedo escuchar la voz de una niña pequeña, debe de tener no más de diez años. Dice una plegaria, pide perdón por sus pecados. Los sonidos se empiezan a atenuar y al final el silencio es el que gana.

Al fin regresó Leslie, trae muchas bolsas, me pide que la ayude. Ella me da las bolsas menos pesadas para ponerlas en la mesa. Le quito su chaqueta y el gorro, pongo todo en el perchero cerca de la puerta, siento su mirada.

—Tu cuerpo sigue débil. Debo de visitar el cementerio para ir por más tierra para que no te pase nada.

—Sí, por favor. Mi piel se está reseca y creo que mi corazón está mal puesto, siento cómo se mueve cada vez que camino. Pero sé que era tu primera vez.

—¿Qué estuviste haciendo?

—Nada, mirando por la ventana.

—¿De nuevo? —me mira con cara de seria—Te he dicho que no hagas eso mientras yo no estoy, que tal que te ve uno de los vecinos y me acusan con la policía ¿Acaso extrañas la vida que tenías antes y ya no quieres estar conmigo?

—No, fui cuidadoso, ellos no pueden verme y yo a ellos sí; conozco todos sus secretos. Eres la única que me cuida bien, ¿cómo podría echarlo a perder?

Leslie se acerca, toca el poco cabello que me queda, me besa los labios y me dice con una sonrisa.

—Tienes razón, has sido bueno, por eso esta noche dormirás conmigo y por la mañana te haré un rico desayuno.

Vivo en el edificio J, departamento 203. La unidad habitacional es bastante grande, y nadie interfiere en la vida de los demás. Mi departamento tiene una ventana que da al patio y puedo escuchar y mirar lo que hacen los vecinos mientras Leslie está fuera. Ella me cuida. Me cuenta que estábamos casados, vivíamos muy felices hasta que tuve muchos dolores y la dejé sola. Yo no me acuerdo de eso, sólo sé que la quiero mucho y jamás la dejaré.

Carne molida

Escuché un ruido fuerte en el patio, me asomé por la ventana y vi el zaguán abierto. Alcancé a ver a dos chicos que estaban descargando uno de los camiones, conté diez contenedores en el patio. Regresé al escritorio para terminar de escribir en las hojas de cálculo las entregas de los pedidos y los presupuestos del mes.

El sonido del reloj invadía la oficina. Hace un mes que me enseñaron a utilizar la computadora para hacer más eficientes las cosas pues antes todo se realizaba a mano. Mientras coloco la última cifra, alguien toca la puerta.

—¿Qué tal? ¿Cómo vas? ¿Todo bien? —dice Gerardo mientras se para delante de la mesa que sirve como escritorio.

—Bien, no me he equivocado en poner los números en las casillas.

—Perfecto, me gusta que seas así. La próxima semana vendrán nuevos aspirantes para los puestos desocupados y quiero que te fijes cuáles nos servirán ¿me explico?

Asiento con la cabeza y miro la pantalla. Gerardo se inclina un poco.

—Recuerda: solos podemos hacer poco, juntos podemos hacer mucho.

—Sí.

Gerardo sale con una sonrisa. El reloj sigue avanzando hasta la hora de ir a casa. Apago la computadora, recojo mis cosas y salgo por la puerta. Recorro el pasillo largo y gris de los cubículos, me despido de la chica de la recepción. El edificio de las oficinas está del otro lado del matadero, para poder tomar el camión debo de cruzar el inmenso patio donde se reúnen las vacas y cerdos en los establos.

El olor es penetrante pero no me molesta. Los demás trabajadores salen de sus estaciones para caminar juntos y en silencio con los ojos fijos en la tierra cuidando cada paso que dan. Doy una mirada a los corrales donde los animales están juntos, algunos de ellos ya están entrando a los establos para protegerlos de las inclemencias del tiempo.

Todos llegamos a la entrada principal, los camiones que nos llevarán cerca de la civilización están estacionados. El matadero está a tres horas de la ciudad.

Cuando llegué a casa, mi esposa me estaba esperando y mis hijos juegan en el piso con los coches que les compré. Me senté al lado de mi esposa, los niños no paraban de platicarme y enseñarme sus trabajos de la primaria. Cené con ellos, mi esposa me preguntó cómo me había ido en el trabajo.

—Lo usual, cortar la carne limpia para que la empaquen. Hoy llené hojas de cálculo en la computadora.

—¿Jugaste en internet, papá? —mi hijo pequeño siempre me pregunta esas cosas cuando les digo que estuve en la computadora.

—No, no hay internet en el matadero.

No hay nada: cuando vamos a comenzar el día laboral tenemos que apagar los celulares, el único teléfono está en la oficina del director y nadie tiene acceso a ella.

Mi esposa acuesta a los niños y yo termino de lavar y acomodar los trastes. Después de ver la televisión un rato, nos vamos a dormir también. Ella pone el cerrojo a la puerta antes de acostarnos.

A la mañana siguiente, mientras voy de camino a la oficina, recuerdo mi vida anterior. Había trabajado en el mercado Portales desde que tenía diecisiete años, aprendí el oficio con el señor Pedro, pero cuando él falleció, su hijo se quedó con el local. Se sentía la gran cosa y me dejaba solo mientras él se la pasaba platicando con las mujeres que iban a

comprar. Un día me colmó la paciencia y le dije que me había cansado de su actitud, él me respondió que sólo era un trabajador y tenía que hacer lo que me mandara porque era un hambreado. No aguanté más y le di un puñetazo, se armó el borlote en el mercado y terminé despedido y sin liquidación por mis años de trabajo. Mi esposa empezó a trabajar de maquiladora pero no rendía el dinero como antes. Los niños empezaban en la primaria, les pedían dinero para materiales y los desayunos. A veces los dos se enfermaban al mismo tiempo y teníamos que pedirle dinero a mi suegra.

Lo peor fue cuando mi esposa tuvo fiebre y dolor de estómago por días, la llevé al hospital. Los médicos dijeron que podría ser una infección o una ulcera, no estaban seguros. Le hicieron estudios y el dinero escaseo más. Mi suegra se negó a seguir ayudándome hasta que no encontraré la manera de salir de la miseria a la que condene a mi familia.

Dejé a los niños en casa de mi hermana. Ella me dijo que podría hacerse cargo de mis hijos sólo por unos días. Le aseguré que sería temporal, hasta tener dinero suficiente para la escuela, el hospital y pagar las rentas vencidas.

Fue fácil decir todo eso, pero no encontré un trabajo fijo. En la colonia hacía pequeños trabajos de plomería y albañilería, me pagaban poco o sólo me daban para “el refresco”. Mi hermana me marcaba todos los días con la excusa de que mis hijos querían hablar conmigo. Ellos me decían, casi llorando, que extrañaban a su mamá y a mí. Les decía que todo estaría bien, que esperaran un poco más, papi necesitaba encontrar dinero.

Día y noche trabajé, sin descanso. Todo lo que ganaba lo ponía en una alcancía, sólo apartaba para los pasajes y la poca comida que consumía, pero no fue suficiente. Dieron de alta a mi esposa, su madre pagó todo pero no me dejó verla y mi hermana apareció en la mañana con mis hijos, dijo que el plazo había terminado. No sabía qué hacer, la

desesperación y la depresión estaban haciendo estragos en mi cuerpo. Todo mundo lo notaba, mi familia era la que sufría más.

Una mañana mientras revisaba el periódico en la sección de clasificados había uno en el que solicitaban un carnicero con experiencia, el sueldo se veía bien. Llamé al número y me dieron la dirección: Avenida Ermita Iztapalapa, cerca de Santa Martha Acatitla, número 25. Me dieron una cita para la entrevista de trabajo al día siguiente. Cuando llegué al lugar me percaté de que no era una carnicería ni un mercado, era una casa grande.

Me pasaron a un cuarto de color blanco, había más personas ahí, eran como treinta o treinta y cinco. Esperamos quince minutos. Un hombre alto, delgado, vestido con traje y un reloj muy caro empezó diciendo que esto era una especie de plástica (a mí me pareció un filtro) para escoger a los que se quedarían en los puestos. Nos dijeron que estaban buscando carniceros, tablajeros o cualquiera que haya tenido una mínima experiencia trabajando con carne. Al parecer eran una distribuidora de carne para restaurantes y taquerías, los que fuéramos escogidos para el trabajo deberíamos llegar a las ocho de la mañana y salir exactamente a las seis de la tarde. Nos informaron que cada uno estaría en diferentes lugares: primero nos pondrían en la sección donde se muele la carne, después en la carnicería y el último lugar era el matadero. Generalmente es al revés: te ponen en el peor lugar para que te hagas de estómago fuerte, pero yo no estaba ahí para hacer preguntas.

Estuvimos sentados dos horas escuchando cómo se manejaba la empresa, lo que se esperaba de nosotros, etcétera. Nos hacían preguntas sobre el pensamiento positivo y el negativo. Recuerdo una en específico: ¿Si le ofrecieran un millón de dólares saltarían de un avión sin paracaídas? Algunos dijeron al unisonó que sí, otros murmuraban, yo dije que no. Justificaron la respuesta “positiva” diciendo que era mejor dejar dinero para el funeral que una familia pobre y triste. Pensé en mi situación.

Terminamos la plática y nombraron a veinte personas, entre ellos a mí. Nos dijeron que deberíamos presentarnos al día siguiente a la misma hora con un pequeño almuerzo. Caminé hacia el metro, compré un jugo de naranja porque tenía sed después de estar contestando al mismo tiempo que los demás y regresé a mi casa.

Cuando amaneció, volví a salir temprano y dejé todo para mi familia. Llegué a la oficina y nos dejaron en el patio por veinte minutos, vimos que había un camión de turismo estacionado. Salió el mismo hombre que nos había dado la plática el día anterior, nos informó que iríamos a las instalaciones de la procesadora y que el viaje sería bastante largo. Nos acomodaron en una fila mientras decían nuestros nombres, me tocó el asiento nueve cerca de la ventana.

Me quedé dormido todo el trayecto y mi compañero de viaje no pareció molestarse. Llegamos a una granja. Había toda clase de vacas, cerdos y algunas ovejas. Nos llevaron por un camino de terracería hasta la sección de molienda. Entramos a un edificio mediano de ladrillo, estaba algo oscuro, había veinte mesas de metal, cada una con una máquina para moler, cubetas y contenedores pequeños para poner la carne. Nos volvieron a acomodar uno por uno frente a las mesas, nos dieron baberos, guantes, cofias, botas de caucho y treinta cubetas con trozos pequeños de carne. Dijeron que teníamos veinte minutos para terminar con ellas y poner toda la molienda en otras cubetas.

Tomé el primer trozo de carne, por la textura y el olor parecía ser de puerco. Escuché el sonido de la primera máquina encendida, me apresuré a hacerlo lo mismo para terminar. Obviamente era otra prueba para quedarnos con el trabajo. Me di prisa pero con seguridad para no dejar una parte de mí en esa carne. Los veinte minutos se fueron rápido y no terminé las treinta cubetas, alcance sólo a hacer doce.

El hombre de traje pasó a revisar cada uno de nosotros, observé las mesas a mí alrededor, algunos habían llenado cinco, otros hicieron veinte pero la carne no estaba completamente molida. El hombre (que después me enteraría que su nombre era Gerardo el dueño de la granja) miró mi producción y me preguntó.

—¿Tienes mucha experiencia en esto, verdad?

—Sí, solía trabajar en una carnicería.

—Bien —tomó un puño de carne molida—: me gusta como se ve esta masa.

Levantó la masa de carne y miro a su alrededor.

—Esta es la prueba de que un buen trabajo no se hace a la carrera. Regresen sus uniformes en la entrada y suban al camión en sus lugares correspondientes.

Salimos y, efectivamente, el camión estaba esperándonos. Cuando subí, noté las miradas de odio de mis compañeros. El regreso fue más lento para mí, podía sentir la tensión, incluso el hombre con el que compartía el asiento se volteaba a otra parte. Llegamos a la “oficina” y nos pasaron uno por uno a un cuarto pequeño para darnos la noticia de que estábamos contratados. Teníamos que llegar a ese mismo lugar todas las mañanas y el camión nos llevaría a la granja. Después de trabajar durante seis meses ahí, agarré el ritmo de trabajo muy rápido. Gerardo se dio cuenta de eso y me daba ánimos para seguir así. Y yo ya no me sentía tan perdido como antes.

Una mañana llegué y las cubetas estaban ahí, me puse el uniforme y tomé los trozos. Uno de ellos sobresalió de los demás, lo examiné, le di la vuelta: era el pedazo de un dedo. Tuve que sentarme. Los demás no me voltearon a ver, pensé en las cosas que le hice pasar a mi familia: la enfermedad de mi esposa, las veces que mis hijos pasaron hambre, la desesperación de no tener ni un peso en la bolsa y estar consciente de las deudas y todo lo

que se necesitaba para poder tener una buena vida. Así, con esos pensamientos, me levanté y trituré la carne.

Antes de irme, Gerardo me llamo a su oficina. Me dijo que se dio cuenta de lo que había sucedido, las cámaras ocultas dentro de la molienda lo alertaron.

—No te preocupes, no te va a pasar nada malo. Lo que viste fue un “tropiezo” de alguien más, que claramente será reprendido por eso. Claro, nosotros nos encargamos de distribuir carne pero también hacemos otros tipos de trabajos diferentes. Yo creo, y déjame ser claro, que tu familia es primero. No pienses en esto como una amenaza, considéralo como una oportunidad, ¿me explico?

No era necesario contestar. Después de esa conversación, me llevó directamente a la carnicería. Mi mente estaba en blanco por lo que veía: al lado de las reses y puercos desollados, estaban los cuerpos de hombres y mujeres, amarrados de las muñecas con cuerdas y en hilera colgaban de los ganchos de metal. Algunos estaban colgados boca abajo, con el cuello cortado, para que se desangraran rápido. La sangre de los animales se mezclaba con la de los cadáveres. Había tambos de metal repletos de vísceras y, junto a ellos, estaban las cubetas con los pequeños trozos de carne que molíamos.

Comencé a hacerme preguntas sobre esa mujer: ¿tendría familia? ¿La habrán esperado para cenar? ¿Sería la hija de alguien? Mientras mi mente se volvía pomada por todo esto, Gerardo se detuvo frente a mí, pensé que era mi fin pero no fue así. Me ofreció un aumento de sueldo, si me quedaba ahí cortando en trozos la carne y ayudando en otras cosas. “Ve el lado positivo”, me dijo.

Llevó trabajando un año y medio, corto la carne para Gerardo. Sin preocuparme por nada más. Él me aseguró que pronto tendrá un puesto libre en el matadero.

Amor

1-11-111

“Seguramente no tienes idea de lo que es tener una rueda de la fortuna llena de diferentes personas hablando al mismo tiempo. No entiendes cómo me siento, porque jamás lo has experimentado.

“Cierro los ojos, las imágenes del día en que hice el pacto con él regresan, puedo sentir la suavidad de su piel, su aroma bailando por la habitación, su aliento en mi nuca y la manera en la que empezó a brotar su líquido de vida dentro de mi cuerpo. Mi pecho tenía un volcán haciendo erupción.

“Llevo recluida en este cuarto mucho tiempo, pero me ayuda a pensar en cómo será la vida del otro lado, cuando me reúna con mi querido Daniel en las llamas del infierno que me prometió. Estoy escribiendo en el pequeño cuaderno que me entregaste, la enfermera me vigila para que no me haga daño con la pluma, ¿en serio crees que con una insignificante pluma voy a lastimarme? Deberías de ponerme a otra vigilante, esta me cae mal, tiene los dientes amarillos y despiden un olor muy fuerte a cigarrillo, me recuerda a mi padre.

“¿Recuerdas la sesión del 16 de diciembre? Me preguntaste acerca de Daniel y no quise decir nada. Disculpa, no debí morderte el brazo ni escupir a la enfermera Díaz.

“Sé que tu curiosidad por saber acerca de mi relación con Daniel te está carcomiendo hasta los huesos, es interesante averiguar las razones que hacen real un hecho. Te contaré todo la próxima vez que me dejes el cuaderno, claro que si me prometes no decirle a nadie”.

Al terminar de leer, Ernesto dejó la libreta en la mesa. La noche estaba helada, el viento no paraba de golpear las hojas de los árboles afuera de su oficina, el silencio inundaba la clínica. Con la cabeza en el respaldo de la silla, Ernesto se llevó a la boca el tercer cigarrillo de la noche, la cafetera estaba a punto de tener el café listo, ésta sería una noche larga. Comenzó a grabar sus observaciones.

—Nota de voz. 7 de enero 01:25 am. Paciente: Becerril, Carolina. Edad: 17 años. Acabo de leer la primera nota que hizo en el diario que le conseguí. Puso números al azar en la parte superior de la hoja, supongo que es una acotación para que sepa dónde comenzar a leer, ya que no hay un orden lógico en los escritos y muchas de las hojas están salteadas. Al parecer, esta parte de la terapia la está ayudando mucho, pues no ha tenidos recaídas, su nivel de violencia ha disminuido y se lleva mejor con sus compañeras.

Cabe aclarar que, durante la terapia, no menciona la razón del asesinato de la chica Fernanda Aguilar; sigue rehuyendo el tema. Después del juicio fue traída aquí; su madre negó que alguien de su familia tuviera una enfermedad mental o que, durante la infancia, Carolina sufriera algún golpe en la cabeza o abuso por parte de su padre.

Hace tres semanas, la paciente ha escrito en el diario por períodos muy largos. Carolina me aseguró que en las últimas tres notas habla acerca de lo sucedido el 14 de noviembre, dijo que es mi regalo. Continuaré con la lectura.

1-12-121

“No puedo aguantar las ganas de estar de nuevo con mi Daniel, ¿sabías que tiene los ojos más penetrantes de toda la prepa? Me gustaba mirarlo de lejos porque me cautivaba esa mirada llena de odio por el mundo; una blasfemia salía de esos ojos.

“Una vez me preguntaste cómo lo había conocido. Te diré que fue durante la hora libre antes de la clase de dibujo técnico. Me senté en la jardinera para leer, recuerdo que tiré mi separador y él me lo entregó; ese día toqué su mano por unos segundos.

“Le di las gracias y, cuando estaba a punto de contestarme, llegó la maldita de Fernanda para quitármelo. Ella no me caía bien, era de esas chicas lindas que anda detrás de todos los chicos, incluso de mi Daniel. Tenía el cabello rojizo, estaba llena de pecas y siempre se ponía minifalda o shorts para que los hombres le miraran las piernas: era una completa zorra.

“Desde ese día no pude dejar de pensar en Daniel. Tuve la suerte de estar con él en la mayoría de las clases, me hablaba de vez en cuando para pedirme la tarea. Una vez estaba buscando insectos para una práctica detrás de uno de los edificios, y miré a su grupo de amigos. Él volteó y me dijo que me acercara. Estaban fumando pequeños cigarrillos de marihuana o algo parecido. Daniel me ofreció del suyo. Cuando me lo acerqué a los labios estaba un poco mojado por su saliva, era como si nos estuviéramos besando.

“Todos comenzaron a reírse, yo no entendía el por qué. Daniel dijo que era un mago muy poderoso y podía hacer cualquier truco que le pidieran. Uno de los chicos le dijo que aparecieran serpientes en su mochila. Daniel hizo un movimiento con las manos sobre la mochila y de ella empezaron a brotar serpientes, como agua en una frente. Pero yo sabía que no era un truco de magia, mi Daniel es algo más poderoso”.

1-13-131

“Una de mis amigas me invitó a una fiesta. Como no tenía ropa que ponerme, me llevé a una tienda y me compré un conjunto de falda y blusa color negro para que mi cuerpo resaltara.

“El mayor problema era mi madre, jamás me deja salir con mis amigas y se había vuelto muy molesta, así que le mentimos diciendo que teníamos un examen importante en la tarde y que la mamá de mi amiga aceptó recogernos; sólo de esa manera me pude escabullir.

“Cuando llegamos a la casa, todos empezaron a mirarme. Mi amiga dijo que por la manera en que iba vestida: en las clases siempre iba de mezclilla y una playera aguada, larga. Mi madre no me dejaba llevar otra cosa.

“Daniel se me acercó para bailar juntos, ¿imaginas mi emoción? Bailamos toda la tarde, no me soltó para nada. Me llevó a un lugar lejano de la casa, había unos baños que estaban terminando de construir (imagino que la familia del chico que organizó la fiesta hacía más grande la casa, era casi un terreno baldío).

“Estuvimos platicando. Le comenté que había visto lo que hizo con la mochila y las serpientes, él puso cara de asombro y me preguntó que si creía en los demonios. Respondí que sí, mi madre siempre me había hablado acerca de ellos, se llevan tu alma por un deseo. «¿Quieres hacer un trato conmigo?» me dijo mientras me tomaba por la cintura. «Sólo tienes que darme tu virginidad». Me reí de vergüenza, porque yo ya no era virgen desde hacía dos años, uno de mis primos me había pedido ayuda para que lo dejaran de molestar en la escuela.

«Bueno, sólo por ser tú, lo haremos así. Ven». Tomó mi mano y entramos a uno de los baños que tenía puerta, la cerró. Abrió mis piernas en compás y quedé de espaldas a la puerta, sentí cómo levantaba mi falda para ver mi trasero, lo tocó con suavidad. Sus manos acariciaron mis pechos y pellizcó mis pezones. Acercaba su cadera a mis glúteos, podía sentir su bulto creciendo desmedidamente. No pude ver cuándo se bajó el cierre, pero sentía

la punta húmeda de su pene a través de mi ropa interior, me la quitó para penetrarme. Al terminar, su semen escurrió por mis piernas y pudimos cerrar el trato para siempre.”

1-14-141

“No sé cuánto tiempo pasó desde que hicimos el contrato, pero Daniel no volvió a hablarme. Cuando trataba de acercarme a él, aparecía Fernanda. Sólo quería decirle cuánto lo amaba y que el contrato jamás lo rompería.

“Fernanda era la culpable de todo. Me dijo una mentira, que Daniel se había metido conmigo por lástima y ella le dio la idea de hacerme creer que era un demonio, porque soy estúpida. Pero eso no era verdad, Daniel era mío por derecho demoniaco. No tuve otra opción que hacer un nuevo contrato. Esperé, esperé lo suficiente para que Fernanda se descuidara y así lograr el nuevo ritual. Estoy harta de escribir para ti”.

Ernesto volvió a tomar su grabadora, la noche seguía callada y el sueño lo estaba consumiendo, pero no podía irse antes de registrar el descubrimiento en el comportamiento de Carolina.

—Nota de voz. 7 de enero 01:40 am. Paciente: Becerril, Carolina. Edad: 17 años. Después de leer, puedo asegurar que Carolina tuvo un episodio psicótico al enterarse de que el joven al que se refiere y Fernanda Aguilar le habían jugado una broma.

Los reportes policiales señalan que Carolina esperó en un estacionamiento a que Fernanda apareciera. La golpeó con un mazo en la cabeza para llevarla a un parque cercano y llamó por teléfono a Daniel. Una patrulla llegó al lugar después de una denuncia por unos gritos. Encontraron a Carolina sentada al lado del cuerpo de Fernanda, que presentaba una abertura en el estómago. En la autopsia se descubrió que le faltaba el corazón. Me parece sorprendente que una chica de su edad lograra extirpar el corazón con tanta facilidad. El

reporte policiaco señala que no encontraron ningún arma punzante en la escena, ni el corazón.

Durante la investigación se buscó al joven Daniel Elías para que declarara, pero tanto las autoridades de la escuela, como los amigos en común de Carolina y Fernanda, afirman que no conocieron al joven.

Ernesto apagó la grabadora, tomó su chaqueta y se dirigió a la puerta. Caminó por el pasillo hacia la habitación de Carolina para asegurarse de que estuviera tranquila. La observó por la pequeña abertura de la puerta, ella estaba sentada en el piso mirando una esquina, a Ernesto le pareció ver la silueta de un joven en ese lugar.

Gestación

La isla de Aoshima, ubicada cerca de Japón, se caracteriza por tener un clima templado la mayor parte del año, un arroyo que tiene propiedades curativas y sus gatos. Los llevaron para controlar la invasión de ratas que diezmaba las cosechas y enfermaban de rabia a cientos de perros y niños.

Se decidió traer en barco a otros gatos para que terminaran con las ratas. Después de unos meses, ya no había ninguna, pero la población de gatos empezó a crecer aunque a los habitantes no les molestaba su presencia.

El tiempo transcurrió y la isla se hizo famosa, pronto comenzó a ser visitada por extranjeros que gastaban su dinero en las diferentes posadas que se construyeron para hospedarlos y los gatos continuaban incrementando su número.

—Buenas tardes —dijo María en japonés. Ella había llegado en lancha desde el pueblo costero—. Quiero una habitación.

El hombre de la posada se presentó como Nagano Makoto. Le respondió que tenía una pequeña habitación desocupada para ella. María aceptó.

La luna sonreía en el cielo. María desempacaba sus cosas y hablaba por celular con su amiga del trabajo, Karla.

—Espero que sea la última vez que me mandan a estos lugares. Odio que me asignen trabajos donde hay animales involucrados —dijo María mientras abría la ventana.

—Tú tienes la culpa por no hacer los “trabajos” que te pide el editor. Deberías pasar un rato con él. Además, eres la única que habla japonés fluidamente.

—Eso lo dice la asistente de redacción que tenía apenas tres meses trabajando y ahora es la jefa de redacción. Te voy a colgar porque tengo que descansar. Nos vemos

cuando llegue—. María apagó el celular y continuó guardando su ropa en los cajones. Escuchó un ruido debajo de la cama, se agachó para mirar y sólo pudo observar una bola de pelos en una de las esquinas.

Tomó un gancho para la ropa y picó la bola de pelo, que salió corriendo. Era un gato que se había metido por la ventana y se había acurrucado en la esquina de la cama. Se detuvo cerca de la puerta de la habitación, mirándola con sus ojos azules. Parecería que la estaba examinando o esperando a que María se moviera para verla a con más detalle.

Ella tomó el gancho de ropa y empujó al gato hacia la puerta, pero él seguía inspeccionándola. El señor Makoto pasó por el cuarto y vio al gato.

—¡Hachi! No molestes a la señorita —don Pedro entró al cuarto y cargó al gato—. Perdona, señorita, a veces le gusta andar rondando por las habitaciones de los nuevos huéspedes.

—Espero que no tenga pulgas o algo así. No me gustan los animales y menos los gatos. Por favor, lléveselo.

—Sí, no se preocupe. Ven, Hachi, no causes más problemas —El señor Makoto salió de la habitación.

A la mañana siguiente, María recorrió el pueblo para comenzar a hacer el reportaje e irse lo más rápido posible. Pensaba que, si realizaba este último trabajo, por fin su amiga podría ascenderla de puesto y no tendría que seguir en la sección de vacaciones; al menos así, no tendría que aceptar las propuestas del editor en jefe.

Caminaba buscando a alguien para entrevistar. Notó que las pocas personas que estaban en la plaza ya eran ancianas, casi no había niños pequeños. Los gatos rondaban por todas partes: en las azoteas, las calles, arriba de los autos. Siguió recorriendo las calles

hasta llegar a un pasillo estrecho. De lejos vio a una mujer sentada en el borde de una fuente, le estaba dando de comer a diez gatos.

—Discúlpeme, señora, ¿puedo hacerle unas preguntas?— dijo María mientras se sentaba y alejaba a los gatos con sus pies.

—¿Preguntas? ¿Para qué?— la anciana no quitó la vista de los gatos.

—Es para un reportaje. Quisiera saber la historia del pueblo. ¿Por qué dejaron que los gatos tuvieran tantas crías? ¿Por qué tener tantos gatos?

—Nosotros no lo quisimos, ellos solos decidieron su camino, su legado.

—¿Pero no les preocupa que lleguen a ser más que ustedes?

—Fíjate bien, ¿cuántas personas más has visto?

La anciana tenía razón, en todo el trayecto desde la posada hasta la fuente, María sólo había visto gatos. La mujer se levantó alejándose. Mientras María observaba a la mujer, se percató de que los gatos la iban siguiendo. Al mirar a su alrededor, algunos gatos rodearon la fuente en donde estaba sentada. María se levantó con cuidado y siguió su camino.

María regresó a la posada esperando tener mayor suerte. En el recibidor estaba sentada una mujer embarazada que acariciaba a Hachi. María se acercó a ella y le preguntó cuántos meses tenía.

—Dos —dijo la mujer— pronto van a salir y serán más.

—¿Dos? Pero estás muy hinchada, parece que estás a punto de parir. No creo que debas estar acariciando al gato, te puede hacer daño.

—Tiene casi nueve meses —dijo el señor Makoto desde la puerta de la cocina— a veces olvida la cuenta. Haruna tiene un problema en el cerebro, está loca.

Haruna se levantó con Hachi en brazos y tomó la mano de María para que tocara su vientre. María sintió el movimiento del feto, pero le pareció que estaba moviéndose demasiado.

—Tengo dos meses y Hachi me ayudará a cuidarlos— Haruna se apartó y se llevó al gato. El señor Makoto le dijo algo al oído. Le llevó un vaso con agua a María.

—Ignórela. No sabemos quién es el padre. Creemos que algún tipo se aprovechó de su inocencia.

—¿Le puedo preguntar acerca de los gatos? No encontré otra persona que me ayudara con ese tema— dijo María.

—Claro que sí. Los gatos fueron traídos para devorar a las ratas que empezaron a infectar todo. Los habitantes de Aoshima estábamos tan agradecidos con los felinos que nos dedicamos a cuidar de ellos. Cuando vimos que había gatos de hermoso pelaje, los cruzamos con otros, y así comenzaron las nuevas crías. Hachi es uno de ellos, pero él es muy especial.

—Yo lo veo como cualquier otro gato. Orejas, bigotes, cola: un gato.

—Se equivoca señorita, tiene que ver más allá. Los gatos son animales muy misteriosos, algunos tienen dones... —dijo el señor Makoto con una mirada seria y fría—. Ahora, si me, disculpa tengo que ir a atender a Hachi.

La noche volvió a caer sobre el pueblo, las estrellas brillaban y los gatos comenzaron a maullar debajo de la ventana de María. Ella salió con una cubeta de agua para lanzarla, pero, cuando miró, una centena de gatos estaban rodeando la posada y del horizonte se acercaban más animales. Los ojos de los gatos brillaban más que la luz de la luna.

María retrocedió cerrando la ventana. Los maullidos se volvían cada vez más fuertes, las diferentes voces de los felinos se escuchaban al unísono, parecía que cantaban y salían palabras de sus hocicos. María tomó su celular para llamar a Karla. Unos rasguños del otro lado de la puerta la asustaron. Pensó que era Hachi y pateó la puerta para que se fuera, escuchó como corría por el pasillo.

Los gatos seguían gritando y las luces del pueblo se apagaron. Del interior del baño se escucharon de nuevo los rasguños. La puerta estaba cerrada y no había ninguna ventana, no podía ser uno de los gatos de afuera. María se acercó para abrirla, los maullidos se detuvieron.

Una mano con garras la tomó del hombro jalándola hasta el pie de la cama haciendo que se golpeará. María abrió los ojos y vio una silueta alta parada frente a ella. Tenía orejas, cola, garras en las manos y las patas arqueadas. La poca luz de la luna que entraba por la ventana se reflejó en los ojos azules de la criatura.

María trató de escapar. Corrió hacia la puerta, pero la criatura se abalanzó y la arrojó contra la cama. La criatura se puso encima de ella, sujetó sus brazos y lamió su rostro. Recorrió el cuerpo de María con su nariz, tocó sus pechos con la cola.

El señor Makoto abrió la puerta y se acercó a la cama para amarrar los brazos y piernas de María. Haruna entró a la habitación, se puso en cuclillas al pie de la cama y comenzó a parir. Gritó y, junto con ella, los gatos de afuera reanudaron su canto.

La criatura se puso frente a Haruna, observando con atención la salida de lo que fuera a llegar a este mundo. Después de unos minutos agonizantes, un maullido desgarró las paredes de la posada. Haruna dejó de gritar y cayó junto a los cuerpos que no pudieron crecer en su vientre

El señor Makoto levantó al recién nacido de entre la sangre y el charco de líquido. Se lo mostró a María. Era un bebé humano sin duda, pero de su cabeza salían pequeñas orejas puntiagudas y una cola se escapaba de entre las manos del hombre.

—Mire, mi nieto —volteó a ver al gato—. Gracias por este regalo.

El señor Makoto salió de la habitación, dejando el cuerpo inerte de Haruna sobre el piso. La criatura volvió a subirse a la cama. María gritó pero no obtuvo ayuda de nadie; la criatura la tomó por las caderas y rasgó su pantalón. El canto de los gatos siguió hasta la madrugada.

El tiempo de Pamela

En el departamento de Pamela los relojes eran lo más importante. Ella siempre estaba rodeada de esas máquinas con engranes, dientes, ruedas, pivotes, resortes, espirales y manecillas. Decía que la reconfortaba el sonido; a veces se ponía ansiosa cuando no sabía qué hora era, cuando era niña le dio un ataque de pánico cuando a uno de sus relojes se le cayó el segundero y no podía ver cómo pasaba el tiempo.

La necesidad de Pamela por mirar correr el tiempo se volvió tan obsesiva en los siguientes años que sus padres tuvieron que llevarla a terapia. Uno de sus tíos se encargó de ella y funcionó bien su estancia. Al entrar a la preparatoria el tiempo, le parecía relativo, no le importaba llegar tarde o temprano a sus clases y podía perder horas de actividades por ver a una mosca volar por toda la habitación. Sus padres se sintieron aliviados de que su hija al fin se comportara como una niña de su edad.

Cuando la vi por primera vez, era un desastre en la escuela; incluso al iniciar nuestro noviazgo tenía que llevarla de la mano para que entrara a sus clases. Casi no me importaba su obsesión por derrochar el tiempo, era una especie de huelga contra él. Me decía que tenía el poder de manipular el tiempo a su antojo y que no temía perderlo. Muchas veces le pedí que me mostrara el objeto “mágico” para manipular el tiempo. Ella sonreía y se iba.

Al terminar la preparatoria, Pamela se alejó de sus padres y empezó a vivir sola. Su manía por los relojes regresó. Las veces que me quedaba a dormir con ella era insoportable el ruido de las manecillas y los mecanismos de su interior. Cuando caminaba por su casa encontraba que en cada rincón había un reloj. Los tenía en diferentes tamaños, colores y

modelos. Tenía tres en la sala, dos en la recámara, cuatro en el pasillo, sin contar los de la computadora, el estéreo, la televisión y el horno. Varios estaban en un cuarto, la mayoría no servía, pero Pamela siempre intentaba arreglarlos. Los que me sacaban de quicio eran los relojes cucú, sobre todo en la madrugada, pero a ella nunca le importó eso.

Sus padres me habían dicho que Pamela inició su colección desde pequeña. El primer reloj que tuvo fue el de su abuelo: era un reloj de bolsillo al que tenía que darle cuerda todos los días para que no dejara de funcionar. Antes de morir, el abuelo de Pamela insistió en que ella estuviera con él todo el día. Estuvieron platicando hasta que el hombre murió. Nadie sabe qué es lo que la hablaron pero después de estar con su abuelo, Pamela salió con el reloj en la mano y llorando. No estoy muy seguro pero creo que por un trauma así cualquiera desarrollaría una obsesión con los relojes y el tiempo.

Durante la secundaria, Pamela llevaba un reloj en cada mano; en la derecha llevaba uno de color azul, con cinco minutos de adelanto, y en la izquierda tenía puesto uno de color morado con la hora exacta. Ella les decía a sus padres que así podía controlar el tiempo y que no fuera al revés. Cuando llegaba a su casa, lo primero que hacía era sacar de un cajón el reloj de su abuelo para darle cuerda y que su reloj morado tuviera la misma hora. Era extraño que para una niña de su edad el tiempo fuese algo tan importante, juraría que a mí me llegó el capricho del tiempo al ser mayor; pero Pamela fue totalmente lo contrario.

Ella jamás me había contado esa historia. A veces sus padres me relataban estas cosas para poder ayudarla y que entrara en razón dejando su “adicción” por los relojes pero jamás tuve el valor de decir algo para que Pamela se detuviera.

Cuando cumplimos tres años de novios, le pedí que se mudara conmigo. Ella aceptó, pero con la condición de llevarse por lo menos cinco de sus relojes a mi casa,

incluyendo el de su abuelo. Los días siguientes pasaron con normalidad, nos íbamos por las mañanas con un beso de despedida al trabajo, Pamela salía antes que yo y por las noches ella me atendía. Poco a poco parecía que superaría su obsesión, eso era lo que nos hacía pensar.

Pasaron algunos meses. Pamela comenzó a actuar de manera extraña. Me había comentado que se acercaba el aniversario luctuoso de su abuelo y que debía tener todo listo, le pregunté qué era lo que necesitaba y ella, como siempre, no me contestó. En la noche, Pamela me pidió perdón por no decirme qué sucedía. Comenzó a besarme, yo tocaba su cuello y ella acariciaba mi pecho, pero al oír que mi reloj marcaba las diez, corrió por su reloj dorado y le dio cuerda. Le dije que su comportamiento no era normal, que no debería estar siempre al pendiente del tiempo, ella se enfureció y me dijo que yo no entendía el peso que debía llevar, nadie lo entendía.

En la mañana, llamé a su madre para contarle; era insólito tener que darles santo y seña sobre su hija, pero me estaba preocupando el estado de Pamela. Su madre me contó que una de las vecinas de Pamela en el edificio donde vivía antes, la había visto ir unas cuantas veces y, al parecer, no había vendido el departamento como me había dicho. Me pidió que fuera a revisar.

Esa tarde fui a buscar a Pamela al edificio, subí las escaleras y me encontré con que la puerta del departamento que estaba cerrada, las cortinas estaban entreabiertas y pude mirar la sala con todos sus relojes. No parecía que hubiera estado ahí en ese momento. Regresé a casa y la encontré en la sala dándole cuerda al reloj de su abuelo. La confronté sobre el departamento, le dije que sus padres llegarían pronto para ayudarnos, pero ella no me escuchaba, sólo se la pasaba mirando y tratando de arreglar el reloj. Se lo quité de las manos y ella se puso histérica, forcejeamos y tiré reloj. Cuando Pamela lo recogió, el reloj

ya no funcionaba, ella se quedó parada sin moverse, me acerqué pero el reloj y Pamela estaban congelados. Su piel se había vuelto de color azul y parecía que era transparente. Toqué su rostro y estaba frío como el hielo. Sus padres llegaron, me dijeron que no me preocupara; el abuelo se había adelantado al darle el reloj.

Se llevaron el cuerpo de Pamela durante la noche, no sabía cómo reaccionar, su madre me condujo al cuarto y me dijo que descansara. A la mañana siguiente, me desperté pensando que todo había sido una pesadilla, pero encontré en la mesa el reloj y las llaves del departamento de Pamela, junto con ellos había una nota de su padre para que fuera a verlos en ese lugar.

Llegué al departamento y, al abrir la puerta, un aire me heló la cara. Los muebles y relojes estaban congelados, las paredes estaban cubiertas por una capa gruesa de hielo. Cuando entré, el hielo desapareció ante mis ojos. Revise las habitaciones buscando a Pamela. En la mesa de la cocina había una carta firmada por el padre de Pamela:

“El objeto que tienes en la mano, ha estado en nuestra familia desde que el padre de mi bisabuelo lo heredó de un amigo. Al recoger el reloj, le dijeron que no pudieron encontrar el libro con las instrucciones precisas de cómo debería usarlo y el mantenimiento que se necesita. Días después se dio cuenta que al no darle cuerda al reloj, su cuerpo se debilitaba y sentía que una capa de hielo lo congelaba poco a poco. Con gran esfuerzo puedo darle cuerda y cuando el reloj comenzó a moverse, él pudo recuperarse.

No sé si fue un chiste de mal gusto por parte del hombre pero convirtió en una tradición entregar el reloj a los varones más responsables de la familia. El último en tenerlo fue el abuelo de Pamela, mi padre. Él falleció a los 105 años. Me di cuenta que el maldito de mi tatarabuelo y mi padre descubrieron la manera de prolongar su vida a través del reloj pero no querían decirnos el secreto al resto de la familia.

Debí tener el reloj cuando él murió, pero decidió dárselo a Pamela cuando apenas tenía cuatro años porque sabía que si me lo daba lo interrogaría para saber cómo usar el reloj. Le dijo que debía cuidar del reloj, no tendría que dañarlo, ni perderlo porque su vida había pasado a ser parte del reloj. Tratamos durante mucho tiempo quitarle el reloj, pero al alejar a Pamela del reloj la temperatura de su cuerpo descendía y pasaba semanas en el hospital. Al ver esto tan pequeña, Pamela pensó que al tener varios relojes, no importaría si le daba cuerda al reloj o no pero se equivocó. Ahora descansará de su obsesión.

No sabíamos que sucedería si destruíamos e reloj. Gracias por mostrarnos el resultado. El resto de mi familia no quiere el reloj cerca y yo ya no estoy interesado en saber qué otras cosas hará el reloj, así que te lo damos a ti. Gracias por todo y suerte.”

Cuando termine de leer, el reloj comenzó a funcionar de nuevo. Le di cuerda al ver que se empezaba a detener. Salí de la cocina y entendí la obsesión de Pamela por tener tantos relojes: su abuelo había vivido por tanto tiempo porque el reloj contenía el alma de los antiguos dueños. Pamela quería encerrarlos y dejar de verlos.

Las profundidades de la red

César era un chico muy inteligente. Desde que era pequeño no había tenido dificultades para entender las lecciones y se adelantaba a las clases, pero era un niño muy problemático. Siempre se la pasaba soñando despierto o metiéndose en cualquier clase de aprietos dentro de la escuela. A veces, vendía las respuestas de los exámenes o recibía dinero para dejar que sus compañeros le copiaran. Después de varios años de intentar seguir en la escuela y de no tener a nadie que le dijera qué hacer con su vida, dejó la licenciatura en ingeniería en software y sus padres tuvieron que resignarse a tener un hijo mediocre.

Consiguió trabajo en un centro comercial como ayudante general para ganar un poco de dinero y esto le sirvió como pantalla para su otro negocio. Aunque había dejado la licenciatura, César había aprendido muchas cosas acerca de las computadoras, el software, y todo ese lenguaje técnico que la mayoría de las personas no comprenden. Fue gracias a sus amigos que aprendió a colocar la IP de su computadora en lugares remotos de Europa, Japón y Medio Oriente mientras él podía estar en la sala de su casa descargando cosas de Internet. Así supo, por la primera vez, acerca de la web profunda o Deep web y siempre recordaba la definición que le dieron: “es todo el contenido de Internet que no forma parte de Internet normal, es decir, de las páginas enlistadas por las redes de los motores de búsqueda de red. Esto se debe a las limitaciones que tienen las redes para acceder a todos los sitios por distintos motivos, podría decirse que la gente entra a la web profunda para hacer cosas que en Internet “normal” estaría mal. Aquí te puedes encontrar, con ayuda de ciertos programas y de la página principal llamada The Hidden Wiki, los enlaces a páginas extrañas, curiosas, horribles e ilegales que existen: sitios de pornografía infantil, venta de

drogas, armas, objetos robados y asesinos a sueldo. Cualquier cosa se puede encontrar dentro de esta web, y nadie sabe qué tan profunda es”. César vio una gran oportunidad para sacar provecho económicamente de este tipo de sitios con ayuda de sus conocimientos, sólo tenía que encontrar a sus clientes.

Estando en la bodega del centro comercial acomodando cajas, escuchó al gerente hablar por celular y preguntar en dónde podría encontrar más fotos de niñas pequeñas, pues ya se había aburrido de las mismas al entrar en el navegador. César, quitándose cualquier prejuicio moral y ético, le habló al gerente desde las sombras para proponerle un trato: él podría conseguirle ese tipo de fotos por una módica cantidad de dinero. El gerente le preguntó si se trataba de un truco, César le respondió que sólo eran negocios y le aseguró que nadie se enteraría. El gerente aceptó, acordaron el día y la forma de entrega de las fotos y el dinero.

Al llegar a su departamento, César se dedicó toda la tarde a entrar a la web profunda, siendo muy cuidadoso de no ser detectado por cualquier filtro del FBI o agencia gubernamental dedicada a cazar a los hackers. Al comenzar a navegar, se encontró con los diferentes catálogos para bajar las fotografías que había prometido. Los catálogos estaban nombrados dependiendo de su contenido; César entró al que tenía por nombre “LITTLE SLAVE GIRLS”: el ver las imágenes de niñas no mayores de seis años siendo mancilladas, torturadas, violadas e incluso mutiladas, cambió por completo la visión que tenía del mundo.

Durante los meses siguientes, César se hizo de una larga lista de clientes que le solicitaban desde números e información de asesinos a sueldo para deshacerse de alguna persona, hasta lugares para comprar drogas y armas o fotografías de niños y niñas participando en actos sexuales insólitos. A través de celulares desechables, les daba

instrucciones para dejar el dinero y recoger la mercancía en lugares públicos. Para César, se trataba simplemente de dinero que lo ayudaría para salir del país en un momento dado y para huir de todo.

A veces, cobraba entre diez mil y treinta mil pesos por trabajo; siempre pedía que el pago se hiciera de manera electrónica y todo el dinero se iba a una cuenta fantasma en algún país remoto. Sacaba poco dinero del banco con tarjetas que clonaba, se cuidaba de no gastar demasiado para no levantar sospechas. Modificó por completo su computadora, compró un CPU nuevo y le puso su disco duro anterior, consiguió dos monitores y mejoró el interior de su departamento. No cayó en la fantasía de comprarse un auto nuevo o una casa más grande: eso claramente lo pondría en la mira de algunas personas. Ya tenía una cantidad razonable de dinero ahorrado y decidió que aceptaría un último trabajo para después irse de la ciudad y tratar de olvidar los horrores que había visto.

César se disponía a mandar un correo desde la cuenta que abrió para sus clientes, diciéndoles que ya no haría más trabajos después de Semana Santa. Antes de mandarlo, recibió un correo: en él le pedían la canción desaparecida de una banda de Death metal de los años ochenta llamada Satón y ofrecían pagarle lo que fuera. César respondió que tendría la canción en la tarde del día siguiente, le dejaría un paquete con la USB en una de las jardineras de la calle Madero y le escribió el número de cuenta.

A César se le hizo extraño que alguien le pidiera una canción: era tan sencillo como descargar música en Internet normal. Comenzó a investigar, y se enteró de que la banda era parte de una leyenda urbana en la red. Se decía que los integrantes practicaban las artes ocultas y había ido a un lugar remoto donde intentaron invocar a una entidad pero habían ocasionado un incendio y jamás se les volvió a ver. Parte de la leyenda decía que en el auto del vocalista había un disco que contenía la grabación que había usado para el ritual. Por

eso que no se encontraba la canción tan fácilmente en los servidores. Al ver las imágenes que acompañaban el artículo, a César le parecieron conocidos los hombres, pensó que los había visto en alguna otra parte.

En uno sus monitores, César observaba un blog en la web profunda. Había empezado una publicación preguntando acerca de la banda Satón y si podrían darle alguna página o link para descargar la canción. Uno de los usuarios, llamado Tiamat730, le puso un enlace. César acercó el puntero y antes de darle click, su reproductor se reinició y comenzó a sonar la canción. Al principio no se escuchaba nada, empezó a oírse un piano acompañado de sonidos guturales y un ruido de estática, hubo otro silencio y las notas del piano se hicieron cada vez más fuertes, después vino un silencio total. La pantalla se puso en negro y letras en verde comenzaron a aparecer. César de inmediato apagó la computadora y desconectó el cable de internet. Su paranoia hizo que pensara que alguien le había tendido una trampa y el enlace era para copiar su disco duro. Escuchó cómo tocaron a la puerta del departamento, el teléfono comenzó a sonar, a su celular llegaron mensajes de texto incomprensibles y sentía que no estaba solo en la habitación. Tomó su mochila con la laptop y salió del departamento.

Al salir del metro, César entró a una biblioteca para conectarse desde su laptop; era riesgoso pero necesitaba saber en qué se había metido. Al investigar quién era el tipo que le había pedido la canción, logró hackear la cuenta de correo, pero esto ocasionó que se abriera el mismo blog en el que había estado: la firma del cliente era Tiamat730. En ese momento, la laptop se reinició: la pantalla estaba en negro y comenzaron a escribirse frases incomprensibles. César estaba nervioso, no sabía qué hacer; no entendía por qué le estaban pasando todas esas cosas. Una mujer se le acercó y le preguntó si le había gustado la música. César la miró y le exigió que le dijera qué era lo que sucedía, qué quería de él. La

mujer le respondió, si deseaba terminar con todo esto, tenía que dirigirse al Desierto de los Leones para finalizar el trabajo. La mujer le dio un beso y se fue.

César caminó durante largo tiempo hasta llegar a un parque: frente a él estaba la mujer de la biblioteca. Ella le sonrió e hizo una seña para que se acercara. Mientras la miraba, en su cabeza comenzaban a aparecer recuerdos: la mujer desnuda, amarrada en el piso, gritando y llorando.

César quiso salir corriendo pero detrás de él aparecieron tres hombres que no lo dejaron ir. La mujer se acercó y le preguntó que si la recordaba, César contestó que la había visto en la biblioteca. Moviendo la cabeza negativamente, la mujer le dijo que ésa no era la primera vez que se veían: hacía diez años, él y su banda la habían convencido de acompañarlos hasta ese mismo lugar, ahí la había desvestido, la había amarrado y la había ofrecido como sacrificio para un estúpido ritual y, al ver que no sucedía nada, la dejaron desangrarse y la quemaron para que no encontraran su cuerpo. Pero al final el ritual sólo funciono para ella. César gritaba que no sabía nada de eso, la mujer señaló a los otros hombres: sus rostros estaba resecos, sus ojos no estaban y a sus manos se les estaba cayendo la piel.

La mujer le dijo a César que había tardado tanto para encontrarlo. “Es muy difícil encontrar un alma cuando el cuerpo que la guarda no hace nada extraordinario, pero cuando entraste a ese mundo cibernético uno de los rasgos de tu alma se hizo presente: la avaricia. Tuve que inventar la historia de la canción para atraparte”. Al terminar de decir esto, la mujer se acercó y con un cuchillo desgarró el estómago de César, después lo apuñaló en el pecho haciendo una especie de cruz de arriba hacia abajo. “Es una lástima que hayas nacido al momento de la muerte de este tipo” le dijo la mujer mientras dibujaba un pentagrama en la frente de César. Cuando él cayó sobre el pasto, miró que una bruma salía de su cuerpo,

que poco a poco tomaba forma de un hombre alto, con barba y cabellera larga, parecía un cadáver como los otros. Con esfuerzos, observó cómo la mujer se alejaba y los hombres iban detrás de ella. César quería reír por lo irónico de la situación pero no podía hacer ningún sonido.

El color del olvido

El despertador sonó, era hora de ir a trabajar. La noche anterior se había quedado después de la una de la mañana en la fiesta que sus compañeros y amigos le organizaron por su cumpleaños. Ella sabía que era una mala idea embriagarse entre semana para celebrar un año más, pues no había nada que celebrar. Hizo un último esfuerzo para incorporarse en la cama. Se llevó las manos a la cabeza, se arregló un poco el cabello, retiró sus piernas de las sábanas que la mantenían caliente. Al levantarse de la cama le invadieron las náuseas y corrió hasta el baño a vomitar. ¿Qué fue lo que había bebido la noche anterior? En su mente todo era confusión. Se incorporó del piso, entró a la ducha, se bañó rápido, buscó el traje azul oscuro que su madre le había regalado el día anterior, pero no logró encontrarlo entre el desorden que tenía en el departamento, así que optó por usar la falda negra con la blusa blanca. Salió del departamento de prisa y con un pedazo de pan en la boca.

Caminó unas cuantas calles hasta la parada del autobús; mientras esperaba, trató otra vez de revivir la noche pasada, pero sólo un vago recuerdo acudió en ese momento: ella caminaba por un pasillo largo donde estaban algunos amigos tomando licor y riendo, ella no se percataba de que la miraban. Seguía caminando por el pasillo con piso de madera que resonaba a cada paso. Llegó al final del pasillo frente a una puerta blanca; la puerta se abrió, y entonces vio que el autobús estaba enfrente. Subió.

Llegó a la oficina cinco minutos después de su hora de entrada, checó su tarjeta y se dirigió a su escritorio donde había dejado los reportes del mes pasado sin revisar. Le parecía una enorme pirámide de papeles que debía haber verificado antes de irse a su fiesta

de cumpleaños; durante el almuerzo terminó de revisar los papeles. Sólo le faltaba sacar algunas copias a las notas de pedido de material para enseñárselas al jefe y archivarlas. No le veía sentido al hacer esto, ya que para el otro mes el jefe le pediría que las desechara.

La pila de papeles se reducía, pero las copias se incrementaban. Odiaba ser secretaria, ser la única mujer en ese edificio, estar atada a un sueño que jamás cumpliría.

Mientras permanecía sentada en la oficina contemplando la pared, su mente divagaba, recordando su infancia, los momentos más importantes de su vida, que parecían un sueño lejano; todo lo malo regresaba por cualquier cosa: estar molesta por su trabajo, recibir llamadas de su madre, pelear con los vecinos. Ella añoraba volver a los días en que era una niña inocente y no tenía por qué preocuparse de lo que pasaba fuera de su pequeño mundo de juegos; nunca asimiló la conducta que tenía que adoptar al ser un adulto. Ya nada era igual: ni sus cumpleaños, ni la relación con el resto de la humanidad.

La luz de la fotocopidora le hizo regresar a la noche anterior: después de abrir la puerta blanca se encontró con una luz muy brillante, cuando bajó su intensidad observó un cuarto pequeño pintado en su totalidad de rojo, con una cama con sábanas del mismo color. No había ninguna ventana, solamente la cama roja y un espejo donde ella se miraba con un vestido escotado de un tono de azul muy claro, no lograba recordar en qué parte lo había comprado o por qué traía puesto eso si era una fiesta barata de cumpleaños. Una mano la tomó por el hombro, era su jefe. Le preguntó si se sentía bien porque la veía distraída; ella sólo atinó a decirle que estaba un poco cansada, su jefe le dijo que no quería esperarla toda la noche para firmar los papeles.

Después de salir del cuarto de fotocopiado regresó al solitario escritorio que estaba en la oficina de frente al de su jefe, un hombre de unos cincuenta años de edad, calvo, con lentes de fondo de botella que le agrandaban los ojos y parecía que podía mirar a través de

las paredes de la pequeña oficina; no vestía con traje y corbata, siempre tenía puesto lo mismo: unos pantalones de mezclilla azul y una camisa a rayas, que se intercalaban entre el rosa y el blanco o eso le parecía a ella. Él se había portado bien cuando ella llegó el primer día a pedir el trabajo. Durante toda la entrevista le dio confianza para que pudiera desarrollarse dentro de la empresa y prometió que nadie la molestaría por ser la única mujer, pero eran mentiras para que ella aceptara el trabajo.

El teléfono sonó, contestó, pero no respondían al otro lado de la línea. Las luces se apagaron, solamente la luz de su escritorio quedó encendida, miraba a su alrededor buscando a alguien que la ayudaba. No había nadie, todo estaba oscuro, un pequeño destello salía de la oficina del jefe. Poco a poco llegó a la puerta; la abrió. Se acercó poco a poco, pero desapareció el destello. Ella se arrodilló en la oficina para ver debajo por debajo de la puerta, esperó unos cuantos minutos y al fin, se levantó del piso; pero sentía adoloridas las piernas, como si la hubieran golpeado. Abrió la puerta de la oficina, pero ya no veía su escritorio. Estaba en el cuarto rojo. Había una silueta negra sentada en una cama, tenía algo entre las manos, parecía que era un libro y estaba leyendo. La silueta se llevó las manos a la cara como si estuviera llorando. Ella la contemplaba desde el umbral de la puerta, no sabía qué hacer. El llanto y la desesperación que la silueta reflejaba le impedían moverse. La voz de su madre, al otro lado del teléfono la sacó de la ilusión. Se despidió de ella mandándole un beso, y continuó acomodando las notas de pedido. Un escalofrío recorrió su espalda al tratar de salir de su oficina; su jefe se paseaba de un lado al otro de la oficina mirándola.

Trató de seguir trabajando pero la cabeza le daba vueltas. Los pensamientos de la pasada noche y las divagaciones de esa mañana eran un abismo negro, y el día pasaba tan lento que no sabía qué hacer. Tomó su bolso y salió de la oficina por la parte trasera del

edificio para que no la vieran. Caminó por una calle estrecha hasta llegar a una cafetería, entró y buscó una mesa cerca de la ventana para observar a las personas que pasaban frente al local. Un pequeño recuerdo de la noche anterior se apareció: estaba frente a la puerta de una casa de color morado, tocó el timbre, se abrió la puerta pero ella no la reconocía. Se acercó al bar. Pidió una cerveza, las personas a su alrededor disfrutaban de la fiesta, todos bailaban y reían. Miró hacia una esquina y la silueta negra estaba sentada en un sillón. Le invadió el pánico al descubrir que la silueta era de un hombre que la miraba de abajo hacia arriba, pues el vestido resaltaba su figura. Ella no sabía qué hacer; tal vez si dejaba de verlo desaparecería, pero caminó hacia ella y la tomó del brazo.

La camarera le preguntaba con insistencia si necesitaba algo más. Ella reaccionó y solamente pidió otro café, sacó una cajetilla de cigarros y el encendedor. Volteó hacia la ventana por donde pasaba una pequeña niña con su madre de la mano. La mirada de la niña se cruzó con la suya; la pequeña le sonrió y sin soltar a su madre señaló una de las casas que se encontraban alrededor de la cafetería.

Volvió a tomar un sorbo del café y se dispuso a regresar a trabajar, pagó, salió de la cafetería, y se quedó parada en la banqueta observando la casa. La niña también la miraba desde una de las ventanas del segundo piso con un espejo en la mano.

Regresó a la oficina. Algunos de los trabajadores la estaban esperando para entregarle las notas de pedido que fueron a surtir durante toda la mañana. Entre ellos se encontraba el jefe molesto, ya que al parecer, ella había desaparecido de su puesto por más de una hora y el teléfono no paraba de sonar. Ella entró a su oficina sin mirar a los hombres que la observaban, se sentó y continuó ordenando las notas que dejó en el escritorio antes de salir por el café. Los hombres permanecieron en la puerta contemplándola por unos minutos y se fueron a hacer su trabajo.

Después de las ocho horas de trabajo, regresó a casa por el mismo camino de siempre pero esta vez había algo distinto. Todas las casas y edificios estaban pintados de rojo. Hacia donde volteara, las casas tenían ese color; bajó asustada del autobús, pero cuando volvió la cabeza, a su alrededor todo era normal. Entró al edificio y subió por las escaleras hasta llegar al pasillo donde estaba su departamento de puerta blanca; al entrar algo, la impulsó a mirar detrás del espejo que estaba en su recámara. En el piso encontró una pulsera de hospital vieja, no se alcanzaba a leer el nombre. Un crujido cerca del mueble que tenía a un lado de la cama hizo que se asomara, metió la mano y sacó lo que parecía ser un libro envuelto en una pañoleta carmesí. Desenvolvió el libro con mucho cuidado porque parecía ser muy viejo y se podría despedazar con un leve roce de sus manos; lo abrió en la primera página: estaba en blanco. Continuó hojeando el libro y descubrió pequeñas letras que salían de las páginas. No comprendía qué era lo que decían; le parecieron extrañas, como de otro idioma; tiró el libro a la basura junto con la pulsera del hospital y la pañoleta, se acostó en su cama y se durmió.

Al día siguiente despertó tarde para ir a trabajar; hizo un último esfuerzo para incorporarse en la cama, se llevó las manos a la cabeza, se arregló el cabello, se quitó las sábanas de las piernas, corrió a bañarse, buscó su ropa y salió corriendo del departamento con un pedazo de pan en la boca; caminó las mismas cuerdas para llegar a la parada del autobús y al llegar notó que todas las personas, los perros y gatos, los edificios, todo a su alrededor era color rojo. Pensó que era un sueño del que despertaría pronto, pero un hombre vestido de blanco se le acercó y trató de obligarla a subir a un auto. Ella gritó y así, sólo así, logró despertar; se asomó por la ventana. Todo su vecindario era de colores distintos al rojo.

Recordó que era sábado, un sábado como tantos, y se dirigió a la cocina a prepararse el desayuno. No había nada en el refrigerador. Tenía miedo de salir a la tienda por huevos ya que pensó estar atrapada en su sueño; se dio un golpe en la cabeza con la mano y pensó para sí misma que solamente era su imaginación después de la borrachera con sus amigas. Al decirse esto, comenzó a reflexionar si realmente su fiesta de cumpleaños había sido la noche anterior o hacia unas semanas, trataba de recordar lo que había hecho un día antes. Había olvidado por completo lo que había hecho la semana pasada.

Corrió a su recámara en busca de algo que sentía que necesitaba, no sabía qué era, sólo intuía que era rojo. Revolvió inútilmente todo el departamento. Se sentó en el piso mirando la puerta de entrada; era blanca. Le pareció un color maravillosamente puro, se levantó del piso y corrió a abrirla. Una luz intensa le llenó el rostro; cuando la luz dejó de lastimar sus ojos, miró la cama con sábanas blancas; sobre ésta estaban el libro envuelto en una pañoleta blanca, la pulsera del hospital y el vestido azul escotado. No había ventanas sólo esos objetos y el enorme espejo. Entró al cuarto con suma cautela, la puerta se cerró detrás de ella, se acercó a la cama y tomó el vestido. Se lo puso, se miró al espejo; sin embargo, el reflejo que le regresaba no le gustaba, sentía repulsión de mirarse. En un arranque de furia rompió el espejo. Se sentó en la cama, tomó la pañoleta y se envolvió la mano cubierta de sangre, con la otra mano tomó el libro que empezó a leer.

Las letras del libro se hacían cada vez más legibles, podía comprender poco a poco las palabras que se formaban con cada letra y después se convertían en frases. Al empezar a leerlas comenzó a llorar como si lo que estaba escrito moviera un hilo en su corazón que jamás hubiera pensado que tenía. Las frases se convirtieron en oraciones completas donde se comenzaba a hablar de la belleza de unos ojos que miraban un cielo lleno de estrellas, como la noche en que ella nació, de cómo el color blanco apreció en su vida, de la mirada a

través de un espejo para encontrar lo que se perdió en su interior, de un color que la mayoría de las personas odia tener a su alrededor. El rojo se había esparcido por toda la pañoleta blanca y su vestido azul ahora tenía manchas color morado, las sábanas de la cama se tiñeron con el color de su sangre.

No supo cuanto tiempo estuvo en ese cuarto, sólo permaneció acostada en la cama leyendo el libro desconocido para ella. Al girar su cuerpo por descuido dejó caer la pulsera al piso, estiró su brazo derecho para alcanzarla, la miro con detenimiento: tenía un nombre poco legible por el tiempo que pasó guardada; la miró, la sostuvo con gran emoción. Agarró su libro; caminó hacia la puerta blanca, observó por la pequeña abertura, nadie pasaba, nadie la miraba. Dio la vuelta y se sentó en el frío piso a mirar el techo pensando en las maravillosas estrellas que jamás volvería a observar después de lo que le había hecho a su cuerpo, después de ser una mujer insegura, de romper un espejo, luego de haber sido violada por su jefe en la fiesta de cumpleaños que le organizaron. Miró su muñeca izquierda, el corte estaba cicatrizando perfectamente o eso le había dicho el médico.

El dedo

Lucía quedó viuda después de dos años de casada; su esposo la dejó con deudas y embarazada. Ella eligió el nombre de sus gemelas: Saray y Karar, los tomó de un libro de nombres. Eran los bebés más hermosos, todos en la familia las querían mucho y ayudaron a Lucía en todo lo que podían.

Mientras Tania, su hermana, cuidaba de las niñas, Lucía comenzó a trabajar en una fábrica decorando con un sello caliente tapas para crema. Un día regresó a casa con el meñique de la mano izquierda fracturado, pues se había distraído porque su patrón le dijo que la llamó su hermana para decirle que, en el kínder, sus hijas se habían peleando con otra compañera. Desde entonces, a Lucía le duele ese dedo todo el tiempo.

Los doctores creían que era por un mal en el hueso o una parte de la articulación que jamás sanó por completo después del accidente en la fábrica, pero los rayos X y los análisis de su mano no mostraban nada. Los doctores llegaron a la conclusión de que todo el dolor punzante que sentía en el meñique estaba en su cabeza.

Los años pasaron, las gemelas crecieron y, con ellas, el dolor de su madre. Para mitigarlo, Lucía tomaba diferentes pastillas casi todo el día. Obviamente necesitaba recetas médicas para poder seguir comprando sus medicamentos, así que iba cada mes a un médico particular y a las citas del seguro para poder tener las recetas o tomaba las medicinas que sus hijas conseguían al fingir cualquier dolor o propinarse un golpe. Era un secreto entre las tres.

Siempre se cuidaron entre ellas. Entre las gemelas era más sencillo, pues las dos sabían cuando una estaba sufriendo o estaba feliz, pero con Lucía tenían que preguntarle qué pasaba, cuánto le dolía, si necesitaba más pastillas, todas las necesidades de su madre tenían que cumplirlas.

Para poder tener control de las medicinas, las gemelas habían creado un calendario de pastillas para organizarlas y que no se les pasara o adelantara la hora entre ellas. A veces el calendario se llenaba de colores azules, rojos y rosas en un solo día. Cuando tuvieron sus primeros celulares, transcribieron el calendario y las alarmas las ayudaban mejor. Tomaban turnos mientras estaban en casa para dar las medicinas a su madre: una en la mañana y la otra en la tarde. Las gemelas, a veces, deseaban que su madre se sintiera mejor o que, en su momento, el dolor de su meñique desapareciera por completo.

Algunos de los medicamentos eran demasiado fuertes y controlaban el dolor del dedo, pero le causaban molestias en el estómago o en los riñones. Cuando las medicinas comenzaban a escasear, buscaban nuevos doctores para conseguirlas, pues aunque fueran gemelas y les recetaran diferentes cosas, los médicos ya las reconocían. Así, decidieron que lo mejor sería llevarla a un lugar donde pudieran curarla, y ya no con químicos que le causaban mayores malestares.

Después de la escuela, las gemelas se quedaron en un café internet para buscar lugares de medicina natural cerca de su casa, pero no encontraron nada. Más tarde y después de varias llamadas perdidas de su madre, decidieron ir a casa. La calle por la que caminaban siempre para llegar estaba cerrada, por lo que tomaron otro camino. Las casas de ahí eran diferentes a las de su barrio: estaban arregladas, las fachadas no tenían ningún grafiti y las ramas de las enredaderas cubrían las paredes. Incluso las banquetas estaban limpias, no se escuchaban perros ladrando o niños gritando y maldiciendo.

Las gemelas se sintieron felices al estar ahí. Caminaron lento para ver las casas a detalle, señalaban las que tenían ventanales, contaban cuántas tenían flores en las macetas, miraban las puertas y leían las placas que numeraban las casas. Los colores de las casas eran claros, suaves. Había una en especial que estaba pintada de azul cielo y tenía un letrero en la puerta: “Remedios herbales”. Las gemelas se miraron, caminaron hacia ella y sus celulares sonaron al mismo tiempo, un mensaje de texto de su madre. Las chicas vieron que la calle se conectaba con la avenida que las llevaba a casa.

Lucía estaba muy preocupada por ellas. Se habían tardado más de lo debido en regresar de la escuela y ya no tenía medicinas para el dolor de estómago, causado por el ketorolaco para mitigar el dolor del meñique. Las gemelas se miraron y una de ellas salió a la farmacia con la receta para comprar el medicamento, mientras la otra se quedó a darle un masaje a su madre.

La noche se complicó. El dolor comenzó a subir por el resto de los dedos, luego hasta la muñeca. Temiendo que avanzara más, las gemelas llamaron a su tía, la única con coche, para que las llevara al hospital. Lucía fue internada y las gemelas regresaron a la casa durante la madrugada con su tía, que se quedó con ellas para cuidarlas y procurar que no faltaran a la escuela por el sufrimiento de su madre.

Las gemelas entraron a su pequeña habitación, se pusieron el pijama, lavaron sus dientes, peinaron su cabello y se acostaron. Miraban el techo, la noche ya casi se convertía en madrugada y no había sonidos. Una de las gemelas observó el despertador.

—Casi es la una —dijo Saray.

—A esta hora, mamá...

—...ya nos hubiera hablado para darle el paracetamol.

—Sí, pero ahora está en el hospital.

—La van a cuidar, ¿crees que le den...?

—Tal vez.

—¿Te gustan las noches...?

—Sí.

—Espero que a mamá ya no le duela.

—Yo quiero que ella descanse, para que...

—También quiero dormir.

Pasaron tres días y Lucía fue dada de alta. Regresó a casa con sus hijas. Las gemelas la abrazaron y vieron cómo la pila de recetas sobre la mesa se hizo más grande y ahora su mamá tenía dos pastilleros nuevos. Observaron el calendario y suspiraron, ahora deberían hacer uno nuevo. Su tía se quedó para continuar cuidando de sus sobrinas hasta que Lucía se sintiera mejor.

La primera noche con su madre de regreso, las gemelas se levantaban cada hora para darle las medicinas; su tía se había quedado dormida y no se percataba cuando las llamaba. Karar, al regresar del cuarto de su madre, miró las nuevas recetas en la mesa de la cocina: algunas decían que no deberían de mezclarse con otras por los efectos secundarios. Regresó al cuarto y despertó a Saray.

—Hermana, mira.

—¿Las recetas de mamá?

—Sí. Dice que no puede mezclar las medicinas.

—Podrían hacerle daño.

—¿Qué vamos...?

—Podríamos regresar a la calle bonita y...

—Buscar la casa azul...

—Mamá se sentirá mejor.

—Y nosotras...

Por la mañana se despidieron de Lucía. Antes de irse le dijeron a su tía que tenían que hacer un trabajo con una compañera después de clase, pero no querían preocupar a su madre. Su tía les dijo que no se preocuparan: su madre estaría dormida toda la tarde y ellas deberían disfrutar de su adolescencia.

Lucía permanecía en la cama dormida, Tania iba a revisarla de vez en cuando para darle de comer o las medicinas que debía de tomar. Le parecía curioso el comportamiento de su hermana, sabía que era difícil su situación pero no era como para desarrollar un dolor imaginario en su mano. Por la tarde, Tania le dijo a Lucía que tenía que ir al mercado por la comida antes de que llegaran las niñas. Lucía sólo movió la cabeza.

Se quedó dormida, pero le pareció que las gemelas y su hermana ya se habían tardado. Trató de agarrar su celular y mandarles un mensaje, pero el dolor del meñique se hacía cada vez más fuerte. Ya no era un dolor punzante, se había convertido en una presión dentro del hueso. El dedo se hinchó, la uña se redujo como la de un bebé, se convirtió en una masa roja punzante en su mano.

Lucía no sabía qué hacer. Aunque se tomó todo el frasco de pastillas de paracetamol, el dolor se hacía intenso; sus hijas, las muy ingratas, no estaban para ayudarla. Se levantó de la cama y trató de llegar a la puerta para buscar a su hermana, pero la puerta de su habitación estaba cerrada con llave: Tania la había dejado encerrada.

Su propia familia la quería ver sufrir. Se recargó en la puerta, sosteniendo su mano izquierda con la esperanza de que el dolor se fuera. Miró su mano, la hinchazón empeoraba, veía las venas del dedo, parecía que explotarían en su cara muy pronto.

Se acercó a su mesa de noche, revolvió uno de los cajones y sacó las tijeras. Con cuidado las colocó entre el metacarpo y la falange. Tuvo que hacer tres cortes para que su dedo cayera. Lucía grito de dolor. Las tijeras quedaron ensangrentadas y del hueco en su mano parecía que salía una especie de pus.

Antes de desmayarse, miró su dedo en el piso, estaba rodeado por un charco de sangre y de pus. En ese instante el dedo comenzó a moverse como un gusano, abriéndose camino para llegar debajo de la cama. Ella se desplomó, no percibió si las niñas habían regresado de la escuela o si su hermana ya estaba abriendo la puerta de la habitación.

Minutos después, Lucía escuchó que golpeaban la base de la cama y el colchón se comenzó a mover desde abajo. Se había puesto una tela en la mano izquierda para que la sangre dejara de salir. La cama se seguía moviendo y los golpes se incrementaron cuando ella se levantó. Con cuidado se agachó para ver qué era lo que sucedía, levantó la colcha y se asomó debajo de la cama. No había nada, su dedo había desaparecido.

Al incorporarse, vio al otro lado de la habitación a su dedo, de él salía una masa color anaranjado, había líquido amarillento mezclado con lo que parecía ser sangre, que se estaba derramando por los diferentes huecos que se creaban por el movimiento de la masa en el piso. Esto se hizo cada vez más grande hasta tener la altura de Lucía. Vio como se formaban brazos, piernas, cabello, manos, cabeza, pechos, la masa tenía la forma de un cuerpo humano: el de ella.

La masa comenzó a mover sus articulaciones, no tenía ojos pero parecía que miraba a Lucía. En ese instante las gemelas entraron en la habitación, Lucía tenía la cara completamente blanca y la masa estaba parada esperando.

—Lo hicimos por ti mami —dijo Karar mientras dejaba su mochila.

—La anciana nos dijo que así te sentirías mejor y nosotras...

—...podríamos tener una vida a tu lado. Sólo le falta una cosa para estar completa.

—Queremos que estés bien —dijeron al mismo tiempo. Las gemelas cerraron la puerta. La masa se abalanzó sobre ella y se alimentó. Las gemelas regresaron una hora después; su madre las esperaba y ellas corrieron a abrazarla. “Ya no duele” les dijo.

Detrás de la niebla

Todos tenemos un don o cualidad que nos diferencia de los demás. Algunos nacen con la habilidad para correr deprisa, otros para tocar un instrumento y crear música, algunos más descifran misterios con la ciencia y están los que logran plasmar la realidad, hacerla más bella a través de trazos y líneas: los pintores.

¿Te imaginas la destreza que se debe tener para sujetar el pincel y crear un mundo nuevo? Por eso, desde niño amo el arte y, cuando crecí, me convertí en el coleccionista. Siempre me sorprendieron amigos que realizaban obras maravillosas. Algunos de ellos tomaban clases para reafirmar sus conocimientos y destrezas tras el pincel, pero un porcentaje más pequeño no necesitaba de ese tipo de actividades.

Me encanta ver la creatividad de cada pintor. Algunos usan óleos, acuarelas o carboncillo. Cuando voy en busca de un nuevo cuadro a las galerías considero necesario buscar la obra que resalte y pienso cómo lucirían en mi casa, ansío encontrar la adecuada. Prefiero tener mi colección a la vista de todos, pues ésa es la función del arte.

Mi favorito era Federico, un pintor que, en su época, sobresalía del resto, era el favorito de todos los críticos de arte y sólo tenía veinte años. Después de un tiempo decidió retirarse de la escena artística y nadie supo de él. Sus obras se cotizaban en el extranjero y era considerado un visionario, creador de obras llenas de sueños, animales híbridos y personajes sobrenaturales.

Hace poco hubo una subasta de todas sus obras. El primero de sus cuadros era un paisaje lleno de trompas de cerdo volando entre edificios hechos de engranes y levantados por tuercas enormes, el fondo era una combinación entre grises y rojos. Según él,

representaban a la sociedad trabajadora observada por los burgueses. El último, titulado “Detrás de la niebla”, era el más sencillo de toda la colección: los colores amarillos y anaranjados del cielo se revolvían con los cafés y verdes de las hojas de los árboles; entre ellos había un pueblo de casas de madera, una fuente de agua se asomaba en la plaza, el mercado estaba lleno. En el fondo, una montaña miraba la escena y descendía un manto de niebla. Compré este cuadro porque me pareció el más hermoso de toda la carrera de Federico.

Al llegar a casa, desenvolví el cuadro para ponerlo arriba de la chimenea. Mientras buscaba la manera de colgarlo, noté que, en la parte de atrás, había unas hojas atravesadas en el marco. Estaban amarillentas, utilicé mis guantes para revisarlas y me di cuenta de que eran anotaciones de Federico sobre el cuadro. ¿Imaginan mi emoción al tener el cuadro de mi pintor favorito y, ahora, encontrar cómo había llegado su inspiración?

Comencé a leer: “17 de noviembre de 1985. Terminé la exposición en Nueva York, y, ahora, por el deseo del tonto de Henry, tengo que retirarme un tiempo a Escocia para que mi ‘musa’ regrese a mí. Esta última exposición fue demasiado agotadora y los cuadros que exhibí no eran del todo ‘yo’, según Henry. Creo que es tiempo de cambiar de representante y encontrarme un nuevo ‘yo’. Estoy harto de pintar sandeces.

“Otro aire, otro camino, otra visión me esperan en Europa, alejado de toda esta hipocresía y gente que cree entenderme a través de mi arte. Si supieran que ni yo mismo puedo comprender lo que hago. A veces pinto por simple obligación, ya no es por el gusto de ver al mundo diferente, ya no dejo una parte de mi alma. Odio ser un artista famoso.

“25 de noviembre de 1985. Llegué a la posada, nadie me reconoció. Por la tarde, bajé para comer algo y hablar con los habitantes sobre la montaña que estaba cerca, me pareció muy hermosa y necesitaba pintar algo que no tuviera nada que ver con mis otras

obras. La chica que trabaja como mesera me dijo que durante los meses de invierno una densa masa de niebla desciende de la montaña.

“Me contó la historia de un antiguo pueblo que estaba ubicado en la base de la montaña. Todas las tardes, los habitantes vendían sus productos como un medio para sobrevivir. Al ver que la niebla comenzaba a descender, preferían quedarse en sus casas, pues recorrer el camino en esas condiciones era una manera de buscar la muerte.

“Una vez el pueblo estuvo a merced de la niebla, que duró casi tres meses cubriéndolo por completo. Las provisiones comenzaban a escasear y los niños sufrían de calambres en el estómago. Dos hombres, cansados de ver sufrir a los demás, tomaron una de las carrozas y cruzaron el camino de polvo. Pasaron tres días para que los volvieran a ver; uno de ellos estaba mal herido, habían volcado la carroza al hacer que el caballo fuera más rápido pues sentían que alguien o algo los estaba siguiendo.

“La niebla se dispersó tiempo después. Los campesinos se prepararon para cruzar el camino de polvo para ir a comprar verduras, ganado. Pero al llegar al otro extremo, un manto de niebla cubría el camino. Decidieron dar media vuelta y tratar de ir por el otro lado. Caminaron varias horas hasta llegar, ahí no había niebla, pudieron comprar y vender y regresaron antes del anochecer.

“Pasaron los días y los campesinos se dieron cuenta de que la niebla ya no bajaba por las tardes, así que podrían ir al otro pueblo. Vivieron por largo tiempo con alimentos suficientes, ningún niño se volvió a enfermar, los animales parecían más gordos y las cosechas duraban más tiempo. También dejaban de hacer sus labores por un día y descansaban en sus casas.

“En los meses siguientes algunos de los hombres se dieron cuenta de que la niebla comenzaba a avanzar hasta llegar unos kilómetros antes del otro pueblo. Si la niebla llegaba

a cubrir esa parte del camino no tendrían más comida. Los días siguientes la niebla se comió por completo el resto del pasaje y ya nadie más pudo encontrar el pueblo.

“Esta historia capturó mi curiosidad. Tal vez, si encuentro el pueblo, pueda hacer una pintura de él.

“12 de diciembre de 1986. ¡Al fin! Encontré el pueblo de la niebla. Me tomó mucho tiempo, pero estaba ahí. Esperé a que la niebla bajara por completo de la montaña, la chica de la posada me advirtió que sería peligroso, pero no me importó. Cuando llegué a la base de la montaña, una parte no estaba cubierta por el manto gris, pude verlo a lo lejos: ahí estaba el pueblo. La gente caminaba por las calles y no notaban mi presencia. Saqué mi lápiz y mi lienzo, los trazos llegaron solos, mi mano bailaba de un lado a otro. El frío no me detuvo, mis óleos llenaron el cuadro ¡al fin, al fin! Mi musa regresó.

“13 de diciembre de 1986. Por la mañana observé mi obra maestra. Era hermosa, cada línea, cada mancha estaba en su lugar, pero en la niebla hay algo: en la niebla de mi cuadro, me observan unos ojos rojos.”

Ahí terminan sus notas. No tienen sentido: no hay nada en la niebla del cuadro, simplemente es un manto de color gris sobre el pueblo. Después de examinarlo más a fondo, no encontré los ojos de los que hablaba Federico. Decidí quedarme con las notas y por la mañana llamaría a un amigo que es experto en la obra de Federico para que diera fe de que esa era su letra; yo estaba seguro, pero necesitaba los papeles que lo comprobaban para hacer público mi descubrimiento. La pintura se quedó arriba de la chimenea.

Desperté al día siguiente, llamé a mi amigo para viniera por la tarde a revisar las notas. Estaba hablando con él cuando recordé que las había dejado en la mesa de la sala. Bajé aún con el teléfono en la mano. No estaban ahí. ¿Las habría dejado en otra parte?

Busqué por toda la casa y no pude encontrarlas. Cuando llegó mi amigo tuve que disculparme por no tenerlas en ese momento, él insistió en pasar y ver la pintura.

La estuvo mirando largo rato, examinando los trazos más delgados y la firma. Sin duda era la última obra conocida de Federico, pero sin las notas no tenía más valor que el que había pagado por ella. Me dijo que cuando las encontrara lo volviera a llamar.

La noche llegó y con ella mi desesperación se volvió cada vez mayor. ¿Dónde las habría puesto? ¿Habría entrado alguien y se las llevaría? ¿Qué haría si no las volvía a ver? Tuve que irme a dormir para recordar el lugar de mi pérdida. Le eché un último vistazo a la sala y, por casualidad, miré la pintura: parecía como si la neblina de la montaña estuviera casi a la mitad de ella.

Un estruendo en la sala me despertó, eran las 4:15 am. Bajé con un revólver en la mano, tal vez el ladrón de mis notas había regresado por más. Cuando llegué a la sala, el cuadro estaba tirado cerca de la mesa de té, lo levanté y debajo de él aparecieron las notas, las tomé y revisé la casa, pero nadie había entrado o salido.

Coloqué la pintura en su lugar, la niebla descendió un poco más. Hojeé las notas y observé que había una hoja nueva; no estaba amarillenta, parecía que la habían escrito esa misma noche. Comencé a leer: “23 de diciembre de 1986. Los ojos siguen mirándome desde la niebla del cuadro. Regresé a Nueva York para poder vender el cuadro y dejarme de alucinaciones sin sentido, pero todo tiene sentido desde cierto punto. Ninguna galería quiere el cuadro; dicen que las personas no están listas para este cambio tan radical en mi obra. Es una mierda todo esto. Despedí a Henry desde hace un mes, me llamó loco y dijo que me demandaría. A estas alturas una demanda no es mi mayor problema.

“La niebla desciende cada vez más rápido, ya casi está sobre el pueblo. Ahora es más fácil verlos, los hombres de niebla, están aquí, sé que me observan. Sus ojos es lo

único que ves, se confunden con la transparencia de la niebla, son siluetas, largas. Cada día que pasan están más cerca, puedo sentirlo.

“Deshacerme del cuadro no ha servido de nada: lo he tirado, lanzado desde el puente, quemado, pero, siempre que regreso, la pintura está montada en el caballete y la niebla baja de la montaña cada vez más rápido. Mientras duermo, los hombres de niebla me miran esperando el momento adecuado ¿de qué, para qué? No debí haber hecho esta abominación, ¿en qué estaba pensando? Ahora, ahora...”

Miré la pintura, la niebla estaba por llegar al pueblo. Esto no podía estar pasando. Al amanecer llamé a mi amigo de nuevo, le imploré para que llegara lo más pronto posible, teníamos que revisar la última nota. Mientras esperaba su llegada, tomé una siesta en el sillón. Imágenes extrañas llegaban en mis sueños: primero Federico en su departamento de Nueva York desesperado, gritándole a la pintura, luego varias siluetas largas de ojos rojos rodeándolo. Luego el pueblo en la montaña siendo devorado por la niebla... no... no era la niebla solamente, eran miles de siluetas, hombres de niebla. Los habían engañado, ahora los habitantes del pueblo serían su alimento.

Desperté sobresaltado, mi amigo ya estaba tocando a la puerta. Lo invité a pasar, le mostré las notas: efectivamente era la letra de Federico, incluso la más reciente. Podría haber sido una broma de mal gusto, pero si era una falsificación, estaba muy bien hecha. Mi amigo observó de nuevo el cuadro, me preguntó si le había hecho algo, me levanté y la niebla estaba sobre el pueblo, la fuente ya no era visible. Mi amigo se despidió, no podía hacer otra cosa, tal vez la historia de Federico nos había sobresaltado a los dos.

Los días siguientes las visiones de los hombres de la niebla no me dejaban descansar, daba vueltas en la cama: ¿serán las visiones de las que hablaba Federico? La pintura se movía de lugar, por las noches la dejaba en la chimenea y por las mañanas estaba

en la puerta principal. Traté de venderlo en dos ocasiones, pero en una de ellas el paquete que lo contenía jamás llegó a su destino y, en la otra, el comprador rechazó el precio al día siguiente.

También escuchaba ruidos por las noches: pisadas que iban y venían de todos los cuartos de la casa. A veces escuchaba ruidos parecidos a un mercado lleno de personas y después gritos de desesperación.

Las visiones se hacían cada vez más frecuentes, incluso mientras estaba despierto. En una ocasión, mientras miraba la televisión en mi cuarto, distinguí una silueta que salía de la puerta del baño. Me quedé quieto por el miedo. Al parecer la silueta no me observaba. Caminó por el cuarto hasta llegar a las escaleras, donde desapareció.

Lo peor de todo era que la neblina había desaparecido por completo de la pintura, ya no estaba ahí. Todo el pueblo era visible, la fuente, los árboles, incluso las personas se podían ver dentro, creo que también se movían. Las semanas pasaron y revisé con más detalle la pintura. Uno de los hombres que estaba sentado en la fuente del pueblo me pareció conocido. Me acerqué un poco más y noté que era Federico, pude reconocerlo por las pocas fotografías que había de él. Parecía estar mirándome.

Tocaron a la puerta. Cuando la abrí, una niebla espesa estaba rodeando mi casa, no podía ver nada, sólo estaba la oscuridad y la niebla. A lo lejos, pude ver puntos rojos que se acercaban. Cerré de prisa la puerta, las ventanas, eché al fuego la pintura. Corrí a mi habitación para buscar un lugar seguro.

No escuché cuando se acercaron, no me dieron tiempo de subir el primer escalón, y ya estaban tomando mis piernas y brazos. Los hombres de la niebla estaban rodeándome, sus ojos rojos eran lo único que era visible, su cuerpo se confundía con la niebla pero podía sentir sus manos frías en mi cuerpo. Pude ver en el sillón sentado a Federico, mirando

mientras dibujaba en un lienzo, hizo un movimiento con las manos y dijo “llamaré a este cuadro El hombre desmembrado”.

Ceniza

Hikikomori: *término de origen japonés que se puede traducir al castellano como "reclusión" o "confinamiento"*

¿Alguna vez has deseado pasarte todo el tiempo del mundo encerrado en tu cuarto, sin otra cosa que hacer más que disfrutar de tus *hobbies*? Damián lo logró. Desde hacía tres años no salía de su habitación. Se la pasaba jugando con sus videojuegos, viendo televisión, leyendo y durmiendo más que el resto de la familia.

En su minúsculo cuarto, sólo cabía la cama, un mueble para poner todos los aditamentos de las consolas, una mesa que servía como escritorio y comedor y el closet con la ropa hecha bolas. En el piso se encontraban las envolturas de dulces, chicharrones, platos sucios y un sinfín de colillas de cigarros. En ocasiones había humo en el techo que cubría por completo el foco del cuarto.

Mientras él dormía, su madre entraba por las mañanas para asear y acomodar lo que pudiera sin despertarlo. Cuando lo encontraba despierto, lo regañaba y suplicaba para que saliera de nuevo al mundo

Damián no hacía caso. Su atención se centraba en ganar el mayor número de puntos en los juegos en línea. En ocasiones eran tan molestas las súplicas de su madre que simplemente la callaba y seguía jugando. Extrañamente, sólo salía al baño, pero cuando nadie de su familia estaba cerca.

No importaba qué pasara detrás de la puerta de Damián. Fiestas, convivios, reuniones familiares o cualquier otra celebración, Damián no se interesaba por las demás personas. Para evitar tener que escuchar la música o los ruidos que hacían las personas

mientras caminaban por toda la casa, se colocaba audífonos y los únicos sonidos que escuchaba era cuando la pistola del videojuego disparaba a un zombie. Sus hermanos menores solían tocar la puerta para que los dejara jugar con él, la mayoría de esas ocasiones los dejaba entrar y colocaba un juego de carreras, si sus hermanos perdían más de tres veces, lo que ocurría siempre, los echaba afuera.

El metabolismo de Damián estaba alterado, generalmente dormía todo el día, comía por la tarde y de noche se la pasaba jugando o en línea con la computadora. A pesar de lo que se pudiera pensar, él tenía muchos amigos en las redes sociales. Le gustaba ver las nuevas actualizaciones de los perfiles de sus amigos; se comunicaba con otro chico que también estaba recluido en su habitación, su nombre de usuario era Hermes89, sólo sabía eso de él. Se la pasaban compitiendo en un juego en el que tenían que encontrar pistas y cosas para pasar el nivel. Rara vez hablaban de otra cosa que no fuera eso.

También tenía una especie de novia en otra red social, era una relación a distancia, pues ella vivía en Veracruz y él le había dicho que vivía en los Estados Unidos desde hacía ya varios años. La chica se hacía llamar MauraLove. Hablaban de las cosas que les sucedían durante el día. A veces, Damián inventaba que había reprobado algún examen de una materia o que en su casa los problemas con sus padres iban incrementándose. Cuando MauraLove lo invitaba para que al fin se conocieran, él ideaba excusas como no tener el dinero suficiente para el viaje o que su madre había sufrido un accidente. No podía darse el lujo de salir y tener que ir a verla: simplemente para Damián ella era una distracción en su vida.

La familia de Damián había hecho todo lo posible para que tuviera una vida normal. Dejaron que pasara unas semanas así, porque todos los libros y grupos a los que asistieron, les dijeron que sólo era una fase que duraría algunos días. Se preocuparon de verdad

cuando cumplió las semanas se convirtieron en meses y trataron de sacarlo de su habitación. Su padre lo tomó por las piernas mientras que su madre de la cintura y con ayuda de un vecino, Damián salió de su cuarto. Esto ocasionó que el chico tuviera un ataque de pánico y se desmayara, tuvieron que llevarlo al hospital. Al despertar estaba de nuevo en su habitación.

Llevaron a un psicólogo a la casa para que les explicara el comportamiento del joven. El psicólogo dijo que se debía a un trauma que le pudo haber ocurrido los días previos a que comenzara a recluirse, pero que no estaba seguro de cuál era porque el muchacho no hablaba con nadie. Uno de los vecinos (era parte de una iglesia poco conocida) escuchó lo que sucedía y les mencionó que Damián era un enviado del señor y que se estaba preparando para la salvación eterna, viviendo en reclusión como todos los grandes santos de la historia.

Los padres de Damián no estaban contentos con ninguna de las dos respuestas. Llegaron a amenazarlo, le exigieron que se pusiera a trabajar porque ellos no lo mantendrían toda la vida. Unos días después, recibieron un sobre con el sueldo de Damián, que había conseguido trabajo en línea como soporte técnico de una pequeña empresa de software. Sus padres no tuvieron otro remedio que aceptar la situación de su hijo.

Los últimos días la casa había estado muy callada. Generalmente Damián escucharía a su madre preparando a sus hermanos para ir a la escuela, a su padre gritando porque alguien se acabó el agua caliente. Incluso la calle estaba silenciosa, no había pájaros que cantaran, ni los autos que pasaban todos los días por la avenida. Damián continuó dormido en su cama hasta que su estómago le pidió de comer.

Primero prendió la televisión para ver las noticias. El presentador hablaba de las amenazas recientes entre Rusia y Estados Unidos. Un especialista dijo que era probable que ocurriera pronto una catástrofe de dimensiones inimaginables si estas dos naciones no arreglaban sus diferencias con un tratado que les conviniera a los dos. Siguió un breve reportaje sobre la violencia ejercida por el narcotráfico. Continuaron después para hablar acerca de las luchas civiles en los países latinoamericanos que se comenzaban a intensificarse ocasionando una serie de matanzas, y algunos países del medio oriente ocultaban armas nucleares para su uso militar. Damián apagó el televisor y prendió la computadora, Hermes89 había actualizado su estado en el juego y lo había superado por mil puntos en el último nivel que se habían quedado.

Por la tarde, los sonidos habituales regresaron: su madre estaba cocinando, sus hermanos jugaban a la pelota dentro de la casa y el auto de su padre se estacionaba en la entrada de la unidad habitacional. Los autos pasaban a toda marcha y las personas caminaban debajo de la ventana del cuarto de Damián. Su madre entró a su cuarto para dejarle un poco de sopa y salchichas con un poco de salsa. Como él estaba de frente a la computadora, no la vio, sólo escuchó el sonido del plato golpeando la superficie de la mesa. Después de comer, Damián volvió a dormirse un rato para poder tener energías y derrotar a Hermes89 por la noche.

Puso su despertador para que sonara a la medianoche: prefería el silencio de la madrugada. Se levantó y prendió de nuevo la computadora, Hermes89 había actualizado, de nuevo, su estado y había dejado muy atrás a Damián. Él se dedicó a seguirle la pista por los niveles en los que no tenía un buen récord.

Abrió su correo electrónico para obtener el código del nivel que había solicitado en el juego. Había entradas de mucho tiempo atrás, incluso todavía se encontraban unos mails

sin abrir de sus compañeros de la prepa con los que estaba haciendo un trabajo en equipo. En los más recientes estaba el del código del juego y uno de MauraLove.

“Hola amor, ¿cómo estás? Yo no he terminado mis deberes de la escuela pero quería saludarte y decirte que te extraño mucho. No te has conectado últimamente, ni me has mandado saludos en el chat. Espero que estés bien y que no tengas ningún problema en casa o en la escuela. Te mando un abrazo y un beso desde aquí, espero que te lleguen”.

Damián no hizo caso y siguió jugando. El objetivo del juego era encontrar las piezas de una nave para poder escapar de un planeta infestado de alienígenas con forma de serpientes y lagartos. Tenía que caminar por diferentes escenarios, llenos de desafíos y misiones para desbloquear los premios y logros. Estos iban desde mejorar un arma por primera vez hasta haberle disparado a más de cincuenta alienígenas en la cabeza con un rifle de asalto.

Al poco rato de haber alcanzado a Hermes89, le contestó a MauraLove: “Hola, estoy bien. No he tenido tiempo de conectarme porque la escuela me tiene ocupado con las tareas y trabajos. Como sabes ya me falta poco para terminar mi licenciatura, la tesis me trae un poco atareado. Pronto podré trabajar con mi padre en su despacho y ganaré suficiente dinero para ir a verte. Discúlpame por ser un mal novio y no darte la atención debida.

“Aquí está haciendo frío por las nevadas atemporales. Mi padre dice que pronto iremos a visitar a unas tías en México. Tal vez pueda llamarte, porque ellas viven en el Distrito Federal, pero todo depende de cómo le vaya a mi papá en el trabajo.

Te quiero y te extraño, pronto nos veremos.”

Damián mandó el mensaje, dejó de preocuparse por su novia. Tal vez debería de dejarla, así no tendría que estar al pendiente de sus publicaciones o de sus estados. Decidió

que para la próxima semana cortaría con ella y borraría su perfil, crearía otro y ya no tendría que volver a leerla. Una ventana de chat se abrió, era Hermes89 que se burlaba de él por haber descuidado su juego y no haberlo atendido de una manera adecuada y esta vez no podría alcanzarlo. Damián le contestó que no se durmiera en sus laureles, él ya había conseguido el último código y ya pronto terminaría el juego. Hermes89 no respondió, pero continuó jugando.

Ahora estaba en un pasillo largo que conectaba con un hangar lleno de alienígenas. Tenía que acabar con todos ellos para llegar al otro lado y abrir una puerta. No tenía suficientes balas y sólo tenía una granada de humo y otra expansiva. Pensó en usar la de humo como distracción para correr y llegar a la puerta pero no le daría tiempo para ingresar el código de acceso, decidió usar la granada expansiva, aunque quería guardarla para otra misión. Lanzó la granada a través de la una de las ventanas y espero a que el humo de la explosión se disipara para entrar. Pudo ver los pedazos de carne de los aliens colgando de las paredes. A través del hangar, encontrando cajas de municiones y botiquines de primeros auxilios. Llegó a la puerta, ingresó el código de acceso y guardó la partida.

El día se asomó con pequeños rayos de luz que entraban por la ventana, Damián seguía despierto con las manos sobre el teclado. Antes de que su familia se despertara, fue al baño. Abrió la puerta de su habitación y se topó con la sala de la casa; su madre había cambiado los sillones y la pintura, las fotografías de sus hermanos pequeños estaban por todas las paredes. No recordaba que a uno de ellos le gustaba el fútbol, sabía que tenía dos trofeos pero en la repisa había cuatro más. Cuando fue al baño, las cortinas de la bañera eran diferentes, unos delfines lo saludaban cuando entraba pero ahora eran unas flores de color violeta.

Cuando entró a la cocina, el refrigerador era gris, la estufa estaba colocada del otro lado y habían cambiado el lavabo. Trató de buscar un plato pero no encontró, una voz a su espalda lo hizo brincar del susto.

—¿Qué haces? —era uno de sus hermanos menores que no podía dormir.

—Quiero comer pero no encuentro un plato para el cereal.

El niño se acercó a la alacena, los platos estaban arriba, tomó el plato con los pingüinos que su madre había comprado en el tianguis.

—Mamá nos compró uno a cada uno, éste es el tuyo. El cereal está en la parte derecha de la alacena y la leche en el refrigerador —dijo el pequeño mientras volvía a su habitación.

—Gracias. Oye, no le vayas a decir a mis papás que me viste fuera de mi cuarto.

—No diré nada sí me dejas jugar con tu consola —dijo sonriendo el pequeño.

Damián sonrió levemente y asintió con la cabeza. El pequeño cerró su puerta y Damián se sirvió cereal en el plato y antes de dirigirse a su habitación. Fue extraño tener una conversación con su hermano, le parecía curioso verlo. Antes no era más alto que él, pero ahora le llegaba arriba del hombro. Tal vez, así era como se sentían las madres cuando no ven por mucho tiempo a los hijos. Volvió a la computadora para terminar la misión 42 que Hermes89 se jacto en el chat de haberla terminado con exactitud de relojero suizo.

Entró en una bodega de suministros médicos buscando una llave para abrir la puerta del hangar. Damián camino a oscuras, tratando de no hacer ningún ruido para que no lo escucharán los alienígenas que estaban en la otra habitación cuidando de sus crías a punto de nacer. Paso por las estanterías hasta ver la llave detrás de uno de los frascos pero al girar para tomarla, dio un giro muy rápido y tiro varios de los frascos. Esto alertó a los

alienígenas que entraron sin darle oportunidad de defenderse. En la pantalla de la computadora apareció en letras rojas “GAME OVER”.

Cuando acabó el juego, Damián se sentó en la cama para descansar un rato. Notó que debajo de su cama había una caja con fotografías de sus amigos de la primaria, la secundaria, los diplomas que había ganado, sus trabajos de arte. Quiso comer una cucharada de cereal, pero ya estaba aguado.

En la computadora estaba la actualización del estado en el juego de Hermes89, pero no aparecía lo que estuvieron haciendo durante toda la noche. Abrió su correo electrónico, el código del nivel en el juego había solicitado seguía ahí. En las entradas recientes seguía el mensaje de MauraLove.

Damián se preocupó. Pensó que su computadora estaba dañada y que tendría que buscar quién lo ayudara. Encendió la televisión, y el presentador hablaba de las amenazas entre Rusia y Estado Unidos; las condiciones de la atmósfera se deterioraban cada vez más; las luchas civiles en los países latinoamericanos se intensificaban ocasionando una serie de matanzas. Sabían que eran las mismas noticias de ayer. Primero pensó que alguien le estaba jugando una broma, tal vez uno de sus hermanos. O en la televisora uno de los empleados se había equivocado al momento de amar la programación.

Escuchó los mismos sonidos de sus padres y sus hermanos: eran exactamente los mismos de ayer. Afuera de su ventana las personas y los autos pasaban. Pero no eran sonidos sólidos, eran como ecos. Se asomó, pero lo que vio no era lo mismo que escuchaba. No había nada afuera, todo estaba destruido, en ruinas.

Las casa que estaba delante de la ventana habían desaparecido, sólo había un largo camino de madera, enormes pedazos de fierro que atravesaban el horizonte, paredes derrumbadas. Damián salió de su cuarto corriendo; en la puerta principal vio lo que parecía

ser la silueta de su hermano, le preguntó qué hacía, Damián corrió hacia él, pero el pequeño desapareció.

Cuando se disponía a abrir la puerta, Damián se miró en el espejo que se encontraba en la pared cerca de la puerta. Su rostro estaba cadavérico, por primera vez miraba sus manos, eran delgadas, y sus uñas largas y blancas; su cabello era largo y gris. Luego, nada: Damián se convirtió en una pila de cenizas.